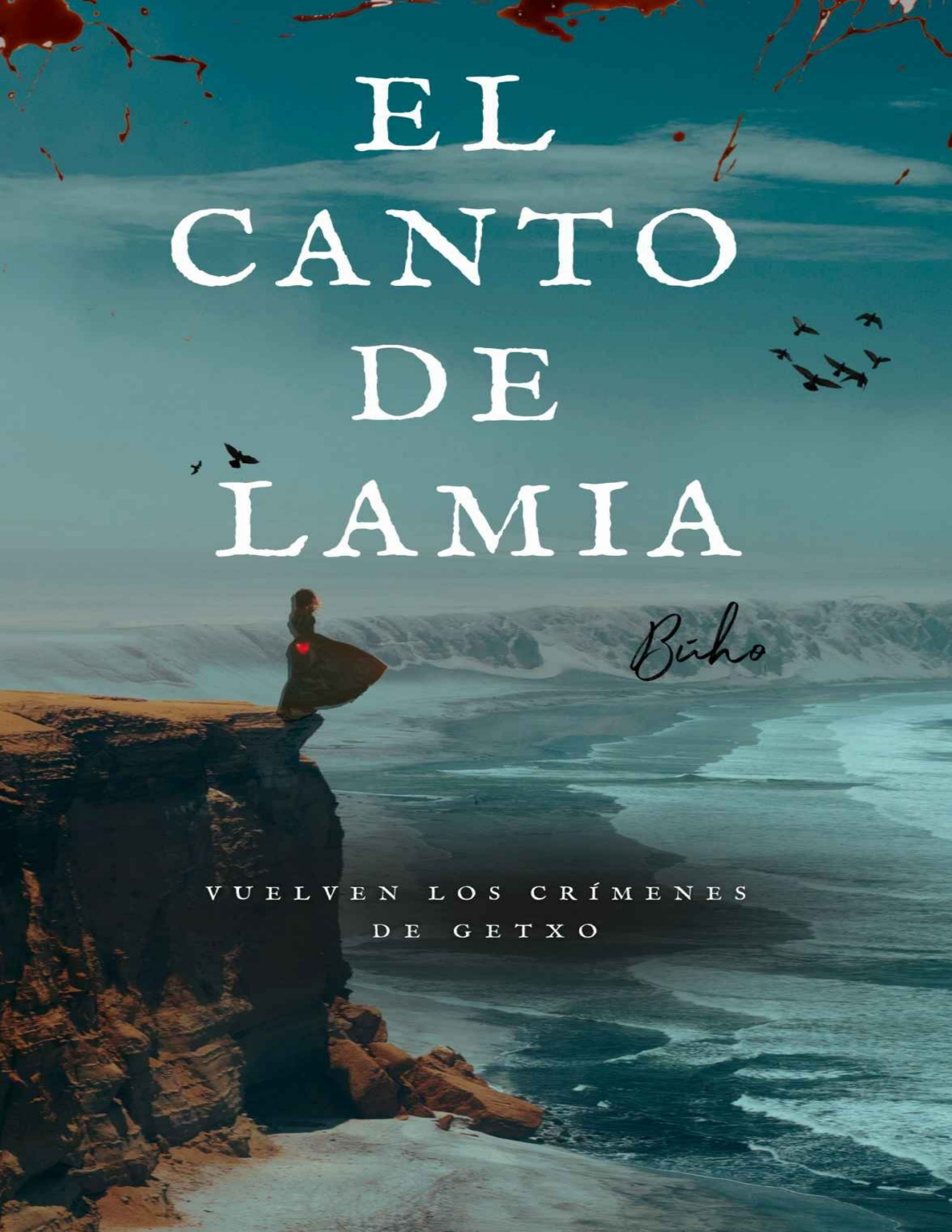
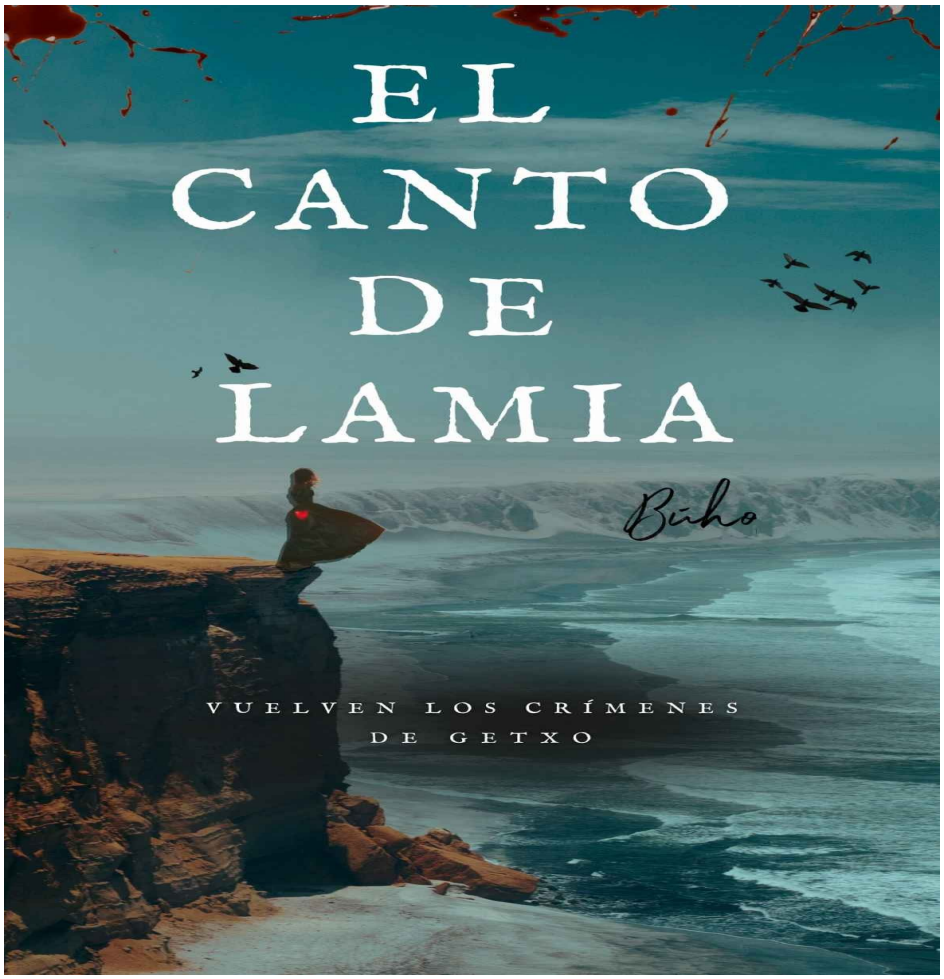

EL
CANTO
DE
LAMIA
Búho
VUELVEN LOS CRÍMENES
DE GETXO


EL
CANTO
DE
LAMIA
Búho
VUELVEN LOS CRÍMENES
DE GETXO

# EL CANTO DE LAMIA

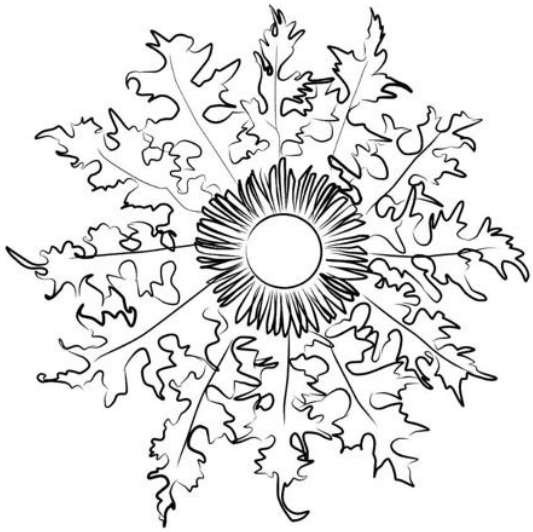


**EDICIÓN JULIO 2023**

**RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. QUEDA RIGUROSAMENTE PROHIBIDA, SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT, BAJO LAS SANCIONES ESTABLECIDAS POR LAS LEYES, LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA POR CUALQUIER MEDIO O PROCEDIMIENTO, INCLUIDOS LA REPROGRAFÍA Y EL TRATAMIENTO INFORMÁTICO, ASÍ COMO LA DISTRIBUCIÓN DE EJEMPLARES MEDIANTE ALQUILER O PRÉSTAMO PÚBLICO.**
**© HAIZEA LÓPEZ**
**ISBN:** 9798852719898
**Sello:** Independently published

*“Quien ha estado en el País euskaro,*
*desea volver a él, es una tierra bendita”*
*Victor Hugo*

*“Gaua gauekoentzat eta eguna egunekoentzat”*



# 1

La lluvia había formado un riachuelo que descendía sin control entre las callejuelas de piedra del Puerto Viejo. Iker, perdido en sus propios pensamientos, se había quedado ensimismado contemplando cómo el agua borboteaba sobre una de las alcantarillas que tenía frente a su casa.

Respiró profundamente y liberó con lentitud el aire de sus pulmones. Su aliento formó un círculo de vaho en el cristal. Aquellas últimas semanas habían sido tranquilas. “Demasiado tranquilas”, se dijo a sí mismo. A veces tenía la sensación de que vivía esperando a que sucediera algo. A que se cometiera un crimen.

Algunas leyendas vascas decían que todas las personas nacían con un propósito en la vida y que su deber era descubrirlo y llevarlo a cabo. Pues

bien, Iker no tenía ninguna duda sobre su cometido. Había nacido para atrapar a los demonios de la noche y sembrar la luz.

Observó unas lucecitas blancas que titilaban entre la lluvia y agudizó su visión intentando descubrir el provenir de dichos reflejos, pero no lo encontró. Supuso que debían de ser formados por el resplandor que provocaba la lluvia sobre la luz de la farola.

Sintió la presencia de su mujer, Maitane, tras él. Sonrío para sí mismo, pero no se giró. Esperó unos segundos y notó las manos de ella rodeándole el cuerpo en un abrazo envolvente antes de apoyar la mejilla contra su espalda. Cogió aire y, por un momento, se permitió relajarse y sonreír.

—¿No vienes a la cama, maitia*?

*«Cariño» en euskera.

—¿Y las niñas? ¿Están dormidas? —inquirió.

—Desde hace un rato —respondió Maitane, abrazando con aún más fuerza a su marido.

Iker se giró para mirarla a los ojos y se descubrió a sí mismo pensando en lo bonita que era y en lo poco que había cambiado con los años. Maitane parecía haber hecho un pacto con el diablo para mantenerse tan joven como la primera vez que la vio caminando por una de las playas de Sopela. Levantó la mano y acarició su rostro con lentitud antes de acercar los labios a los suyos. Cerró los ojos justo para besarla y se permitió disfrutar de esa maravillosa sensación que Maitane siempre le proporcionaba. La sensación de estar en casa y de sentirse a salvo. Posó las manos en la cintura de su mujer y abrió los párpados. Ella le miraba fijamente, con esa sonrisa provocativa y ardiente que tanto le gustaba a él.

—¿Subimos a la cama? —preguntó con una sonrisa cómplice.

Iker le devolvió el gesto antes de asentir.

Maitane entrelazó sus dedos con los de Iker y echó a caminar en dirección a las escaleras que ascendían a la planta alta. Habían dejado el antiguo hangar familiar atrás para mudarse a una de las pintorescas y antiguas casitas que salpicaban el casco viejo de Getxo. Ella siempre había estado enamorada de aquel ambiente antiguo y tradicional, así que a Iker no le costó demasiado convencerla para trasladarse y dejar el hangar.

Aún no habían alcanzado el segundo escalón cuando el teléfono móvil de Iker comenzó a vibrar en su bolsillo. Maitane se giró con los ojos

entrecerrados y fulminó a su marido con una mirada de desagrado cuando comprobó que se disponía a contestar.

—Ibarguren —dijo al descolgar, ignorando la cara de pocos amigos que le dedicaba Maitane.

—¿Estás en casa? Te necesito.

Se trataba de Gonzalo Etxaniz.

El tono de su voz delataba que algo había sucedido. Algo grave.

—Estoy en casa —confirmó con rapidez.

—Pues baja a la cala del Puerto Viejo. Acabamos de encontrar un cadáver —explicó, afligido.

Iker tragó saliva y sintió cómo algo indescriptible se revolvía en sus entrañas.

¿Sus compañeros acababan de encontrar un cadáver debajo de su casa?

—Bajo ahora mismo —respondió, antes de cortar la llamada.

Maitane se encogió de hombros y se dejó caer con la espalda apoyada contra la pared hasta terminar sentada sobre uno de los escalones. Conocía bien aquel gesto de su marido y sabía que no tardaría demasiado en esfumarse de su campo de visión.

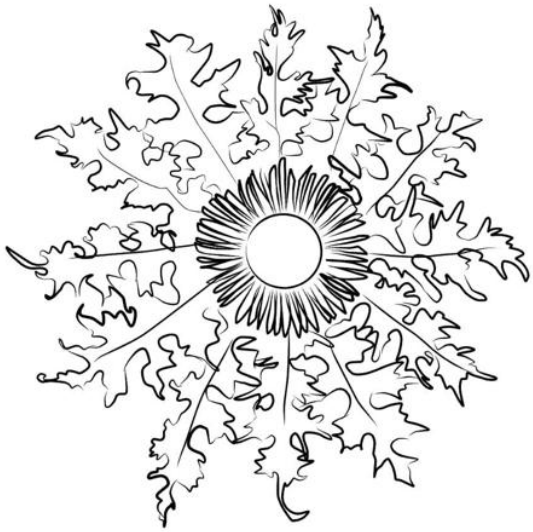
—¿Qué ha pasado?

Le conocía tan bien que podía presentir el nerviosismo de Iker.

—Ha aparecido un cadáver —explicó sin entrar en detalles con la intención de no preocuparla—. Luego te cuento más…

Se inclinó para besar de forma fugaz la frente de su mujer antes de descender con rapidez en busca de un chubasquero y sus botas. Dos minutos después, cerraba con llave la puerta de su hogar y se adentraba en la tormenta exterior con una familiar sensación de desasosiego recorriéndole las entrañas.

La paz se había terminado.



# 2

Iker se apoyó sobre la barandilla y echó un vistazo rápido hacia abajo.

El mar estaba furioso y agitado y la marea estaba tan alta que escondía bajo las oscuras aguas las rocas y la arena, dejando la cala prácticamente sin terreno. En aquel lugar le había pedido matrimonio a Maitane años atrás, así que no pudo evitar que el estómago se le revolviese al observar la txalupa que había quedado varada por la arena. En su interior se podía observar el cuerpo sin vida de un joven que debía rozar la mayoría de edad.

—¿Qué tenemos? —preguntó Iker, esforzándose por deshacer el nudo que se había instalado en la boca de su estómago.

Tenía que ser práctico y dejarse de romanticismos.

—Aitor Zabala —contestó Etxaniz con rapidez mientras sacaba un cigarrillo con la mano que tenía libre—. El chaval tenía diecisiete años y

vivía en la Galea. Su madre es la propietaria de la editorial Txantxangorri y su padre el director general de la multinacional ACS.

—¿La constructora?

Etxaniz aspiró una calada del cigarrillo mientras sujetaba el paraguas sobre sus cabezas.

—La misma. Una familia adinerada, desde luego —aclaró—. Lo ha encontrado una pareja que paseaba al perro… Los hemos trasladado a comisaría para que presten declaración.

—Bien. Tendremos que verificar que ninguno de ellos tenga relación con la víctima.

Los dos se quedaron en silencio, pensativos.

Habían sido varias semanas de calma. Demasiadas, quizás. Iker empezaba a pensar que el mundo comenzaba a volverse un lugar más amable, más pacífico. Pero, por supuesto, se equivocaba. El mal existía y siempre existiría, aunque él mantenía siempre la esperanza de que el bien ganara la batalla final.

—Van a mover el cadáver. ¿Quieres echarle un vistazo?

Iker cogió aire antes de asentir y abandonó el refugio que le proporcionaba el paraguas de Etxaniz ante la lluvia. Sintió cómo las frías gotas resbalaban por su rostro y empapaban su cabello. No le importaba. Estaba más que acostumbrado a aquel intenso temporal y a la lluvia.

Descendió por la cuesta con rapidez mientras observaba al forense inspeccionar el cuerpo y a la policía científica de la Ertzaintza sacar fotografías. Sintió la arena mojada bajo la suela de sus zapatos y se aproximó hasta la chalupa.

—Gabon, Ibarguren —saludó el forense con gesto serio—, ¿le han sacado de la cama?

*«Buenas noches» en euskera.

—Estaba despierto —respondió mientras revisaba el reloj de su muñeca. Solamente eran las once de la noche y ya llevaba en la escena del crimen cerca de diez minutos—. ¿Puedes contarme algo que no sepa?

Gorka Ibarretxe era uno de los forenses que más tiempo llevaba trabajando para la Ertzaintza de Getxo. Estaba a punto de jubilarse y, si algo sabía Iker, era que podía fiarse de sus informes preliminares. Rara vez se equivocaba, por no decir nunca.

—Lleva muerto alrededor de veinticuatro horas —explicó con rapidez —, aunque parezca menos. La baja temperatura que tenemos ha hecho que el proceso de descomposición vaya más lento.

—¿Sabemos algo de la causa de la muerte?

—Lo más probable es que falleciera ahogado —explicó, confirmando las sospechas que el policía ya tenía.

Un rayo relampagueó en el firmamento en el preciso instante en el que un técnico extraía un papel doblado del bolsillo de la víctima.

—Guantes —pidió Iker, dedicándole una mirada cómplice a Etxaniz.

Su colega le tendió unos guantes y se aproximó a él para refugiarle bajo el paraguas y que la prueba no sufriera ningún daño.

—¿Habéis contactado con la familia? —inquirió mientras desdoblaba la hoja amarillenta.

Parecía papel reciclado, pero las líneas que cruzaban en horizontal le hacían intuir que, en realidad, provenía de una libretilla. En una de las caras había un mensaje claro: "O pagas, o mueres. Tú decides". En el otro lado una sola palabra: "Zezengorri".

—No, ahora mismo iba a mandar una patrulla hacia su casa…

—¿Cómo has dicho que se llamaba la editorial de la madre? —cortó Iker antes de introducir la nota en el interior del sobre de pruebas.

—Txantxangorri —recordó Etxaniz—. ¿Crees que puede haber relación?

Iker se encogió de hombros.

La experta en leyendas vascas era su mujer, no él. Pero sus escasos conocimientos eran suficientes como para saber que ambos seres, tanto el Txantxangorri como el Zezengorri, pertenecían al folclore vasco. Resultaba curioso, como mínimo.

—No lo sé, Gonzalo… Pero no mandes ninguna patrulla a donde la familia, ya vamos nosotros —propuso, incapaz de silenciar la corazonada que sentía.

Cuando un crío de diecisiete años como Aitor Zabala aparecía muerto lo primero que debían de descartar era a la familia. Más aún si aparecía con una amenaza semejante en el bolsillo.

—¿No prefieres que trasladen a los padres a comisaría para un interrogatorio?

Aquel no era el procedimiento habitual, así que Etxaniz parecía sorprendido.

—Prefiero pillarles en frío —respondió el ertzaina, antes de echar un vistazo al cuerpo inerte del chico.

El pelo largo y mojado le cubría la frente. Tenía los ojos abiertos, pero en ellos no se encontraba ningún atisbo de vida. Su rostro estaba pálido y blanquecino, aunque en su frente y sus mejillas se empezaban a distinguir pequeños moretones muy habituales post mortem. Tenía las piernas encogidas y le faltaba un zapato.

—¿Lo han encontrado? —inquirió, señalando el pie descalzo del chaval.

Un técnico de la científica corroboró que no.

—Solamente han encontrado sus llaves de casa y su teléfono móvil, aparte de la nota, claro—explicó—. Vamos a mandarlo todo al laboratorio para que lo analicen.

Iker levantó la cabeza hacia el cielo. Los nubarrones acechaban la playa de Ereaga y la lluvia no parecía que fuera a detenerse en las próximas horas. Le pareció divisar un par de lucecitas flotando en la lejanía, cerca del faro. Pero cuando volvió a mirar, ya no estaban. Habían desaparecido.

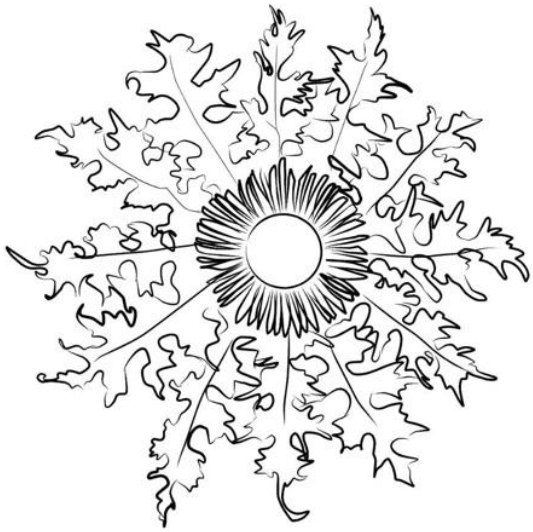
Que el cadáver hubiera aparecido tan cerca de su hogar le dejaba una sensación de intranquilidad y déjà vu. Por alguna razón, no podía evitar acordarse de su cuñada, Irene, y de las chicas que había asesinado como ofrenda a la diosa Mari. Observó cómo Etxaniz ascendía el terraplén en dirección al coche y se preguntó si Maitane y las niñas estarían a salvo en casa, solas. No le gustaba dejarlas de noche.

—¿Vamos? —gritó Etxaniz desde la lejanía, impacientándose.

Iker apretó los puños.

Necesitaba dejar los presentimientos de lado y pensar con la cabeza fría.

—¡Voy!



# 3

La Galea era una de las mejores zonas residenciales de todo Getxo.

En lo alto de aquellos impresionantes acantilados blancos se podían encontrar las viviendas más costosas e impresionantes de la zona. La mayoría de aquellos caserones contaba con una segunda vivienda para los empleados del hogar, piscina, pista de pádel, etc. Unos lujos a los que ni Iker ni Etxaniz estaban acostumbrados y que delataban el nivel de vida de sus propietarios. Iker sonrió al pensar que su sueldo como suboficial jamás alcanzaría para algo semejante.

Dejaron el coche en el parking del mirador. Eran las doce de la noche y la oscuridad reinaba a su alrededor.

Abandonó el vehículo y sintió el aire frío de la noche acariciando su rostro. Había dejado de llover. O, al menos, parecía haber parado por un rato. Observó el horizonte y contempló las tétricas aguas que se perdían en la lejanía fusionándose con el cielo encapotado. Respiró profundamente y se giró hacia Etxaniz.

—¿Sabes cuál es la casa?

—La cincuenta seis —señaló Etxaniz—. La hemos pasado de largo antes de aparcar. Está aquí al lado.

Iker respiró profundamente, intentando insuflarse ánimos antes de dar la mala noticia. Aquella era la parte más dura de ser policía, sin duda. ¿Cómo decirles a unos padres que su hijo había aparecido asesinado? ¿Qué nunca más volvería a escuchar el sonido de su voz? ¿Qué no volvería a casa jamás?

Tocaron el timbre y esperaron pacientemente al otro lado de la valla mientras la cámara de vigilancia se iluminaba sobre sus cabezas. Iker pensó que las imágenes de los días previos a la muerte del chico podían ser de utilidad y se anotó mentalmente preguntar por las grabaciones.

—Parece que no están…

—Pues tendremos que localizarles de otro modo —apuntó Iker, exasperado—. A ver si consigues el número de teléfono.

Volvió a hundir el dedo índice sobre el botón del timbre y esperó. La casa estaba alejada de la verja exterior, así que no conseguía distinguir nada desde la lejanía. Todo parecía estar tranquilo, sin luces.

—Lo tengo —anunció Etxaniz tras unos minutos de espera—. Me lo acaba de mandar el técnico. ¿Llamo al móvil?

—Primero llama a casa.

Iker se alejó del portón principal para rodear la verja y controlar el perímetro. Escuchó el teléfono que sonaba desde el interior de la vivienda y prestó atención, agudizando la visión y el oído. No consiguió atisbar ningún movimiento. Pero, ¿dónde estaban? ¿Por qué diablos no había nadie en casa a esas horas?

Regresó hasta Etxaniz.

—¿Nada?

Este negó con la cabeza.

—¿Cuántas personas viven en la casa? —quiso saber Iker, esforzándose por no sacar conjeturas precipitadas.

—El matrimonio y los dos hijos.

—¿Dos? ¿Tenía hermanos?

—Una hermana —contó el suboficial—. Una hermana melliza, más concretamente. Voy a llamar al teléfono móvil de la madre a ver si hay suerte.

Iker asintió y presionó una vez más el timbre sin demasiadas esperanzas. Y en ese preciso instante, la luz del piso de arriba se encendió.

—Parece que alguien se ha despertado al fin… —advirtió.

Dos minutos más tarde, una mujer con voz temblorosa respondía a través del interlocutor. Parecía adormilada.

—¿Qué quieren? ¿Qué hacen en mi casa?

—Somos de la Ertzaintza de Getxo, señora —respondió Gonzalo, abreviando lo máximo mientras mostraba de forma fugaz su placa a la cámara de vídeo—. Necesitamos hablar con Miren Urrutia.

La mujer, que evidentemente era Miren, guardó silencio varios segundos antes de abrir el portón. Iker y Gonzalo pasaron al interior del lujoso jardín y comenzaron a caminar en dirección al porche. El suboficial echó un vistazo a su alrededor y no pasó por alto lo descuidada que estaba la hierba del jardín. La piscina estaba cubierta por un toldo repleto de hojas y suciedad y el pequeño frontón que había a la izquierda, aún estando enterrado en la penumbra, se podía ver lo abandonado que se hallaba. ¿Se habían quedado sin dinero? ¿Tenían problemas económicos? Las interrogantes, como siempre, comenzaban a burbujear en su mente.

—¿Qué quieren? ¿Qué ocurre?

Iker levantó la vista del suelo para encontrarse con ella. Era una mujer menuda, muy delgada. Tenía el pelo rojo recogido y se había cubierto con una bata de seda para recibirles. Por supuesto, si uno vivía en un lugar como aquel debía de continuar aparentando para que los vecinos no lo tomasen como un paria de la sociedad.

—¿Es usted Miren Urrutia? —inquirió Gonzalo.

La mujer asintió, preocupada.

Podía intuirse lo nerviosa que estaba; le temblaban las manos y no dejaba de tantear la mirada entre ambos policías.

—Sí, soy yo… ¿Me va a decir alguien qué está pasando?

—¿Podríamos entrar dentro y hablar con calma? —interrumpió Iker.

No quería darle la mala noticia en la calle. Prefería que se sentase en el sofá, por si acaso. A lo largo de los años, Iker había visto todo tipo de reacciones posibles y prefería prevenir a lamentar. Más de uno había llegado a desmayarse frente a él.

—Pues… —titubeó, confusa—. ¿Es nece-sario?

Etxaniz e Iker se lanzaron una mirada entre ellos.

—Se trata de su hijo, Aitor Zabala —respondió con rapidez Gonzalo—. ¿Podríamos pasar?

Ella no parecía convencida, pero al final terminó cediendo y se apartó a un lado. Iker se adentró en primer lugar, observando cada detalle de su alrededor. En la entrada había un pequeño mueble con una bandeja para que los habitantes del lugar dejasen sus respectivos juegos de llaves al entrar. Se sorprendió al comprobar que solamente había un manojo sobre ella. ¿Y el resto? El padre, la hermana… ¿Dónde se habían metido si no estaban en casa?

—¿Qué pasa? ¿Qué ha hecho? ¿Me van a decir qué sucede?

Iker se fijó en lo nerviosa que parecía. Le temblaban las manos. Además, desprendía un ligero hedor a alcohol y su sexto sentido le decía que podía haber consumido algo más potente. Algún somnífero o ansiolítico, quizás. Parecía un poco ida.

—Siéntese, por favor —suplicó Iker con tacto mientras le señalaba el sofá.

—¿Podrían enseñarme otra vez sus placas? ¿Cómo sé que…?

Gonzalo se adelantó, sacó su placa y la dejó sobre la mesilla auxiliar que había frente al sofá.

—Miren… —comenzó Iker, frotándose las manos—, sentimos tener que decirle esto, pero… Hace unas horas que hemos encontrado el cuerpo sin vida de su hijo, Aitor.

Ella pestañeó varias veces, incrédula.

—Mi hijo está durmiendo en su habitación —respondió muy seria—. No sé a quién han encontrado, pero Aitor está en…

En vez de terminar la frase, la dejó en el aire. Parecía confusa.

Se llevó las manos a la cabeza y se levantó del sofá para dirigirse al fondo, hacia las escaleras de madera que ascendían al piso superior.

—¿Aitor? —gritó, nerviosa—. ¿Lamia? ¿Aitor?

Comenzó a subir escaleras arriba.

Iker dio un par de pasos tras ella, pero Etxaniz le sostuvo del brazo para retenerle.

—Dale unos minutos. Es mejor que comprenda por sí misma lo que está pasando.

Por supuesto, su compañero tenía razón. Se detuvo y esperó pacientemente hasta que el grito desgarrador de una madre que acababa de comprender la muerte de su hijo inundó el ambiente.

—¡Aitor! ¡Aitor! —comenzó a gritar con desesperación.

Se escuchó el sonido de sus pasos recorriendo las habitaciones en la planta superior.

—¿Aitor? ¡Lamia!

—¿Lamia? —preguntó.

—La hermana melliza… —le contó Gonzalo entre susurros—. Parece que tenemos una chica desaparecida.

Iker sintió una punzada de desasosiego en el estómago.

—Llama ahora mismo a la unidad y que pongan a una patrulla a buscarla —instó—. Tenemos que encontrar a la hermana cuanto antes.

Dos segundos más tarde, Miren descendía las escaleras con el rostro desencajado. Estaba llorando de forma desconsolada y parecía aún más desorientada que antes.

—Señora, siéntese, por favor…

—Mis hijos… ¿Dónde están mis hijos? —preguntó sin ocultar la desesperación de su tono de voz—. ¿Dónde están mis hijos? —comenzó a repetir, en bucle.

Iker se apresuró hasta ella, la sujetó del brazo y la guio con lentitud hasta el sofá.

—¿Dónde está su marido, Miren? ¿Sabe dónde se encuentra?

La mujer temblaba de pies a cabeza.

—Vuelve el martes —respondió, titubeante—. Está en Madrid, en un viaje de trabajo. ¿Y Aitor? ¿Y Lamia? ¿Dónde están mis chicos?

Los dos policías se dedicaron una mirada cómplice.

—Su hijo Aitor ha aparecido muerto esta noche, Miren… —comenzó Iker con suavidad—. Sé que es difícil de asimilar, pero necesitamos su atención y colaboración en estos instantes porque cada segundo que pasa es decisivo en la investigación.

—¿Su marido vuelve mañana? —quiso saber Etxaniz, que había sacado la libreta para tomar apuntes.

—No, el martes —respondió ella, masajeándose las sienes.

Le temblaba la voz y su cuerpo se sacudía en pequeñas convulsiones, sin control.

Iker se fijó en que parecía todavía más menuda que antes. Como si poco a poco fuera haciéndose más pequeña, intentando desaparecer. Menguando. Temblorosa, se hizo un ovillo y se acurrucó en una esquina del sofá, aferrándose con fuerza a un cojín.

—Mañana es martes, Miren.

Ella levantó la cabeza y se quedó mirándolos fijamente.

—¿Mañana es martes? —murmuró—. No puede ser… No puede ser…

Parecía confusa.

—Miren, escúcheme —suplicó Iker—. Necesitamos que se centre. ¿Dónde está Lamia? ¿Sabe dónde se encuentra su hija?

Negó silenciosamente, deshecha en un mar de lágrimas.

Los dos policías se alejaron unos metros en busca de privacidad mientras intentaban poner las cartas sobre la mesa. El caso se estaba complicando más de la cuenta.

—Da el aviso a todas las unidades —atajó con rapidez Iker—. Tenemos una chica desaparecida. Hay que encontrarla.

Su compañero se llevó el teléfono a la oreja sin perder un solo segundo.

—Y que encuentren al padre. Necesitamos tenerlo aquí cuanto antes… ¡Si tiene que cogerse un vuelo de madrugada, que lo haga!

Etxaniz asintió y se alejó por el pasillo para hacer las llamadas pertinentes. Las tornas habían cambiado y su objetivo principal en aquel instante era encontrar a la chica sana y salva, con vida. Tenían que organizar una batida por la zona y avisar a los buzos para que inspeccionasen la zona de la playa de Ereaga cuanto antes.

—¿Puedo usar el servicio? —preguntó.

Necesitaba lavarse la cara y despejarse para pensar con claridad. Y un café, sí. También necesitaba un café.

Miren no respondió. Se aferró con más fuerza al cojín y continuó llorando con tanta desesperación que a Iker se le encogió el corazón al verla. Caminó por el pasillo hasta dar con el servicio y pasó al interior. Encendió el grifo y dejó correr el agua para que se enfriase antes de

empapar su rostro. Joder. Tenían a un chico muerto y a una chica desaparecida. ¿Qué diablos estaba pasando?

Se quedó mirando la imagen que le devolvía el espejo y se percató de que no tenía mal aspecto. Aquellas últimas semanas había descansado lo suficiente como para que las profundas ojeras que solía lucir de forma habitual se le atenuasen ligeramente. Se mojó la mano antes de deslizar sus dedos a través de su cabello y suspiró. Tenía que despejar la mente para poder trabajar con claridad… Y tenía que llamar a Maitane cuanto antes. Estaba convencido de que su mujer podría ayudarle con aquello del "Zezengorri".

Estaba a punto de salir del baño, pero, guiado por un impulso, se lo pensó dos veces y retrocedió para abrir el armario del espejo. Tenía una corazonada… y acertó. Las estanterías estaban repletas de botes semivacíos con toda clase de ansiolíticos. Entre ellos, Lorazepam.

Cogió uno de los frascos y salió al salón. Etxaniz continuaba al teléfono y Miren seguía hecha un ovillo en el sofá, llorando.

—Miren, ¿está tomando usted ansiolíticos?

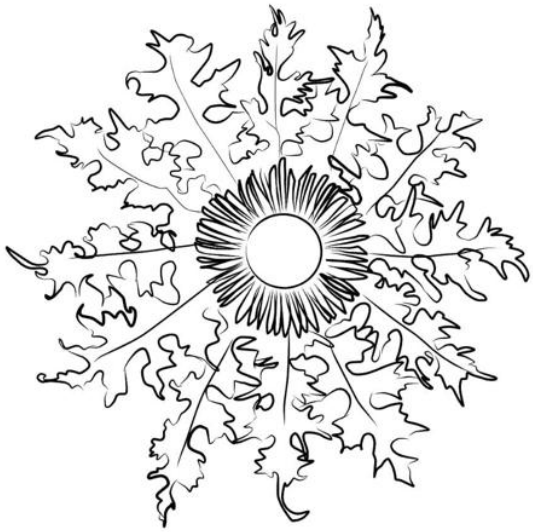
Ella ni siquiera levantó la mirada del cojín. Tenía los ojos empañados y enrojecidos. Estaba claro que la respuesta era afirmativa, aunque ella no parecía ser capaz de confesar nada en aquel instante. Iker supuso que aun debía de estar asimilando el asesinato de su hijo.

Desvió la mirada hacia el pasillo y corroboró que Etxaniz continuase al teléfono. Así era. Su compañero debía de estar organizando al personal en aquellos instantes. Volvió a echar un vistazo a la mujer. Parecía totalmente ida, así que lo más probable es que también necesitasen asistencia psicológica.

Se alejó a la cocina en busca de un vaso de agua, sin molestarse siquiera en pedir permiso. Sabía que, dijera lo que dijera, Miren no se encontraba con las facultades suficientes como para responder a la pregunta. Estuvo tentado de preparar un café en la máquina espresso que tenían al fondo, pero se contuvo y cogió un vaso de agua. Agua fresca, de la nevera. Tuvo otra corazonada y comprobó el contenedor de la basura. Reciclaban, así que fue directamente al del vidrio y, en efecto, encontró varias botellas de vino vacías. Miren Urrutia estaba mezclando ansiolíticos con alcohol, lo que podía servir para explicar la confusión que presentaba en aquel instante.

Respiró profundamente y se acercó a la ventana. Volvía a llover en el exterior y las gotas de lluvia salpicaban el cristal de la ventana. Iker se quedó mirándolas fijamente y se perdió en sus propios pensamientos. Aitor Zabala. Diecisiete años. Había aparecido muerto en el interior de una chalupa en el Puerto Viejo de Getxo y su hermana melliza, Lamia Zabala, estaba desaparecida. Nada fuera de lo habitual entre sus pertenencias, a excepción de la nota: "Zezengorri. O pagas, o mueres".

¿Qué estaba sucediendo con los Zabala Urrutia?



# 4

—¿*Maitia*? ¿Estás despierta?

La voz adormilada de Maitane llegó desde el otro lado de la línea.

—Ahora sí —respondió con desganada—. ¿Qué ocurre? ¿Qué está pasando?

Iker tragó saliva.

Odiaba implicar a Maitane en su trabajo porque era una persona demasiado empática y terminaba afectada con cada caso.

—¿Qué puedes decirme del Zezengorri? Es un ser mitológico, ¿verdad?

Ella guardó silencio durante varios segundos al otro lado de la línea.

—¿Ha aparecido alguien quemado? —quiso saber.

—No, no. No ha aparecido nadie quemado… No tienes de qué preocuparte, solamente dime lo que sabes del Zezengorri —suplicó Iker, dándole un sorbo al café que Amaia Mintegui acababa de traerle.

No quería contarle que habían encontrado a un chico muerto en la cala de debajo de su casa. Aunque sabía que tarde o temprano se enteraría por medio de los noticiarios, prefería que en ese momento no se preocupase más de la cuenta y que ella y las niñas pudieran descansar sin ningún temor que perturbase sus sueños.

—Como su nombre indica, Zezengorri es el toro rojo de nuestra mitología —murmuró Maitane—. *Zezen*, toro, y *gorri,* rojo. Las leyendas cuentan que habita en la entrada de las cuevas y que se defiende lanzando fuego por los orificios de su cara para hacer arder en llamas a sus enemigos. ¿Te sirve?

Un toro rojo que amenazaba con quemar vivos a sus enemigos. No, no le servía demasiado. O, al menos, no por el momento.

—¿*Laztana*? ¿Estás ahí?

*«*Cariño*» en euskera.

—Sí, estoy aquí —respondió Iker.

Un rayo centelleó en el cielo. Se avecinaba una tormenta fuerte, de esas que descargaban su furia durante varias semanas.

—Voy a seguir durmiendo, ¿vale? —murmuró con voz apagada—. Ya sabes que mañana las niñas no darán tregua… ¿Volverás muy tarde?

Iker se la imaginó recostada en la cama con ese camisón azul marino que tan bien le sentaba y que tan poco dejaba a su imaginación. A aquellas alturas de la noche ya era plenamente consciente de que no regresaría a su casa para dormir junto a ella.

—No lo sé —mintió—. Tenemos bastante jaleo ahora mismo…

Escuchó un suspiro al otro lado de la línea.

—Te veo mañana —gruñó ella, antes de colgar.

Iker le dio un sorbo al café y cerró los ojos, permitiéndose durante unos instantes degustar el amargo sabor de la cafeína mientras intentaba poner la mente en blanco. Zenzengorri. Si habían escrito aquella palabra en la nota de amenaza, era por algo. Tenía que haber un motivo oculto, aunque él no fuera capaz de descifrarlo.

Regresó al salón y se encontró a Miren en la misma posición de antes, inmóvil y totalmente deshecha. Iker la miró fijamente y se dijo a sí mismo

que no parecía estar relacionada con el crimen. Aunque aún faltaba mucho por ahondar, su cabeza la descartó como sospechosa. Nadie fingía tan bien el dolor de una pérdida.

—Miren, necesito tu colaboración —suplicó, tuteándola para que la relación entre ambos se estrechase más, para ganar confianza—. Escúchame, ¿vale? —murmuró Iker en voz baja y con un tono de voz amigable—. Estoy aquí para encontrar a tu hija sana y salva, así que cualquier dato de interés que puedas aportar nos será de utilidad. Cualquier detalle puede ser de vital importancia, incluso aunque a ti te parezca irrelevante.

Ella levantó la mirada y, en ese instante, el suboficial se dio cuenta de que por fin había captado su atención. Hacerla sentir útil y responsable era la clave para su colaboración.

—Tu hijo Aitor… ¿Tenía enemigos? ¿Había alguien que quisiera hacerle daño?

La mujer lo sopesó unos instantes y después negó rotundamente con la cabeza.

—Nadie —respondió de inmediato—. No se llevaba mal con nadie y nunca discutía con la gente. Aitor es…, era…

Dejó la frase en el aire y comenzó a hipar, nerviosa. Parecía estar sufriendo un ataque de pánico. Y la verdad es que a Iker no le sorprendía lo más mínimo. Lo que esa mujer estaba viviendo era una auténtica pesadilla; uno de sus hijos había aparecido asesinado y, la otra, estaba desaparecida. Se imaginó que algo así pudiera sucederles a sus pequeñas y se le encogió el alma. No quería pensar en eso.

—¿Y Lamia? ¿Se lleva mal con alguien? ¿Sabe si hay alguien que pueda querer hacerla daño?

Habló de la chica en presente, porque por el momento debían de contar con la hipótesis de que, a diferencia de su hermano, ella sí estuviera viva.

—Lamia tiene un carácter más brusco… Suele discutir mucho con sus amigas y su novio, pero siempre terminan haciendo las paces —explicó sin dejar de frotarse las manos de forma compulsiva—. Lamia es más peleona que Aitor, pero se hace querer. No tiene enemigos… Nadie le haría daño, no tiene enemigos…

“Peleona”, repitió Iker con un nudo en la garganta.

Quizá, con un poco de suerte, ese carácter peleón la estuviera manteniendo

con vida en aquellos instantes. Iker rezó porque así fuera.

—¿Puedes darnos el teléfono móvil y los datos de su novio? ¿Y de sus amigas?

La mujer asintió de la misma.

Se levantó del sofá. Caminaba con lentitud y le temblaban las extremidades, pero consiguió alcanzar sin derrumbarse el mueble del televisor. Rebuscó en los cajones hasta dar con un bloc de notas y un bolígrafo antes de regresar al sofá para garabatear un par de números de teléfono y dos nombres. Iker le dedicó una sonrisa de apoyo cuando esta le tendió la nota.

—Gracias, Miren —murmuró en voz baja, procurando no perturbar en exceso a la mujer—. Vamos a encontrarla… —añadió en el último instante, insuflándola esperanzas.

Según el informe preliminar del forense, Aitor llevaba veinticuatro horas muerto. Eso significaba que la chica llevaba, como poco, otras veinticuatro horas desaparecida. Seguramente más. Etxaniz había intentado sonsacarle a la madre cuándo los había visto por última vez, pero no había conseguido ningún dato de utilidad. Miren estaba aturdida, confusa y, seguramente, en shock.

—Despertar a los vecinos e ir puerta a puerta si hace falta —ordenó Iker dirigiéndose a los miembros de su unidad—, pero tenemos que encontrar a esa chica antes de que sea tarde.

Todos asintieron.

Iker se acercó hasta Amaia.

—¿Puedes hablar con la central? Que busquen cualquier persona con antecedentes en esta zona —pidió, aunque sabía que estaba dando palos de ciego y que el crimen de Aitor Zabala no era un asesinato cometido al azar —. Y, de paso, que rastreen las cuentas de los padres. Quiero saber la situación financiera que tienen y en qué se gastan el dinero. Quiero todos los detalles, por absurdos que les parezca.

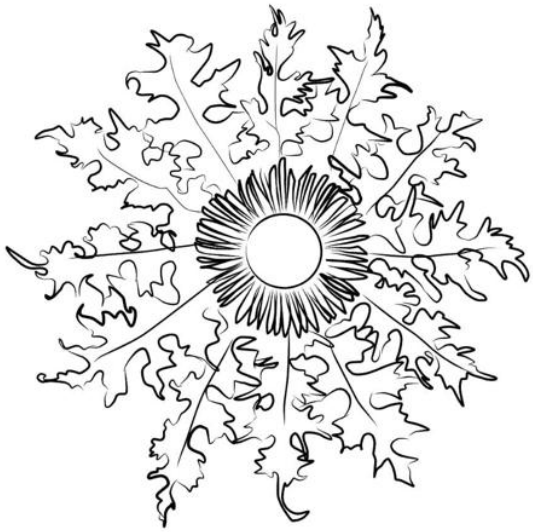
—Vale —respondió la chica.

Amaia era el nuevo fichaje del equipo. Acababa de llegar a la unidad, pero tanto Etxaniz como Iker habían podido comprobar que la chica tenía instinto y que sabía desenvolverse bien. Además, no tenía ningún inconveniente en recibir órdenes y no se le caían fácilmente los anillos. Merecía la pena tenerla cerca.

—Amaia, que se den prisa —instó Iker—. Tenemos el tiempo en contra.

La chica apretó la mandíbula y asintió.

Todos eran plenamente conscientes de que encontrar a Lamia Zabala con vida era un hecho prácticamente imposible, pero iban a dejarse la piel intentándolo.



# 5

Los psicólogos del cuerpo se habían quedado en casa con Miren Urrutia, pero el resto de los miembros de la unidad se habían puesto en marcha. El plan de búsqueda para encontrar a Lamia Zabala estaba activo e Iker, junto a Etxaniz y Amaia, iba recorriendo el barrio residencial aporreando las puertas de los vecinos, de una en una. Iker pensaba despertar a todo Getxo si con eso encontraba alguna pista por donde tirar para descubrir su paradero.

—¿Sabemos algo de los informáticos?

Amaia revisó su teléfono móvil.

—Nada. Aún no —contó—. Y seguimos sin localizar al padre.

Iker se detuvo en seco al escuchar esas palabras.

—¿Seguimos sin localizar al padre? —repitió, confuso.

—Tiene el móvil apagado y no conseguimos encontrar el hotel en el que está alojado. No sabemos dónde está, pero su mujer asegura que debería regresar a casa mañana por la mañana —explica—. Tenía el vuelo a primera hora.

Iker sintió un extraño presentimiento. Aquello no le cuadraba.

¿Dos jóvenes de diecisiete años desaparecían y ninguno de los padres se daba cuenta? Lanzó una mirada a Etxaniz y comprendió que su colega también parecía desconcertado. Sospechaba que había gato encerrado en todo ese asunto.

—Que sigan insistiendo mientras nosotros interrogamos a los vecinos —apremió, poniéndose en marcha de nuevo—. No podemos perder ni un solo segundo.

Se dividieron para cubrir más la zona y continuaron llamando a los timbres.

La gran mayoría de los testimonios no eran de utilidad, ya que nadie había sido capaz de aportar ningún dato relevante sobre los Zabala Urrutia. En aquel barrio cada vecino llevaba su propio ritmo de vida y rara vez se relacionaba con el de la casa de al lado. Los terrenos y las viviendas eran lo suficientemente grandes como para que nadie pudiera escuchar una conversación ajena y como para que ningún cotilla se interesara por la vida de los demás. Los altos matorrales que delimitaban los jardines impedían que las miradas curiosas pudieran filtrarse al interior.

Iker se aproximó hasta la última vivienda de su zona sin demasiadas esperanzas. Esperaba que Etxaniz y Amaia hubieran tenido más suerte con sus interrogatorios. Tocó el timbre y esperó con paciencia mientras sentía la lluvia traspasándole el chubasquero. Había comenzado sentir el frío calándole los huesos y se sentía destemplando.

—¿Hola? —preguntó una voz femenina a través del altavoz.

Iker dio un paso hacia atrás para que el radio de la cámara pudiera captarle y después mostró su placa. El portón principal no tardó demasiado en abrirse. Cogió aire y dio un paso al frente. Desde aquella casa podía escucharse el sonido del mar que rugía y estallaba con fuerza contra los blancos acantilados.

Aceleró el pasó y recorrió el terreno hasta la casa principal. No era tan grande como las demás, pero tenía cierto encanto que le resultó irresistible.

Sin pista de tenis, sin piscina climatizada. Echó un rápido vistazo al jardín: no podía deducir si el césped estaba cuidado o no, porque la hierba había quedado cubierta bajo juguetes de toda clase y colores. Atisbó dos bicicletas tiradas en la entrada y se fijó en que, a su izquierda, el único árbol que había soportaba una casita escondida entre sus ramificaciones. Era el hogar de una familia. Una familia de verdad.

—¿Qué ocurre? ¿Qué pasa? —inquirió una voz masculina—. ¿Ha pasado algo?

El suboficial levantó la cabeza e intentó dedicarle una sonrisa tranquilizadora, pero no le salió. La mayoría de las personas que veían a la policía en su propiedad tendían a pensar que a algún familiar le había sucedido una desgracia. Descubrir que esa desgracia era ajena solía suponer un alivio.

Le inspeccionó superficialmente: iba vestido en pijama, zapatillas de casa y, tras él, estaba su mujer. Tenía los brazos cruzados e iba vestida con un pijama conjuntado a su marido. Demasiado perfectos. Demasiado idílicos ambos.

—Siento molestar a estas horas de la noche, señores, pero estamos en mitad de una investigación y no podemos perder ni un segundo de nuestro tiempo —explicó a grosso modo—. ¿Alguno de vosotros conocía a Aitor y Lamia Zabala? Son los hijos adolescentes de la familia que vive al final de la calle, doblando la esquina.

Iker se apresuró a sacar una fotografía de la chica. La había cogido de la casa sin siquiera preguntarle a Miren Urrutia.

El matrimonio se lanzó una mirada cómplice. Los conocían, sí. Los conocían muy bien.

—¿Por qué no pasa dentro? —inquirió ella—. Me llamo Lucía. Lucía Zelaia y Xabier Garai —añadió, señalándole a él— Y conocemos muy bien a Miren y a Gorka… Por supuesto, también a los niños.

“A los niños”, repitió Iker en su cabeza.

Esa coletilla indicaba que debían de conocerse desde hacía muchísimos años, si no se hubiera referido a ellos como “a los chicos”. Había costumbres que costaba modificar aún con el paso de los años.

—¿Lamia y Aitor están bien? —preguntó el marido, Xabier.

Iker se frotó las manos.

—Lamia está desaparecida y cada minuto de la investigación apremia —contó, evitando explicar que el cuerpo sin vida de Aitor había aparecido unas horas antes—. Tenemos que encontrarla. ¿Qué nos podéis decir de los chicos?

Estaban en la entrada del caserón, en el hall. Iker pensó que aquella estancia podía ser casi del tamaño de su hogar y no pudo evitar preguntarse para qué diablos querría una familia de cuatro miembros vivir en una casa tan grande como aquella.

—Lamia se ha escapado de casa, seguro —soltó Lucia sin siquiera sopesarlo—. Otra vez… Volverá en unas horas, cuando se quede sin dinero. Miren y Gorka ya deberían estar acostumbrados a estas cosas, así que no entiendo por qué llaman a la policía.

Iker había descartado esa opción. Que su hermano mellizo hubiera aparecido asesinado aquella noche hacía que no se tratase de una desaparición al uso y que debiera investigarse con mayor sensibilidad. Tenían que encontrarla antes de que el asesino también decidiera acabar con ella y deshacerse del cuerpo.

—¿Se ha escapado de casa con anterioridad?

—Se lleva escapando de casa desde que cumplió los quince años —soltó ella—. Miren y Gorka llevan unos años bastante malos y eso tampoco ayuda.

El marido se mantuvo en silencio, sin decir nada. Iker estuvo convencido de que consideraba aquella conversación un mero cotilleo.

—¿Café? —preguntó, intentando escaquearse del interrogatorio.

—Lo agradecería —respondió el suboficial con un gesto amable antes de volver a centrar su atención en ella—. ¿Por qué piensa que están pasando una mala época?

—Nos conocemos desde siempre —explicó—. Antes solíamos hacer muchas cosas juntos. Ya sabe, irnos de vacaciones, salir a cenar… Pero desde hace unos años Gorka ya no pasa tiempo en casa, siempre está de viaje de negocios, en reuniones… Vamos, que intenta hacer su vida de forma independiente al resto de la familia. Miren lo lleva bastante mal. El trabajo de la editorial y su matrimonio la tienen desbordada, así que no es la misma de siempre. Creo que bebe bastante.

Iker asintió.

—¿Cree que Gorka Zabala podría tener una aventura?

Lucia echó la mirada hacia atrás para comprobar que su marido no estuviera escuchándola.

—Estoy convencida de que sí —confesó entre susurros—. Aunque creo que Miren no quiere darse cuenta. En el fondo mantiene la esperanza de que todo vuelva a la normalidad y de que las cosas vayan a ser como antes.

Iker suspiró y sintió lástima por la mujer.

La imagen de Miren Urrutia sollozando en una esquina del sofá, encogida de dolor, acudió a su mente.

—Y, ¿piensa que ese pudo ser el detonante para que Lamia intentara escaparse de casa con anterioridad?

Lucia se encogió de hombros justo antes de abrazarse a sí misma para entrar en calor. En aquel instante su marido regresó con una taza del café que Iker aceptó de buen grado. Él no era consciente, pero estaba tiritando de pies a cabeza y su tez había palidecido.

—Lamia es una adolescente complicada —intervino Xabier por primera vez—. Es todo lo contrario a Aitor, dos polos opuestos. Siempre se ha juntado con chicos más conflictivos, le gusta salir de fiesta… Ya sabe. La típica chica rebelde.

—¿Y Aitor no es así?

Le dio otro sorbo al café y agradeció que el líquido caliente descendiera por su garganta, templándole.

—No. Aitor siempre está con su madre —respondió Lucia de inmediato —. Es un ratón de biblioteca que siempre tiene el morro metido en la editorial de Miren. Tiene amigos, pero pocos y… formales. No le gusta la fiesta.

—¿Y sabéis si alguien puede querer hacer daño a la familia?

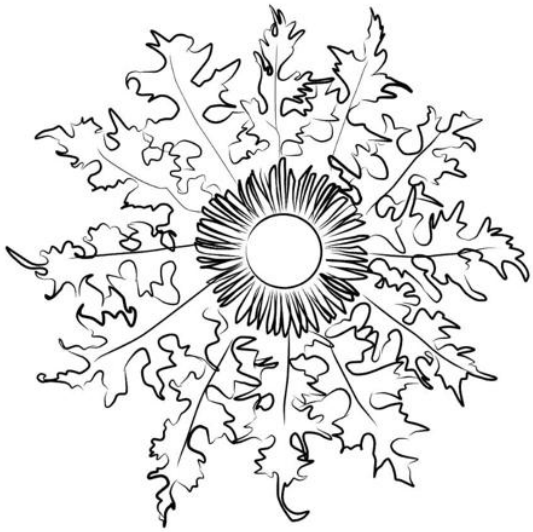
Los dos se lanzaron una mirada fugaz antes de negar rotundamente.

—Tienen problemas, como todos… Pero no son mala gente —sentenció Xabier, dando por finalizada la conversación.

Iker apuró el contenido antes de devolverle la taza a su propietario. Después agradeció la colaboración y se dispuso a abandonar la vivienda con la cabeza funcionándole a mil por hora.

Se tomó un segundo para ordenar sus pensamientos antes de volver a salir a la intemperie. ¿Qué tenían? Un chico muerto. Una chica desaparecida. Una familia desestructurada y una nota amenazante. Pero,

sobre todo, una pregunta que se repetía una y otra vez: ¿Dónde estaba Lamia Zabala?



# 6

Iker se sentó en las escalerillas del porche de la casa y contempló la oscuridad. Volvía a sentir esa extraña presencia en las tinieblas que le alteraba. Lo había presentido en su casa minutos antes de recibir la llamada de Etxaniz y, en aquel instante, podía volver a notarla. Como si alguien, o algo, estuviera acechándole. Espiándole.

Intentó quitarse esos absurdos pensamientos de la cabeza y centrarse en la vida real. No podía permitirse distracciones. Observó el horizonte. Pronto comenzaría a filtrarse la luz del amanecer entre los nubarrones grisáceos que encapsulaban Getxo, lo que significaba que Lamia llevaba más de treinta horas desaparecida. El tiempo apremiaba y estaba contra ellos.

Se habían quedado en la casa de los Zabala, esperando alguna noticia nueva. Se sentía tan impotente que le temblaban las extremidades.

Etxaniz también abandonó la residencia y se sentó junto a su amigo. Sacó un cigarrillo y le tendió la cajetilla a Iker. Negó con la cabeza. La insistencia de Maitane había conseguido que dejase el tabaco.

—¿Sabemos algo de los buzos? —preguntó.

Tenían a los expertos rastreando la playa de Ereaga y habían revisado las embarcaciones de la zona, una por una. Por el momento seguía sin haber rastro de la joven.

—Nada —respondió Etxaniz—. Aún no tenemos noticias nuevas.

Se quedó observando el humo que Gonzalo Etxaniz liberada de su boca. Formaba extraños círculos y siluetas que le recordaban a los dibujos sin sentido que sus hijas tenían garabateados por todos los cuadernos.

—Voy a volver a echar un vistazo a las habitaciones de los chavales —dijo, levantándose de un salto. Necesitaba sentirse útil y estar en movimiento—. Cuando termine, me voy a patrullar la zona. ¿Te vienes?

Él se encogió de hombros.

—¿No deberíamos dejar a alguien aquí? ¿Por si llaman pidiendo un rescate?

—No van a pedir ningún rescate —respondió con pesar.

Aquello no era un secuestro.

Alguien estaba intentando hundir a esa familia y Aitor Zabala solamente era un aviso. Una primera pieza que se movía en el tablero de ajedrez, pero que no sería la última en avanzar.

—Que te acompañe Amaia… Yo me quedaré por aquí por si aparece el marido o por si llaman —propuso, justo antes de hacer una larga pausa—. Creo que alguien debería quedarse con ella…

Se refería a Miren Urrutia.

En aquellos instantes estaba con el equipo de psicólogos. Habían conseguido que la mujer se tranquilizase y comenzara a ordenar sus pensamientos. Recordaba haber pasado parte del domingo con su hijo. Según la mujer, Lamia se había despertado tarde y habían comido juntos, los tres. Después se había quedado sola en casa porque los chicos habían salido a dar una vuelta por Algorta. No eran demasiados datos y tampoco resultaban demasiado fiables, pero al menos tenían por donde partir para poder seguir rellenando las lagunas.

Iker se levantó del escalón y volvió a entrar en la casa. Ascendió hasta la segunda planta y se adentró en la habitación de Aitor. Estaba ordenada y limpia. Solamente tenía una cama de noventa, un armario, unos estantes repletos de libros y enciclopedias y un escritorio en el que descansaba un ordenador portátil. Lo abrió y pulsó la tecla de encender. La pantalla se iluminó al instante mostrando uno de los típicos fondos prediseñados con montañas y un lago de aguas cristalinas. Iker clicó sobre él y, nada más hacerlo, se mostró el rectángulo que solicitaba la contraseña. Supuso que un adolescente no dejaría su ordenador a la vista sin proteger su privacidad, pero aún así había optado por probar suerte e intentarlo.

Se levantó y paseó su mirada entre los libros de la estantería. Al parecer, Aitor era un gran apasionado de las novelas bélicas y del orden.

Salió de la habitación y se adentró en la de Lamia. Efectivamente, y tal y como los vecinos le habían advertido, era un verdadero caos. No había por dónde cogerla. Iker estiró las sábanas que se hallaban en el suelo y las lanzó sobre la cama con la intención de despejar un poco la habitación. Un paquete de preservativos vacío cayó al suelo. Las paredes estaban repletas de fotografías y collages. En la gran mayoría aparecía la joven con sus amigas. Se acercó a una de las instantáneas y se quedó mirándola fijamente. Lamia aparecía vestida con un top azul y unos vaqueros de tiro bajo que dejaban parte de su vientre al descubierto. Abrió el armario y se encontró montañas de ropa sin doblar en su interior. Todo estaba hecho un desastre, aunque tampoco le extrañaba demasiado. Sí, los dos mellizos eran la noche y el día.

Se llevó la mano al bolsillo y toqueteó con la punta de sus dedos el bloc que Miren Urrutia le había dado. No había llamado ni al novio, ni a la amiga. Pero en su lugar había enviado una patrulla a buscar a ambos. Revisó su reloj. Eran las seis menos cuarto de la madrugada, así que supuso que ya estarían en comisaría, siendo interrogados por sus compañeros. Si alguno descubría algo de interés, llamaría de la misma.

La habitación de Lamia, a diferencia de la de Aitor, olía a marihuana. Además, la condensación que se respiraba en ella dejaba intuir lo poco que se aireaba. Imaginó que debía de consumir todo tipo de drogas y beber alcohol. No era nada fuera de lo común si tenía en cuenta que era una chica guapa, popular y adinerada de diecisiete años. Estaba convencido de que no existía peor crisis que la adolescencia.

Abrió la ventana de par en par y sacó la cabeza para respirar aire fresco. Tenía un mal presentimiento, algo que le decía a gritos que Lamia Zabala no aparecería con vida. Que llegarían tarde. Deslizó la mano por su cabello antes de resoplar con fuerza, intentando sacarse el malestar de dentro. La imagen de Miren Urrutia sollozando abrazada al cojín acudió a su mente para perturbarle los pensamientos.

—Joder…

Tenía que encontrar a esa joven con vida como fuera, costara lo que le costara.

Salió de la habitación y echó a caminar hacia la planta baja. La casa estaba repleta de ertzainas que habían acudido para colaborar en el caso. Iker se acercó hasta Etxaniz y le indicó con un gesto que se apartara para poder charlar en intimidad.

—Que intenten sonsacarle a la madre si falta alguna prenda del armario de su hija —murmuró en voz baja para que nadie más pudiera escucharle—. Sería de utilidad saber cómo iba vestida, ¿no crees?

Su compañero asintió, aunque en realidad ninguno de los dos creía que la información que Miren Urrutia aportase pudiera resultar fiable.

—¿Te vas? —preguntó al ver que Iker se alejaba en dirección a la puerta principal.

—Voy a rastrear el pueblo calle a calle —gruñó de malas formas, impacientándose. Habían perdido la noche entera y todavía no tenían nada. Absolutamente nada—. Tengo que hacer algo.

Levantó el brazo en alto para captar la atención de Amaia y después se encaminó hacia su coche. Se subió en el asiento copiloto y espero a que su compañera se colocase al volante.

—¿Estás bien, Iker? —preguntó la joven con cautela.

Aún se trataban con respeto.

—Siento que estamos parados, ¿sabes? —resopló—. Que podríamos estar haciendo algo más.

Amaia se encogió de hombros mientras encendía el motor.

—Tenemos a los buzos buscando, a los informáticos rastreando cualquier señal de su móvil, a Etxaniz esperando la posible llamada de un rescate…

—Nadie va a pedir un rescate —dijo, señalando lo obvio de nuevo—. No tiene nada que ver con el dinero.

—Yo no lo tengo tan claro —murmuró Amaia, aunque sin atreverse a entonar con normalidad. Llevarle la contraria a Iker no resultaba sencillo dada su cabezonería—. Si contamos con la hipótesis de que esa nota iba dirigida a los padres, sí podría tener sentido. Ya hemos matado a uno y, si no pagas, seguiremos con el segundo.

Iker la miró de reojo.

—O pagas, o mueres —le recordó—. Se dirigía a él… Quizás Aitor Zabala tuviera una deuda pendiente de la que no pudo hacerse cargo. Puede que estuviera metido en algún asunto turbio y que no quisiera decepcionar a los padres, no lo sé —resopló Iker.

—La familia tiene dinero… ¿Y Lamia?

El suboficial sacudió la cabeza, negando rotundamente. Aquel caso estaba repleto de incógnitas.

—No lo sé, pero tenemos que encontrarla —sentenció, pegando su rostro al cristal de la ventana.

Estaban adentrándose en el pueblo de Algorta.

La tormenta había amainado, aunque seguía lloviznando de forma intermitente. Era febrero y hacía frío.

—Sube en dirección a la avenida peatonal, hacia Basagoiti —le pidió Iker, contemplando los colores anaranjados con los que se habían teñido las desérticas calles—. Vamos a descender hacia el Puerto Deportivo y a recorrer el paseo de la playa.

Debía admitir que no albergaba demasiadas esperanzas, pero tenía que intentarlo. Había demasiada gente parada en la vivienda, sin hacer nada. Si los informáticos o los buzos encontraban algún dato de interés llamarían. Y lo mismo si Etxaniz recibía alguna llamada de importancia. Tenía la sensación de que en aquella desaparición había demasiados frentes abiertos y de que cubrirlos todos estaba siendo imposible. Revisó el reloj de su muñeca. Faltaban pocas horas para que los telediarios locales comenzaran a emitir la noticia del asesinato de Aitor Zabala y la desaparición de la chica. Imaginó que el Suboficial Urkidi debía de estar encargándose de todo eso con el enlace de prensa de la unidad.

—Joder, Amaia… Tengo un mal presentimiento —murmuró, casi sin voz.

Estaban llegando al Puerto Deportivo y frente a ellos ya se podía observar el mar y los navíos atracados bajo el cielo rojizo que en pocos

minutos había ganado luminiscencia e intensidad.

—La vamos a encontrar —aseguró ella, aunque tampoco parecía decirlo con demasiada convicción.

—¿A dónde vamos, Iker? ¿Hacia…?

—Hacia el Puerto Viejo —dijo, señalando a su derecha.

Hacia mi casa, pensó.

No pudo evitar, una vez más, sufrir esa desagradable sensación de déjà vu y recordar los meses que pasó en el hangar familiar de Maitane. Aquella época había quedado atrás, por supuesto. Pero Iker volvía a tener ese presentimiento de estar metido en un callejón sin salida. Esa misma sensación que se instauraba en él cuando un caso le daba la sensación de volverse una encerrona.

Contempló el paseo de la playa, vacío, mojado. Pasaron de largo los bares y la zona de restaurantes en dirección a la cala en la que Aitor había aparecido muerto cuando, de pronto, Iker tuvo la sensación de que acababa de ignorar una presencia extraña y ajena al paisaje.

—Para el coche —le pidió a Amaia—. Para el coche aquí mismo.

La chica detuvo el vehículo en mitad de la carretera y observó con el ceño fruncido cómo su compañero se quitaba el cinturón con nerviosismo y de forma apresurada.

—¿Qué ocurre?

—¡Joder! —exclamó Iker con el corazón a mil por hora mientras abría la puerta del coche—. ¡Joder, Amaia!

Salió escopetado del vehículo.

Al fondo del paseo se podían distinguir las luces de los coches patrulla que seguían trabajando en la cala, en la zona en la que Aitor Zabala había aparecido asesinado. Iker también pudo distinguir, en el agua, las lanchas motoras de los buzos y de los equipos de rescate que se habían puesto a trabajar con una rapidez digna de mención. Comenzó a correr en dirección contraria, rezando porque aquella chica que había distinguido sentada en el suelo, con la espalda contra el muro de la playa, fuera ella. Fuera Lamia Zabala. ¿Qué diablos hacía una persona allí, sino? ¿Por qué alguien iba a estar bajo la llovizna en pleno paseo de la playa a las seis y media de la madrugada?

Le costaba respirar, el frío se le filtraba en los pulmones pellizcándole las entrañas. Cuanto más se acercaba a la chica, más seguro estaba de que

se trataba de Lamia Zabala. Tenía el pelo mojado, estaba descalza y llevaba puesto un vestido negro que a duras penas llegaba a taparle la mitad de los muslos. Estaba sentada en el suelo mojado con la espalda apoyada sobre el muro del paseo. No llevaba chaqueta, pero tampoco tiritaba. Estaba pálida.

—¡Lamia! ¡Lamia! —gritó Iker, acercándose a ella con el corazón en un puño.

El suboficial no conseguía verle el rostro. Tenía la cabeza gacha y la barbilla pegada al cuello.

—¡Lamia!

La alcanzó un instante después y se acuclilló a su lado. Sabía que en situaciones así era imprescindible mantener la calma y no perder los nervios. La sujetó por los hombros y se dio cuenta de que estaba helada. Congelada. Tenía la piel pálida, tan blanca, que prácticamente parecía un cadáver. Levantó la cabeza de la chica y se dio cuenta de que tenía las pupilas dilatadas. La habían drogado. De forma instintiva, comprobó su pulso. Prácticamente no se lo notaba. Parecía débil y lento, muy lento.

—Aguanta, Lamia… Aguanta un poco más.

La cogió en brazos mientras buscaba a Amaia con la mirada. En contraste con Iker, la chica respiraba con tanta lentitud que el movimiento ascendente de su pecho resultaba casi imperceptible.

—Ya está… Ya estás a salvo, Lamia… —prometió Iker, retirándole el cabello que se había quedado adherido a su rostro—. Ya está. Te vamos a llevar a un hospital para que te recuperes y pronto estarás en casa con tu familia.

Comprendió que el coche patrulla estaba retrocediendo lentamente hasta ellos e imaginó que, a esas alturas, Amaia ya debía de haber pedido una ambulancia y dado el aviso a los servicios de emergencia de la zona. Su compañera detuvo el coche e Iker se apresuró a sacar una manta del maletero para envolver a la chica en ella. Estaba congelada e intuía que el color amoratado de sus labios y manos podía significar un principio de hipotermia.

—¡Amaia! —gritó, alterado—. Que desplieguen un maldito ejército en la zona si es necesario, pero que no se dejen un solo rincón sin revisar —escupió de malas formas—. Llama al suboficial Urkidi y pide más agentes. Recorreros el puerto. Los muelles. Lo que sea necesario, pero quiero saber dónde han tenido encerrados a los chavales.

La joven asintió con la cabeza antes de sacar el teléfono.

—¡Y que detengan a cualquier persona que parezca sospechosa! —añadió mientras le ayudaba a Lamia a sentarse en el interior del coche—. ¡Cualquiera!

Iker, atónito, no conseguía apartar la mirada de la chica. Estaba viva; la habían encontrado con vida. Aunque debían de ser realistas: si en aquellos instantes Lamia se encontraba en aquel coche, era porque el agresor se había deshecho de ella. Hubiera tenido oportunidad de matarla si así lo hubiera querido, pero no. No lo había hecho. ¿Por qué? ¿Por qué la había dejado marchar? ¿Por qué la había soltado?

Puede que se sintiera acorralado. Puede que Lamia fuera una distracción para poder escapar de su escondite. Echó un vistazo al interior del coche. Poco a poco la chica iba recuperando un color más normal, menos cadavérico. Iker se agachó ligeramente para que su mirada quedara a la misma altura que la de ella.

—¿Estás bien? ¿Puedes decirme quién te ha hecho esto?

Ella ni siquiera le correspondió la mirada, así que Iker dedujo que debía de encontrarse en shock. La repasó de hito a hito y rezó internamente porque no hubieran abusado sexualmente de ella. Suficiente había sufrido con el secuestro.

Sacó el teléfono de su bolsillo. Tenía las manos temblorosas y sentía una ligera taquicardia que, probablemente, se debiera a las tantísimas horas que llevaba sin dormir. Buscó el nombre de Maitane entre las últimas llamadas y pulsó la tecla de llamar. Los tonos se reprodujeron uno detrás de otro mientras los coches patrulla comenzaban a inundar la zona, aproximándose a él. Escuchó la sirena de varias ambulancias y, segundos después, se extinguió la llamada. Iker insistió. Necesitaba a Maitane.

—*Laztana, lanean nago*…

**«Cariño, estoy en el trabajo» en euskera.*

—¿Estás en el hospital? —inquirió, perplejo.

Debía de haber entrado a primera hora, aunque Iker no recordaba que le tocase el turno de mañana.

Intentó organizar su cabeza y recordar en qué día vivía, pero también sentía ese halo de confusión que suele rodear a aquel que sufre de falta de sueño.

—Sí, estoy en el hospital —murmuró en voz baja—. No puedo hablar. ¿Es importante?

—Están a punto de trasladar a una víctima a Cruces —explicó brevemente el suboficial—. Necesito que te encargues de ella.

—¿Qué me encargue de ella? —repitió, sin comprender exactamente qué era lo que quería decir su marido.

—Por favor, Maitane… Que nadie se acerque a la chica, que no le hagan preguntas y… Entérate de cualquier resultado antes que cualquiera —suplicó—. Necesito encontrar al cabrón que le ha hecho esto y si la atosigan no dirá nada. Se cerrará en banda.

Iker lo sabía muy bien porque, desafortu-nadamente, ya se había encontrado en más de una ocasión con víctimas de agresiones. Escuchó el profundo suspiró de su mujer al otro lado de la línea.

—Tengo que colgar, pero haré lo que pueda —murmuró antes de cortar la llamada.

Iker regresó junto al coche y se quedó mirando fijamente a Lamia Zabala. Aún estaba ida… Y algo le decía que para conseguir la confesión de aquella chica necesitarían algo más que un comité de psicólogos. Necesitarían tiempo y paciencia.

La ambulancia se detuvo lo más próximo posible al vehículo y los sanitarios se apresuraron a sacar la camilla.

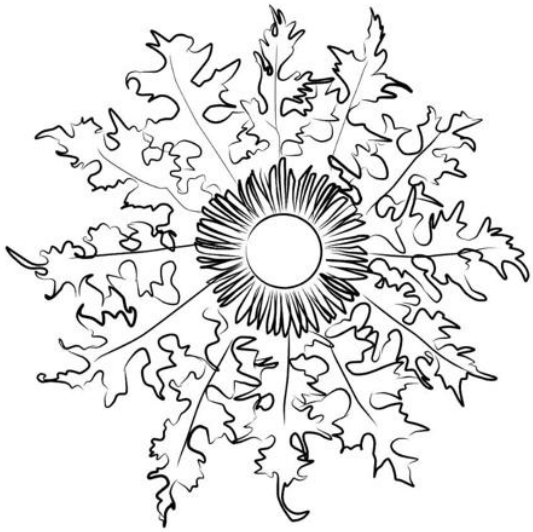
—Van a trasladarte al hospital, ¿vale? —le advirtió Iker, aunque ella ni siquiera parecía escuchar lo que decía.

Dos segundos después, Iker se esquinaba junto a su compañera y observaba cómo inmovilizaban a la chica sobre la camilla.

Estaba viva. La habían encontrado con vida, y eso era lo que contaba.

—Gonzalo acaba de llamar… Al parecer el marido ha regresado a casa —le contó ella entre susurros para que nadie más pudiera escucharlos.

—Antes necesito un café.



# 7

Iker aparcó el vehículo frente a El Serrano.

En aquel bar escondido entre calles y apartado del resto de los comercios siempre se había sentido como en casa. Era justo lo que necesitaba: una pequeña guarida en la que desconectar. Sintió las extremidades temblorosas y ni siquiera llegó hasta la barra. Se sentó en una de las mesas y esperó hasta que Miguel le trajo su café y su habitual pincho de tortilla. La mejor tortilla de todo Getxo, sin duda.

—Lo están dando en las noticias… —le dijo Miguel, sentándose a su lado—. Lo del chico que ha aparecido muerto en la *txalupa*.

—Sí, me lo suponía.

Se tapó el rostro con ambas manos, evadiéndose durante unos instantes de la realidad.

—¿Te puedo dar un consejo?

El suboficial levantó la cabeza con cansancio y asintió.

Miguel y él se conocían desde tiempos ancestrales y siempre había compartido cierta parte de las investigaciones con él. Solía bromear diciéndole que, en otra vida, debía de haber sido policía y no tabernero.

—Vete a casa y descansa —le recomendó con cariño—. Con unas horas de sueño todo se ve desde otra perspectiva. Y a esta invita la casa… —añadió, guiñándole un ojo.

Miguel se levantó de la mesa y le cedió el sitio a Amaia. La joven tenía tan mala cara como su compañero y parecía estar igual de cansada.

—¿Has hablado con Gonzalo? ¿Sabemos algo?

Amaia se encogió de hombros.

—Lo único que me ha dicho es que el padre parece realmente afectado —explicó ella, resumiendo la conversación—. Me ha dicho que se quedaría en la vivienda con ellos esperando noticias de los informáticos.

—Nosotros deberíamos irnos a casa y dormir unas horas —murmuró antes de darle un sorbo al café.

Sintió el sabor amargo de la cafeína en su paladar. No importaba la cantidad de café que ingiriera porque, estaba tan cansado, que intuía que caería rendido nada más tocar la cama. Levantó la vista y observó el exterior desde la mesa en la que se encontraba sentado. El temporal parecía haber amainado por completo y el cielo se había teñido de blanco. A pesar de ello, las nubes continuaban encapotando la localidad de Getxo, aunque no parecían amenazantes.

Iker partió un trozo de tortilla y se lo llevó a la boca. Comprendió en aquel instante que tenía el estómago cerrado y que no podría ingerir ni un solo pedazo. Estiró el brazo y le tendió a Amaia el plato.

—No la desaproveches —suplicó—. Sería un desperdicio imperdonable. Me marcho a casa.

—¿Te llevo? —preguntó ella, saltando de la silla al instante.

Él negó con la cabeza.

—Me apetece pasear.

Alzó la mano para despedirse de Miguel y echó a caminar calle arriba, en dirección al Puerto Viejo de Getxo. Tenía por delante un recorrido

bastante largo, pero no le importaba. Pensó que, incluso, el paseo podría venirle bien para despejar sus pensamientos. Seguía teniendo esa horrible sensación que le indicaba que aquel caso tenía gato encerrado. Algo no le cuadraba. Algo no iba bien… ¿Cómo era posible que los dos chicos llevaran desaparecidos desde el domingo y que ninguno de los padres fuera consciente de ello? Joder, el padre estaba en Madrid, no en la India. Podía haber descolgado el teléfono para llamarles en cualquier instante. Y eso hubiera sido lo normal, ¿no?

Revisó su reloj de muñeca. Eran las nueve de la mañana y las niñas ya debían de estar en el colegio. Teresa, su vecina, era la que se encarga de ellas cuando Maitane y él estaban en el trabajo. La mujer se había convertido en una especie de abuela para las niñas, ya que pasaban buena parte de la semana jugando en su casa. Vivían frente a frente. Teresa era la propietaria de la casita pesquera del tejado azul que había frente al dúplex que ellos habían comprado y, la verdad, no habían podido tener más suerte con su vecina. Era una de esas mujeres que siempre llevaba un delantal puesto. Por lo general, su cocina siempre desprendía un delicioso olor a bizcocho recién horneado y su casa nunca tenía la puerta cerrada. Excepto de noche. Había algo en ella que le recordaba a Begoña, la vecina que habían tenido cuando vivieron en el hangar. Al igual que en Santa María de Getxo, en su nueva zona residencial los más mayores seguían creyendo en las leyendas y las tradiciones vascas. Allí era un modo de vida. Una forma de convivir con la naturaleza y las creencias arraigadas a sus tierras que a Maitane le encantaba y a la que Iker ya se había ido acostumbrando poco a poco. Empezaba a ver normal que cada puerta de cada casa tuviera un Eguzkilore colgado o que algunos vecinos despidieran el día diciendo "*eguna egunekoentzat, gaua, gaukoentzat**", como si de esa forma dejaran paso a los espíritus oscuros que rondaban en el mundo.

** «El día para los del día, la noche para los de la noche» en euskera*.

Iker se quitó las botas y las dejó en la entradilla de casa para no embarrar las alfombras. Se sentía exhausto, así que se dejó caer en el sofá y cerró los ojos unos instantes permitiéndose relajarse. Lamia Zabala estaba a salvo y podía permitirse cerrar los párpados y rendirse al cansancio, al menos, por unos minutos. Pensó en Maitane y la extrañó. Le hubiera gustado tenerla allí, a su lado, para estrecharla entre sus brazos. Apretarla

con fuerza, sentir su cuerpo, su calor y percibir ese aroma silvestre que desprendía su cabello.

Sí, la echaba de menos. Desde que las niñas habían llegado a sus vidas, su matrimonio había cambiado. Las niñas los habían unido, por supuesto, pero en cierto modo también los habían distanciado. Cerró los ojos e imaginó el rostro despreocupado de su mujer en un intento de desprenderse de todos los malos pensamientos que le acechaban. Se la imaginó riéndose de forma despreocupada, a su lado. En su imaginación, Maitane llevaba el cabello recogido de forma casual y su mirada proyectaba una sonrisa. Iba vestida con un chándal cómodo que utilizaba a modo de pijama y que a Iker le volvía loco cómo le quedaba. Le encantaba su mujer de aquella forma. Mucho más, incluso, que cuando se arreglaba para salir a cenar. Le gustaba verla en su más pura esencia, siendo ella. Sin maquillaje y sin ropa de más. Le gustaba sentir cómo se acurrucaba a su lado antes de contarle cómo había ido su día y las últimas novedades que habían sucedido en el hospital. ¿Cómo diablos era posible que, a pesar de los años, siguiera sintiendo algo tan intenso por ella? ¿Cómo era posible que nunca se desvaneciera esa sensación que le hacía sentir que ella era especial? Única.

Iker se había cruzado con bastantes mujeres a lo largo de su vida, pero nunca jamás había percibido la magia que tenía ella en ninguna otra. Magia. Eso era lo que tenía Maitane.

Sintió cómo el sueño comenzaba a abrazarle y todo a su alrededor se iba volviendo más y más negro. La oscuridad se cernía sobre él. De fondo, se escuchaba el tic tac del segundero del reloj que tenían sobre la chimenea del salón. Iba arrollándole lentamente hasta que, de pronto, la imagen de Maitane se difuminó por completo en su cabeza y apareció en una montaña, tumbado sobre el húmedo y frío musgo del suelo. Enterró las manos en la tierra y percibió el olor a bosque que inundaba el ambiente. Estaba soñando, por supuesto. Pero era un sueño demasiado intenso, demasiado real. Se levantó y echó un vistazo a su alrededor mientras hacía un esfuerzo por ubicarse. La oscuridad que había penetrado en la noche hacía que su sentido de la orientación se le bloquease. No reconocía el sitio. No sabía dónde estaba. Respiró profundamente, insuflándose calma. Era un sueño. “Solamente un sueño”, se recordó.

Cogió impulso y echó a caminar sendero abajo sin saber muy bien a dónde se dirigía. Poco a poco su visión comenzó a adaptarse a la oscuridad

y empezó a reconocer el terreno. Distinguió a unos metros de distancia, entre la maleza, una ligera humareda que anunciaba alguna hoguera cercana que acababa de extinguir sus llamas. Sin saber muy bien por qué, se encaminó hacia ella. La vegetación cada vez era más estrecha, así que cada paso que daba suponía un esfuerzo. Le costaba avanzar. Levantó la cabeza, pero aquella vez no encontró la humareda que había visto con anterioridad. "Da la vuelta", le gritaba una voz en su cabeza. "Márchate". Pero optó por ignorarla. Algo, algo inexplicable y mágico le hacía sentirse irremediablemente atraído hacia ese lugar.

Iker notó un tirón en su camiseta. La tela se había quedado atrapada en una rama y le había rasgado el tejido y cortado superficialmente a la altura del codo. Siguió caminando, apartando ramas y hojas que dificultaban su paso y obstaculizaban su visión hasta que, al final, apareció en un claro. En mitad del terreno estaba la hoguera, ya consumida. Sus pulsaciones se aceleraron de forma descontrolada, así que se tomó unos instantes para relajarse y recobrar la compostura. ¿Por qué estaba tan nervioso? ¿Por qué tenía tanto… miedo? Pánico. Podía sentirlo extendiéndose por sus extremidades y paralizando su organismo. Inspeccionó la zona, esforzándose por utilizar cierta lógica y no perder los nervios sin razón aparente. El claro estaba levemente iluminado por la luz de la luna y los alrededores parecían despejados, tranquilos. Allí no había nadie. Entonces, ¿quién había encendido la hoguera? ¿Quién había estado en aquel lugar?

"Da la vuelta", le repitió esa voz sensata que a veces parecía ser más objetiva que él. Supuso que se trataba de su subconsciente, de su "yo" más racional. Pero Iker optó por ignorarla y dio otro paso al frente. Se agachó junto a los restos para palpar las cenizas. Aún se podía observar algún pedazo de madera crepitando levemente. La hoguera no llevaba demasiado tiempo apagada, lo que significa que fuera quien fuese la persona que la había encendido, seguía allí. Estaba cerca. Iker podía sentir su presencia. Podía notar su proximidad.

—¿Hola? —preguntó en voz alta y su voz retumbó en la soledad de la montaña.

Fue en ese instante cuando levantó la mirada y encontró la cueva. En realidad, solamente era un pequeño orificio que debía de medir poco más de metro y medio de altura. Iker se aproximó hasta la apertura. Notó una ráfaga de aire helado que le puso la piel de gallina, pero no se hizo a un

lado. Estaba allí. Fuera quien fuese esa persona, estaba ahí dentro. Se quedó en silencio, muy quieto. Podía escuchar los latidos de su corazón retumbándole entre las paredes de su cráneo. "La noche para los de la noche, Iker… No te adentres en la oscuridad…", le dijo esa voz sensata de su subconsciente. Y, una vez más, la ignoró. Tragó saliva en un intento absurdo de deshacer el nudo de su garganta y dio un paso al frente. Agachó la cabeza y pasó al interior con poca convicción. Estaba oscuro y olía a humedad. A tierra. Le pareció presentir algún movimiento extraño y se quedó quieto. Todos sus sentidos estaban alerta, preparados para la acción. Entonces, escuchó su respiración. Su profunda y lenta respiración. Desvió la mirada hacia su provenir y se encontró con dos ojos brillantes y enrojecidos que le observaban desde la oscuridad. No eran humanos. No eran animales. Simplemente, no parecían reales. "Gaua, gauekoentzat…", repitió la voz. Iker retrocedió un paso hacia detrás.

—Joder… —murmuró en voz baja.

Y el sonido espectral de un animal resonó con tanta fuerza que el suboficial sintió que el corazón se le detenía. El miedo era tan intenso que no podía reaccionar; estaba petrificado. Fijó la vista en aquella mirada de la ultratumba mientras imaginaba la clase de monstruo a la que debía pertenecer. No podía ser real. De repente, sintió el calor. Ni siquiera tuvo el tiempo suficiente como para reaccionar. Antes de poder darse cuenta, Iker estaba envuelto en el núcleo de las llamas, sin escapatoria. Ni siquiera era consciente de cómo había estallado el fuego en aquel lugar. Volvió la vista hacia el monstruo de la cueva, pero ya no estaba y, en su lugar, solamente quedaban un millar de lucecitas que titilaban creando una extraña cortina de luz. El calor cada vez era más intenso y, poco a poco, el humo iba dificultando su respiración. Se tapó el rostro con su propia camiseta, dejando a duras penas cierto margen para poder ver aquello que le rodeaba. No era demasiado. Llamas y fuego. Supo entonces que, si no abandonaba aquella cueva, no transcurriría demasiado tiempo antes de morir calcinado entre aquellas rocas.

Desvió la vista hacia la salida —o, al menos, hacia el lugar en el que se imaginaba que debía de estar la salida— y no se lo pensó dos veces antes de salir corriendo hacia allí. Traspasó la cortina de llamas y notó cómo el fuego le desgarraba la piel.

Y entonces, despertó.

—¡Iker!

La voz de Maitane lo devolvió a la realidad. Abrió los párpados y se quedó observando el rostro de su mujer con tanto sosiego que no fue capaz de disimular el alivio que sentía en la expresión de su semblante.

—¿Qué pasa? Estás sudando… ¿Te encuentras bien?

Asintió con la cabeza. No era capaz de pronunciar una sola palabra en voz alta.

Maitane levantó la mano para retirar el sudor de su rostro. Parecía realmente preocupada por él.

—Estoy bien —consiguió murmurar minutos más tarde—. Estoy bien, de verdad.

Se sentó en el sofá, a su lado, y se quedó mirándole con fijación mientras Iker, poco a poco, regresaba a la realidad. Observó la luz que se filtraba a través de la baja ventana del salón e intuyó que debían de ser más de las dos del mediodía. Algo más si tenía en cuenta que Maitane ya había regresado del hospital.

—¡La chica, Maitane! —exclamó Iker, levantándose de un salto—. ¡Tengo que ir al hospital!

Ella estiró el brazo con la intención de retenerle a su lado.

—La tienen sedada —explicó con rapidez—, está descansando. Aunque vayas, no conseguirás nada de ella.

Iker suspiró profundamente antes de volver a sentarse en el sofá junto a ella.

—He oído en las noticias lo de su hermano… Lo del chico que ha aparecido en la chalupa —murmuró Maitane, sin entrar en demasiados detalles—. Es una suerte que la hayáis encontrando con vida antes de que…

Dejó la frase en el aire.

Sí, Iker también lo pensaba. Era una suerte que Lamia Zabala hubiera conseguido escapar de su persecutor. Pero, ¿cómo? Ahora que ella estaba viva, las preguntas que se hacía sobre el caso habían dado un vuelco. Habían cambiado. Iker pensó que lo más probable era que, en realidad, hubieran estado más cerca del agresor de lo que eran capaces de imaginar. Quizás habían conseguido ponerlo nervioso y por eso había terminado soltando a la chica. Quizás habían logrado que se sintiera acorralado.

—¿Estás bien? —preguntó Iker, repasando a su mujer con la mirada.

Tenía la mirada acuosa y parecía cansada.

—No —respondió, aunque lo hizo con una sonrisa cómplice—. ¿Y tú?

Iker negó lentamente con la cabeza, pero también lo hizo sin borrar su sonrisa. Se aproximó hacia ella y la rodeó con fuerza entre sus brazos. Apoyó la cabeza en su hombro y cerró los ojos unos instantes para recuperar la paz mental. Maitane era capaz de provocar ese efecto en él, de devolverle la tranquilidad perdida. Apartó su camiseta delicadamente con la necesidad de sentir su piel y le besó la clavícula con ternura.

—Iker… —ronroneó ella.

Su sonrisa cómplice se había transformado en una mucho más traviesa e inquieta.

—¿Quieres que terminemos lo que empezamos anoche? —preguntó él.

Los labios de Maitane presionaron con fuerza los suyos a modo de respuesta. Podía sentir su respiración agitada mientras se arrancaba a tirones la camiseta que llevaba puesta. Iker soltó una risita, divertido por el apremio que mostraba su mujer.

—Pareces nerviosa…

Ella se apartó ligeramente y se colocó frente a él.

—Las niñas no tardarán de llegar del colegio —murmuró con voz juguetona, besándole en el cuello.

Volvió a poner distancia para deshacerse de la ropa que llevaba puesta. Una a una, prenda a prenda, hasta terminar en ropa interior.

—Entonces tenemos prisa… —señaló él, justo antes de auparla entre sus brazos.

Maitane se río, sujetó el rostro de Iker entre sus manos y le besó con cariño. Sintió cómo las manos de su marido apretaban sus nalgas y un cosquilleo se instaló en su bajo vientre mientras se deshacía de sus brazos para volver a pisar tierra firme. Le ayudó con la camiseta y después se deshizo de su pantalón. Iker la miraba con pasión mientras, mentalmente, pensaba en aquella época en la que ellos habían sido diferentes. El sexo había sido diferente. Más lento, más pausado, más tranquilo. Las niñas habían acelerado sus vidas hasta límites vertiginosos y se habían habituado de tal manera a esa rutina diaria que prácticamente no llegaban a percibir el estrés que les engullía casi de forma constante. Maitane le empujó, juguetona, e Iker terminó sentándose sobre el sofá. Dio un paso al frente, acortando distancias antes de sentarse a horcajadas sobre su marido. Se hundió con lentitud, permitiendo que el placer nublase su mente y cerró los

ojos. Iker escuchó el gemido de deleite de su mujer. Alzó las manos hasta su cadera y guio sus movimientos de forma superficial. El mundo desaparecía cuando ella estaba entre sus brazos: los casos, las muertes, los raptos, la locura… El mal. Todo se esfumaba y solamente existían ellos dos. Abrió los ojos de nuevo para observarla. Maitane tenía la cabeza echada hacia detrás y se tocaba los pechos con sensualidad. Iker la repasó con la mirada de hito a hito, muy despacio, perdiéndose en cada una de sus curvas. Había cambiado muchísimo, por supuesto. Igual que él. El paso de los años dejaba su huella y las secuelas de ambos embarazos podían percibirse como cicatrices impresas en su piel. Sonrió internamente al pensar que, la Maitane actual, no le disgustaba en absoluto. Ella seguía teniendo esa increíble capacidad de hacerle perder la cabeza y la razón con tan solo una mirada, y eso no lo conseguía nadie. Levantó la cabeza y se encontró con sus ojos vidriosos.

—Iker… —suspiró.

Esa forma de pronunciar su nombre le desquiciaba por completo, porque cada letra en sus labios sonaba como un delirio. Maitane aceleró el ritmo e Iker la apretó con más fuerza contra él antes de estallar. Sintió cómo su orgasmo se mezclaba con el de ella, conectándolos. Convirtiéndolos en algo más que en dos personas independientes que compartían un espacio común.

Se quedaron abrazados un rato mientras notaban cómo la aguja minutera del reloj acortaba aquel pequeño rato de paz que habían sido capaces de crear para ellos dos. Pronto volverían a la realidad de Alazne y Nikole; con sus gritos, su desorden, su intensidad. Iker todavía estaba intentando descubrir cuándo llegaría el momento en el que sus dos pequeñas se entretendrían sin necesidad de atención. En realidad, se preguntaba si algún día llegaría o si siempre necesitarían de ellos.

Se levantó del sofá, procurando activarse y retomar el día donde lo había dejado aparcado. Maitane no se movió. Parecía agotada después de una intensa jornada en el hospital de Cruces, así que le concedió aquellos minutos de paz y se dedicó a recoger los juguetes que iba encontrando tirados por el suelo. Procuraba mantener su mente despejada del caso, pero no lo conseguía. Las interrogantes seguían flotando una detrás de otra en su cabeza, provocándole una vorágine de ideas que giraba sin parar. Iker era capaz de dibujar un mapa en su cabeza y repasar cada hilo suelto que habían dejado en el caso.

—Tienes que marcharte, ¿verdad?

La miró de reojo, pero no encontró en su gesto ni un solo atisbo de reproche. Más bien, comprensión.

—Sí…

—La chica, Lamia… Está en shock emocional, así que los médicos no os dejarán interrogarla.

Iker tragó saliva y asintió.

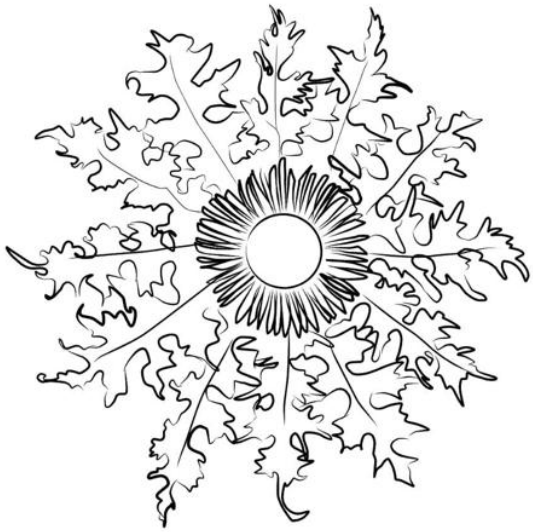
—¿Sabes si…? —comenzó, pero sentía la mente tan aturullada que no conseguía hilar bien sus pensamientos—. ¿Sabes si ha sufrido abusos sexuales?

—No hay signos externos de violación…

Los dos se quedaron mirándose unos instantes.

—Márchate —le instó Maitane—. Resuelve el caso y vuelve a casa cuanto antes. Aquí también te necesitamos.

El suboficial sonrió y pensó que, sin duda, debía de ser el hombre más afortunado del mundo por tenerla a su lado.



# 8

Se subió al coche y llamó a Amaia. Su teléfono móvil daba apagado, al igual que el de Etxaniz. Imaginó que ambos debían de estar descansando, así que se apresuró a llamar a la central para que alguien le pusiera al día.

El caso de Aitor Zabala ya se había filtrado a la prensa y todos los telediarios y periódicos locales se hacían eco de su asesinato. Se había filtrado la información de su muerte, toda, a excepción de la nota que habían encontrado en sus bolsillos.

—¿Qué tenemos? —preguntó con voz neutra cuando Urkidi atendió al teléfono.

—Joder, Ibarguren… Vaya mañana llevamos por aquí —le contó su compañero—. Están trasladando a Miren Urrutia al hospital. Vamos tras la

ambulancia.

—¿A la madre de los chavales? —inquirió Iker, mientras conducía sin un rumbo fijo y sin saber muy bien hacia dónde dirigirse.

No quería perder el tiempo en comisaría, pero tampoco sabía cuál era el siguiente paso a dar.

—Se ha tomado un bote de pastillas. Ha intentado suicidarse.

—Pero, ¿cómo cojones ha intentado suicidarse si estaba con los compañeros y con los psicólogos?

Iker notó el resoplido de su compañero al otro lado de la línea y supo que presionarle no serviría de ayuda.

—Se ha metido en el baño… Para cuando se han dado cuenta de que llevaba un rato encerrada y de que no respondía al llamar ya estaba inconsciente. No ha perdido el tiempo y poco hemos podido hacer.

—Joder —resopló Iker, enervándose. El caso no dejaba de torcerse—. Que esto no se filtre a la prensa, por favor.

—Tranquilo. ¿Vas a comisaría?

Iker titubeó.

—Supongo.

—Bien, porque el padre está siendo interrogado en estos momentos y creo que tu presencia por allí podría ser de ayuda.

Dio media vuelta en la rotonda que tenía delante y cambio de rumbo de inmediato.

—Estoy de camino —dijo, antes de cortar.

Iker presionó el acelerador, hundiéndolo hasta el fondo. Las primeras gotas de lluvia impregnaron la luna delantera y se apresuró a accionar el limpiaparabrisas mientras el chaparrón se iba intensificando con rapidez. Le dolía la cabeza horrores de tanto pensar, como siempre que se veía inmerso en un caso de tal magnitud y características.

Aparcó frente a la comisaría y respiró hondo. Tardó varios minutos en bajarse del coche, porque sabía que cuando cruzase la puerta principal, se vería inmerso en esa vorágine de estrés tan habitual que solía rondar las oficinas de la Ertzaintza. Aprovechó aquellos minutos de paz para ordenar sus pensamientos y recolocar las piezas del puzle con cierta lógica. Aitor Zabala aparece muerto en una *txalupa*; su hermana desaparecida es encontrada horas después en un estado de shock emocional y sin aparentes signos de violación; la madre, Miren Urrutia, desconoce el paradero de sus

hijos en las últimas cuarenta y ocho horas y, además, se intenta suicidar. El padre… Iker suspiró. Sí, había llegado la hora de enfrentarse al padre y de averiguar lo que escondía.

Cruzó la comisaría en dirección a la sala de interrogatorios. Saludó de forma rápida a sus compañeros, sin entretenerse ni distraerse entablando una conversación. No había tiempo que perder.

—¿Iker?

Se giró. Amaia estaba tras él y aunque llevaba ropa diferente a la de hacía unas horas, su rostro delataba que el cansancio en ella no había menguado.

—¿Le han interrogado? ¿Ha pedido un abogado?

—Sí. Ha pedido un abogado —resopló ella—. No tiene coartada. No estuvo en Madrid.

Iker frunció el ceño.

—¿Cómo que no estuvo en Madrid?

La joven volvió a negar.

—No ha estado en Madrid. Se pidió los días libres en la empresa para "asuntos personales". No viajó a Madrid y tampoco quiere contarnos dónde ha estado esta última semana.

—¿Habéis rastreado sus movimientos bancarios?

Amaia se encogió de hombros.

—Creo que están todavía con ello, pero no sabría decirte.

Iker irrumpió en la sala y se quedó mirando al hombre fijamente, escrutándolo al detalle. Tenía la cabeza enterrada tras sus brazos, en la mesa, y cuando levantó la mirada corroboró que sus ojos estaban rojos e hinchados de llorar. No tenía buen aspecto, pero Iker se convenció a sí mismo de que aquello no tenía por qué significar nada. Había visto a verdaderos psicópatas fingir de maravilla, mantener las apariencias, aunque no solía ser lo habitual. Lo escrutó fijamente y comprobó que su instinto le decía que, en efecto, aquel hombre estaba roto por dentro.

—Gorka, soy el suboficial Iker Ibarguren y estoy a cargo del caso del asesinato de tu hijo, Aitor. También llevo la investigación sobre la agresión de tu hija, Lamia.

—¿Agresión? —inquirió, incorporándose—. Me habían dicho que no presentaba signos de agresión, que no…

—Cálmese —interrumpió Iker, sentándose en la silla que quedaba frente a él—. Me han comentado que se ha negado a colaborar y que ha solicitado la presencia de su abogado.

Gorka asintió con la cabeza.

Iker le calculó unos cincuenta años muy bien llevados. Tenía una mata de cabello oscuro y grisáceo y pocas arrugas para su edad. Estaba en forma, se cuidaba. Llevaba un polo azul, unos vaqueros ceñidos al cuerpo y deportivas verdes con franjas de colores vivos. Iker pensó que su aspecto y su forma de vestir eran demasiado juvenil para su edad, aunque eso tampoco significaba nada especial.

—Estoy esperando a mi abogado.

—Señor Zabala —instó Iker—. Su hijo ha sido asesinado y su hija agredida. ¿De verdad quiere perder el tiempo esperando a un abogado?

Iker se quedó mirándole fijamente, retándole con la mirada. Hasta que, de pronto, Gorka explotó y se derrumbó, echándose a llorar.

—Quiero ir al hospital, con mi hija —balbuceó entre sollozos—. Está sola en el hospital… Está sola.

—Cuanto antes terminemos con esto, antes podrá marcharse con su hija —intervino Iker—. Bien, su empresa ha confirmado que no ha realizado ningún viaje de negocios a Madrid, así que… ¿Dónde ha pasado los últimos días de su vida?

Gorka, aún llorando, levantó la mirada.

—¿Lo sabrá mi mujer?

Iker resopló. Estaba claro que el hombre tenía una aventura.

—¿De verdad le importa lo que su mujer piense? —soltó con cierta intolerancia Iker.

Miren Urrutia se había intentado suicidar y él ni siquiera había preguntado acerca de su estado. Gorka y él se quedaron mirándose en silencio, sin decir nada. Aquel tipo no le caía bien. Iker tenía la sensación de que era un prepotente, y algo le decía que como padre de familia dejaba mucho que desear.

—Estaba en Donosti, con una amiga —sollozó, antes de agachar la mirada.

—Vamos a necesitar hablar con esa amiga suya y que nos cuente dónde han estado alojados.

—¿Para qué?

—Tenemos que corroborar su coartada, señor Zabala. Le recuerdo que su hijo Aitor ha aparecido asesinado mientras usted estaba con su amante.

Gorka se irguió, esta vez con un gesto más envalentonado.

—No voy a darles los datos de mi amiga. Esto no tiene nada que ver con ella —sentenció—. Y tampoco puedo decirles donde he estado alojado estos días… Yo no he hecho nada. Ni siquiera estaba aquí… ¡Y es mi hija, joder!

Su gesto derrotado había dejado paso a cierta ira. Iker se encogió de hombros sin pasar por alto que Lamia parecía ser su única preocupación. Tampoco resultaba extraño teniendo en cuenta que ella estaba viva y que, Aitor, no. A lo largo de los años y en su experiencia como policía había podido corroborar que el ser humano procesaba el dolor de formas muy dispares.

—Pues si no quiere colaborar, entonces se tendrá que quedar aquí. Como es habitual en estos casos, el fiscal solicitará prisión preventiva y…

—Puedo proporcionar los recibos del peaje, los de la autopista —cortó, entrando en razón.

Iker se levantó de la silla, dispuesto a no perder más tiempo con aquel tipo.

—Va a tener que proporcionar mucho más que un par de recibos, señor Zabala. Mientras tanto, póngase cómodo y tómese su tiempo para reflexionar, porque no saldrá de aquí hasta que las cosas estén claras.

Salió de la sala de interrogatorio para reunirse con Amaia, que había estado al otro lado del cristal contemplando la escena.

—¿Qué opinas? —preguntó él.

—No lo sé. No creo que lo hiciera él… Pero nunca se sabe.

Iker suspiró.

—Sí, nunca se sabe —respondió, recolocándose la chaqueta sobre los hombros—. ¿Tenemos al novio y a la amiga?

—Se les ha citado para tomarles declaración esta tarde, cuando salgan del colegio.

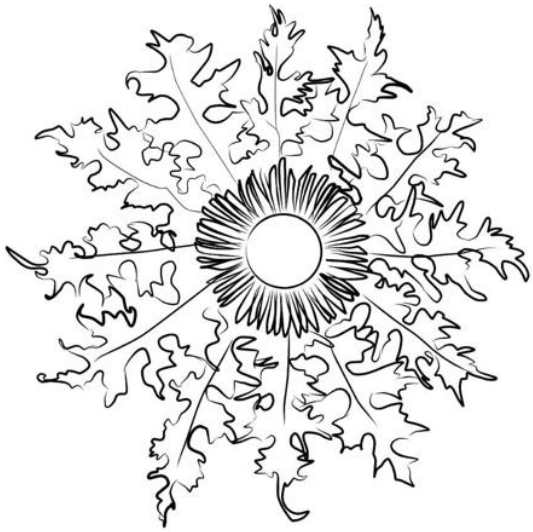
Claro. Eran chavales de diecisiete años… Tendrían que interrogarlos en presencia de los padres.

—¿Todos estudiaban en el mismo colegio?

—Todos. En Ander Deuna Ikastola, en Sopela.

Había menos de diez minutos en coche al pueblo vecino, ese en el que conoció a Maitane. Era un pueblo turístico, con una playa repleta de surfistas que le proporcionaba cierta fama durante el año. Iker ni siquiera se lo pensó.

—Pues creo que toca hacer una visita a esa Ikastola, a ver qué se cuece por allí… —comentó Iker mientras se ponía la chaqueta sobre los hombros, sin perder un solo segundo.



# 9

Iker ascendió la cuesta hasta el parking más cercano a los edificios de la *ikastola**. No era una *ikastola* pequeña, pero sí familiar. Maitane y él habían considerado la opción de matricular a sus niñas en ella, pero al final habían optado por una opción más cercana a su casa que facilitase la conciliación laboral. Aun así, lo habían valorado lo suficiente para asistir a la jornada de puertas abiertas, lo que en ese momento le atribuía cierta ventaja a la hora de desenvolverse por aquellos lares.

**Ikastola. En el País Vasco, escuela donde se enseña en euskera.*

La *ikastola* estaba en la montaña, situada en un entorno rural y privilegiado. No había vallas ni ningún sistema de cierre que dotase el lugar de ese característico aire de cárcel que la mayoría de los colegios suelen

tener. Los niños podían correr libremente por la montaña, y aunque Iker tenía ciertas dudas de los peligros que se podían generar en ese entorno, debía admitir que para los chavales aquello debía de ser increíble. Salir de clase y poder alejarse de los ojos indiscretos de los profesores refugiándote en la montaña era algo con lo que, sin duda, un Iker adolescente hubiera soñado.

—¿Conoces el colegio?

—Más o menos —respondió Iker—. Maitane y yo vinimos a las jordanas de puertas abiertas hace poco.

Comenzaron a subir la cuesta en dirección al edificio principal. Por el camino se cruzaron a una joven que, cubierta por un chubasquero y equipada con una escoba y un carro, iba limpiando los canalones que habían quedado colapsados por la vegetación mientras oponía resistencia al temporal. Debía de estar congelada. El agua de la lluvia caía con tanta intensidad que para cuando ambos policías alcanzaron resguardo, ya estaban calados de pies a cabeza.

—Las oficinas están arriba, si no me equivoco.

—¿No decías que estuviste en las jornadas de puertas abiertas?

Iker se río.

—Estuve. Pero admito que después de cinco visitas a diferentes centros, uno deja de tener interés en lo que le cuentan porque todo suena bastante… parecido —especificó sin poder evitar una sonrisa traviesa.

Mientras subían hacia la oficina, un par de alumnos se cruzaron con ambos agentes y comenzaron a cuchichear en voz baja. “Bien”, pensó Iker, dispuesto a armar el revuelo necesario.

—*Egun on* —saludó al llegar a la recepción.

La secretaria se giró hacia ellos, dejando de lado la pantalla del ordenador. Iker calculó que tendría unos pocos años más que él. Era pelirroja, con el pelo rizado, corto. En un principio les dedicó una sonrisa abierta, seguramente confundiéndolos con padres del colegio. Al sonreír, se le achinaron los ojos y unas arrugas que delataban lo común de aquel gesto en ella enmarcaron su mirada. Cuando Iker colocó la placa sobre el mostrador, la secretaria torció el gesto y su sonrisa desapareció al instante.

—Supongo que venís por lo de Aitor… —consiguió murmurar, tragándose la ansiedad que se delataba en su tono de voz—. Dadme un minuto para que avise a la dirección del colegio.

Iker asintió mientras ella, la pelirroja, levantaba el teléfono de la mesa.

—Han dicho en las noticias que ha sido un asesinato —dijo la otra mujer que estaba en la secretaría.

Era rubia, de pelo liso y una edad similar a la que debía de tener su compañera. Quizás unos pocos años más joven. Observaba desde su puesto de trabajo a los policías y tenía una mueca de dolor anclada en el rostro. Parecía afectada por la muerte del chico.

—El secreto del sumario nos impide confirmar y desmentir lo que filtre la prensa —mintió Iker.

La mayoría de las declaraciones a prensa provenían de la propia policía, pero era una frase tan válida como otra cualquier para salir del paso y evitar la conversación.

—Pobre chico —sentenció—. *Gixajo*…

—¿Cómo te llamas? —inquirió Iker.

Amaia estaba callada, a su lado. La joven había aprendido a intervenir solamente en los momentos necesarios y ceder las riendas a Ibarguren o a Etxaniz.

—Araitz.

—¿Sabrías decirnos quiénes eran los tutores de los chicos, Araitz?

Ella frunció el ceño.

—¿Los chicos?

—De los hermanos —especificó Iker.

Para entonces la pelirroja ya había soltado el teléfono y volvía a formar parte de la conversación.

—¿Los her…? ¡Dios! —exclamó, tapándose la boca con ambas manos —. ¿Lamia…? No… ¡Lamia no…!

Los ojos se le empañaron al instante e Iker se apresuró a aclarar la situación antes de que ellas pudieran formarse sus propias conclusiones.

—Lamia Zabala se encuentra bien —señaló sin entrar en detalles—. Pero debemos investigar el entorno completo de los dos hermanos.

La secretaria se llevó la mano al pecho, con alivio.

—El director está en camino. ¿Necesitáis que avisemos a ambos tutores?

—¿Iban a clases separadas? —inquirió Amaia con tono de sorpresa.

Iker, que ya estaba metido en el mundo infantil, no se sorprendió. Aquella práctica de separar a los hermanos en las aulas era bastante más habitual de lo que pudiera parecer.

—Sí, Lamia está cursando cuarto de la ESO. Ha repetido curso en dos ocasiones… —contó la rubia—. Aitor era un alumno ejemplar, con notas brillantes y una actitud… —suspiró—. Me cuesta tanto hacerme a la idea de que…

Guardó silencio. Ambas compañeras se abrazaron, mostrándose su apoyo mientras en la cabeza de Iker comenzaban a burbujear interrogantes.

—Parece que conocíais a los chicos muy bien.

—Esto es un centro familiar… Una cooperativa. Nos conocemos todos —señaló la pelirroja.

—¿También conocéis a los padres? ¿A Gorka y a Miren?

Las dos mujeres intercambiaron una mirada cómplice.

—A Miren en especial. Gorka nunca formó parte del… entorno escolar.

Iker pensó que aquella conversación podía ser provechosa. Seguramente, mucho más interesante de la que podían llegar a tener con el director del centro.

—¿Miren sí?

Las dos volvieron a lanzarse una mirada cómplice, confesando de esa forma a los inspectores que tenían mucho más que contar.

—Miren, sí. Hasta este año… —explicó Araitz—. En la cooperativa cabe la opción de que los padres realicen turnos de trabajo en el centro. De ser así, se les descuenta una cuantía de la cuota mensual. No es algo significativo, pero los turnos sirven para que los padres conozcan el funcionamiento interno de la escuela.

—Es una iniciativa interesante.

—No te creas —señaló la pelirroja—. Es una práctica bastante común.

—¿Miren hacía esos trabajos?

—En general, sí. Hacía el turno del comedor —explicó la rubia.

El suboficial se apresuró a sacar la libreta para tomar notas. Aquella información podía ser de interés.

—¿Hacía?

—Empezó el año, pero… Tuvieron problemas con ella. Estaba un poco… ida.

Iker continuó anotando.

—¿Ida?

—Se la veía mal —se apresuró a aclarar la pelirroja—. Parecía tener problemas personales. Al final dejó los turnos de trabajo.

—¿Cuándo fue la última vez que visteis a Miren Urrutia? —preguntó Amaia.

Ambas se encogieron de hombros.

—No la hemos vuelto a ver desde entonces, pero puede que asistiera a las reuniones de tutoría. No sabría decirte.

En ese instante, un hombre de mediana edad apareció en el umbral del despacho. También tenía el rostro desencajado y parecía bastante consternado. Iker no pudo evitar sentir cierta lástima hacia ellos porque resultaba evidente que le tenían aprecio al chico. Txarles, que así se llamaba el director, los animó a pasar al despacho. Se sentaron frente a su mesa, junto a la ventana. El repiqueteo de la lluvia contra el tejado contribuía a distraer al suboficial, que sentía la cabeza embotellada por la falta de sueño de aquellos últimos días.

—Señor Ugalde, seremos breves y sinceros, así que ante todo le pedimos discreción.

—Adelante —murmuró en voz baja, con la cabeza gacha.

—Aitor Zabala fue asesinado el pasado domingo. Su cuerpo ha aparecido la madrugada del lunes en una *txalupa*, en el Puerto Viejo de Getxo. La hermana de Aitor, Lamia Zabala, ha sido encontrada en la zona en estado de shock emocional.

—¿Lamia también ha…?

—La mantienen sedada y por el momento no ha sido posible un interrogatorio —explicó Iker, evitando entrar en los detalles más morbosos —. Parece ser que sufrió una agresión, aunque no presenta daños físicos.

El hombre se llevó las manos a la cabeza. Se le veía muy afectado e Iker no pudo evitar sentir cierta empatía hacia él.

—Las chicas de la secretaría nos han comentado que Aitor era un chico ejemplar, un buen alumno.

—Karmen y Araitz lo conocían mejor que yo —señaló Ugalde—, pero puedo corroborar que así era. Era un buen chico.

—¿Llevaban muchos años en la escuela?

El director guardó silencio unos instantes mientras hurgaba en su memoria en busca de la respuesta.

—Creo que entraron en el aula de dos años… Así que sí, toda la vida. Era muy buen chico… En serio, un crío ejemplar… —resopló, escondiendo el rostro tras las manos—. Esta tarde, a las ocho, los alumnos van a soltar

farolillos en su recuerdo. Se hará desde la pista de fútbol del colegio… Y, ¿saben? Todo lo han organizado ellos… Aitor era muy querido por sus compañeros…

—Gracias por la colaboración —soltó Iker, levantándose de su asiento de forma abrupta.

No quería generarle más inquietud de la estrictamente necesaria.

Amaia se levantó tras él, pero en el último instante antes de abandonar el despacho, titubeó.

—¿Podríamos acercarnos al comedor y dar un paseo por los alrededores de la *ikastola*?

Ugalde sopesó la respuesta con rapidez. Se le veía dispuesto a colaborar, pero era evidente que a su vez intentaba proteger la paz de los alumnos y el buen ambiente escolar. Tal y como había explicado el director, suficiente sufrimiento conllevaba ya de por sí aquella pérdida inesperada y tan repentina.

—Sí, claro —respondió finalmente.

Amaia e Iker abandonaron el despacho y se lanzaron una mirada cómplice.

—¿No crees que sería más productivo hablar con los tutores?

—No van a decirnos más de lo que sabemos: que Aitor era un estudiante perfecto y Lamia la chica rebelde —comentó Amaia—. Pero si Miren hacía turnos de trabajo en el comedor, quizás podamos sonsacar algo más de información sobre ella.

—Sí… —murmuró, respirando en profun-didad—. Algo no me encaja en esa familia. Algo no está bien en ellos.

Amaia asintió.

—A mí también me lo parece, aunque todavía no me queda muy claro qué es. La madre se ha intentado suicidar, el hijo recibía amenazas de muerte…

—Las amenazas no iban dirigidas a Aitor —respondió Iker con rotundidad—. O pagas, o mueres. Por cien euros no lanzas una amenaza de muerte. Y si estamos hablando de más dinero, entonces la amenaza iría dirigida a la familia. Seguramente hacia la madre. Además, las amenazas podrían explicar su consumo de alcohol y pastillas.

—¿Una forma de evadirse?

—Puede ser —señaló Iker.

La ikastola de Ander Deuna estaba dividida en diferentes bloques, algunos de ellos conectados entre sí. Si Iker no recordaba mal, el comedor estaba junto a la pista de fútbol, lo que implicaba que tuvieran que ascender un buen tramo bajo la intensidad de la lluvia. Desde el resguardo del saliente del edificio, mientras Amaia y él esperaban que aquel chaparrón amainase, Iker volvió a fijarse en la chica que desatascaba de hojas y envoltorios de plástico las alcantarillas. Arrastraba el carro tras ella con pesar, aunque su aspecto no delataba frío. Aún así, el suboficial estuvo convencido de que aquella joven no se libraría de un buen resfriado.

No tenían tiempo que perder y la capota de nubarrones plomizos que tenían sobre sus cabezas les indicaban que no conseguirían librarse de la lluvia con facilidad. Echaron a correr cuesta arriba, pero un par de metros después desistieron y terminaron el último tramo caminando.

Se acercaron hasta la puerta y corroboraron que estaba cerrada con pestillo desde el interior. Al otro lado se escuchaba el ruido característico de una cocina y varias voces del personal que hablaba entre sí mientras trabajaban.

Amaia golpeó la puerta con el puño repetidas veces. Mientras esperaban a que alguien los recibiera, Iker inspeccionó su alrededor. Frente a ellos tenían un frontón y a su derecha estaba el campo de fútbol y baloncesto. Iker se había percatado de que, junto a los parkings, también había otro campo de fútbol mucho más preparado, con césped. Aquella que tenían enfrente, en cambio, era de cemento. Si alzaba la cabeza por encima del campo y del frontón, podía contemplar la inmensidad del bosque que rodeaba la ikastola, con su frondosa vegetación delimitando el terreno que les correspondía a los alumnos del centro.

Una mujer vestida con un delantal blanco abrió la puerta. Les dedicó una sonrisa curiosa, seguramente preguntándose quiénes serían.

—Suboficial Ibarguren de la Ertzaintza de Getxo—se apresuró a aclarar Iker, mostrando sus credenciales—. Nos gustaría hablar con las encargadas del comedor.

—¡Idoia! —gritó la mujer sin perder el tiempo, dejando muy claro que aquella conversación no le correspondía—. *¿Non dago Idoia?*

**¿Dónde está Idoia? En euskera.*

Se hizo a un lado y permitió pasar a los agentes. Iker se fijó en las mesas corridas y en los bancos. Aquel lugar tenía un aspecto bastante similar al

comedor de su antiguo colegio, al que asistió en su infancia. Pensó que, por muchos años que pasasen, había cosas que nunca cambiarían.

—Idoia no está —murmuró otra mujer, acercándose a ellos con gesto serio—. ¿Puedo ayudaros yo hasta que llegue?

Era rubia, de pelo corto. Debía tener unos cinco o seis años más que Iker, aunque su aspecto era juvenil y de buenas a primeras, aparentaba muchos menos. Vestía unos vaqueros ceñidos y una sudadera rosa chicle. El pelo corto, la mirada dulce y quizás algo infantil, ingenua. Tenía buen físico y se notaba que hacía deporte.

—Somos los agentes que estamos a cargo de la investigación de la muerte de Aitor Zabala.

Iker evitó la palabra "asesinato", aunque aquel hecho era algo que ya estaba contrastado por los medios.

Ella asintió con pesar. Estaba claro que la noticia no la pillaba por sorpresa.

—Encantada… Soy Zaloa —se presentó casi con un murmullo.

—¿Podrías hablarnos de Miren Urrutia? Nos han dicho que hacía los turnos del comedor —intervino Amaia.

—Desde principio de curso que no hace turnos aquí, así que creo que poco podré ayudarles.

—Nos han dicho que hubo problemas en esos turnos de trabajo.

—Bueno… Problemas en sí, no… —suspiró. Se notaba que no estaba cómoda con aquella conversación—. Miren es una buena mujer, no me quiero ni imaginar el calvario que estará pasando…

Iker comprendió con rapidez que debían conocerse desde hacía años y que no se sentía cómoda hablando mal de la madre de los chavales. Pensó que era un buen momento para recordarle que debía dejar los códigos de honor y de amistad a un lado, porque cada minuto que iba dejando atrás el minutero del reloj le otorgaba a un asesino la oportunidad de arrebatar otra vida.

—Zaloa, necesitamos que sea sincera. Aunque le parezca que no, cualquier dato que pueda aportar a la investigación será de interés. Cualquiera.

—Creo que Miren no está pasando por una buena época con su marido, pero no lo sé. A principio de curso se la veía ida, ausente. Y estaba torpe… No sé. Se le caían las bandejas de las manos, tiraba la comida encima de los

niños y en una ocasión, se quedó dormida mientras hacía la vigilancia del patio del recreo.

—¿Se quedó dormida? —repitió Amaia—. ¿Crees que podría haber acudido al centro bajo los efectos del alcohol?

Zaloa negó con la cabeza y, nerviosa, se revolvió el cabello rubio antes de volver a peinarse.

—Yo diría que no. Creo que… No sé.

—¿Cree qué…? —instó Iker.

—Creo que tomaba ansiolíticos. No lo sé, son suposiciones mías… No lo sé —tartamudeó con cierta culpabilidad.

—¿Podría hablarme sobre aquel día en concreto? ¿Dónde se quedó dormida?

—No lo sé… —murmuró, encogiéndose de hombros en el preciso instante en el que otra mujer, también de pelo corto y complexión delgada, irrumpía en el comedor—. Seguro que Idoia puede ayudaros más que yo.

—Soy la encargada —irrumpió, presentándose—. Me han dicho que me estabais buscando.

—Sí, Zaloa nos estaba hablando de los turnos de trabajo que Miren Urrutia realizó a principio de curso.

—Poco más podré añadir. Creo que todos éramos conscientes de que no se encontraba bien…

La mujer de la sudadera rosa chicle intentó escabullirse, pero Iker la retuvo del brazo.

—Quédese. Cualquier dato que pueda aportar de más, se lo agradeceremos.

Aunque no parecía contenta, obedeció e Iker volvió a centrar su atención en la encargada.

—¿Se quedó dormida en el patio?

—En la pista de arriba, sentada en las gradas. Sonó la sirena para ir a clase y ella no se movía, así que los niños empezaron a decir que a la cuidadora le había dado un yuyu. Cuando llegué a donde ella, comprendí que solamente estaba dormida. La desperté, devolvió el peto de la guardia y se marchó a casa.

Iker sacó la libreta y comenzó a anotar.

—¿Esto fue en septiembre?

—Quizás octubre. En septiembre los niños aún no han comenzado el comedor porque están en adaptación —explicó Idoia.

Iker se percató de la faja que cubría la cintura de la mujer e intuyó que era una de esas trabajadoras de hierro que antes de coger una baja laboral, soportaba lo insoportable.

—¿Os habló de algún tipo de problema?

—Comentó que no estaba pasando por una buena racha, pero no especificó nada más.

Iker tanteó la mirada entre ambas empleadas antes de dirigirse a Amaia, que parecía estar aguardando su turno.

—¿Y sobre Aitor y Lamia? ¿Podéis contarnos algo?

—Eran buenos chicos, ambos. Aitor pasaba más desapercibido y Lamia era un poco más… provocadora, pero en general los dos tenían un carácter cariñoso.

—¿Tenían problemas con alguien? ¿Rencillas con algún compañero?

Las dos mujeres se miraron de nuevo. Era evidente que se conocían bien y que llevaban años trabajando codo con codo, porque tenían entre ellas un lenguaje no verbal que, aunque al resto podía pasársele desapercibido, a Iker no.

—Últimamente Aitor tenía problemas con un grupito. Nada reseñable, pero sí que se veía tirantez entre ellos… Comentarios, bromas fuera de tono… Ya sabe, cosa de chavales.

—¿Podrían darnos los nombres de esos chicos? —inquirió Amaia, preparándose para anotar.

La encargada recitó uno por uno cada nombre —con apellido incluido— de los que conformaban dicho grupito.

—Una última pregunta…

—Suéltela.

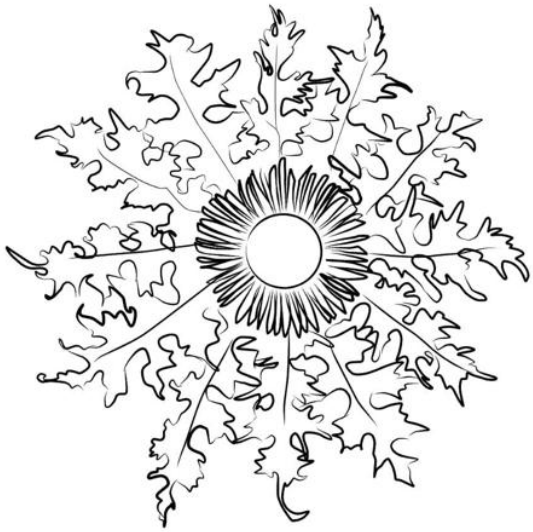
—¿Podrían decirnos algo sobre Gorka Zabala?

Esta vez fue Zaloa, la rubia, la que respondió.

—No hacía turnos de trabajo en la ikastola así que no le conocíamos demasiado —explicó, corroborando lo que ya le habían contado las chicas de secretaría—. Alguna vez me lo crucé en el parking, porque cuando los chicos no se marchaban en bus, él era quien venía a buscarlos. ¿Algo más?

Amaia e Iker negaron.

Tenían suficiente y, a su vez, no tenían nada.



# 10

Iker empezaba a tener la sensación de haberse metido en un callejón sin salida. Su sexto sentido le decía a gritos que algo iba mal en esa familia y que tenía que seguir tirando de aquel hilo, pero por otro lado, centrarse en ellos hacía que otras vías de investigación se quedarán olvidadas en un segundo plano. ¿Y si se equivocaba? No solía hacerlo, pero de vez en cuando ocurría.

Alzó la mirada al cielo y corroboró que seguía cubierto por ese manto grisáceo de nubarrones que caracterizaba el norte. Al menos la lluvia estaba concediendo una pequeña tregua, lo suficiente como para que los chavales de la ikastola pudieran lanzar los farolillos.

—¿Qué hacemos aquí, Iker? —preguntó Etxaniz, sacándose un cigarrillo.

—No lo sé. Puede que nada —confesó, titubeante, justo antes de que su estómago rugiese a modo de protesta.

Llevaba todo el día inmerso en la investigación y se había olvidado, incluso, de alimentarse. Cuando el suboficial se obsesionaba con un caso en concreto, el mundo entero dejaba de existir; incluidas sus propias necesidades. Suspiró. Etxaniz tenía razón preguntándose qué diablos hacían allí, aunque a esas alturas de nada servía preguntárselo.

—Han soltado al padre, ¿lo sabías? —preguntó, antes de darle una última larga calada al cigarro.

—Me lo suponía… Necesitamos algo más contra él si esperamos mantenerlo retenido.

—No será tan sencillo.

—¿Están investigándole?

Etxaniz asintió y comenzó a caminar cuesta arriba. Ascendieron hasta el campo de fútbol y baloncesto, que estaba abarrotado de gente.

—¿Crees que ha tenido algo que ver en el asesinato?

—No lo sé. Aún es pronto para hacer conjeturas… Pero hay algo en él que no me gusta nada.

Los asistentes habían realizado un círculo en mitad del campo. En el centro se podía ver un pequeño altar que habían hecho en honor a Aitor Zabala. Estaba repleto de fotos, escritos y flores. Iker sintió el repentino impulso de pasar entre la gente y de acercarse hasta allí, pero decidió esperar y no irrumpir en mitad del acto. Los primeros farolillos cogieron vuelo y comenzaron a elevarse. Unos instantes después, el cielo que cubría aquel pueblo costero quedó plagado de pequeñas luces que titilaban cogiendo cada vez más altura hasta terminar perdiéndose entre los nubarrones grisáceos. Iker contempló la escena con el corazón encogido mientras los asistentes comenzaban a cantar "*Agur Jaunak*". Aunque Iker desconocía la letra, reconocía la canción y sabía que se empleaba para despedir o dar la bienvenida a alguien. "*Agur*, Aitor", pensó, mientras el coro alzaba el volumen de sus voces. Muchos de los presentes lloraban mientras otros pocos hacían un esfuerzo por mantener el tipo y no venirse abajo. Sí, sin duda, Aitor era muy querido en aquella Ikastola.

No pudo evitar emocionarse. A lo largo de su carrera profesional, Iker había visto un sinfín de cuerpos sin vida y había sido testigo de las barbaries más horrorosas. Estaba acostumbrado a encarar a la muerte sin

titubear, sin apartar la mirada y sin que el corazón se le ablandase. Pero aquellas escasas ocasiones en las que tenía el privilegio de contemplar la bondad, el amor y la humanidad en su mejor versión, no podía evitar que su lado más emotivo aflorase al exterior. Se retiró una lágrima rebelde que delataba lo abrumado que se sentía antes de que cualquier otra persona pudiera darse cuenta.

—¿Te has fijado en esos de ahí? —inquirió Etxaniz, señalando un grupo de chavales que se mantenían ajenos al homenaje.

Estaban sentados en la grada, riendo y charlando con tranquilidad mientras se bebían unas latas de refrescos.

—No los había visto. No tienen pinta de estar muy afectados, ¿no? —comentó Iker.

Sin perder el tiempo, enganchó de la sudadera a un chiquillo que pasaba a su lado y al que le calculaba a ojo la misma edad que debían de tener los que estaban en las gradas.

—Chaval, ¿sabrías decirme los nombres de los de la grada? —interrogó el suboficial.

El chico titubeó e Iker se apresuró a mostrarle la placa. No parecía el típico crío dispuesto a meterse en problemas, así que supuso que colaboraría.

—Ohian, Milo y Lea —dijo con rapidez—. ¿Se han metido en problemas?

—Por ahora no… Venga, vete.

Etxaniz e Ibarguren compartieron una mirada cómplice en ese mismo lenguaje clave que las trabajadoras del comedor tenían entre ellas. Los chicos de la grada eran los mismos con los que Aitor Zabala había tenido problemas aquella última temporada.

—Pues vamos a ver qué se cuentan, ¿no?

Etxaniz sonrío.

—Vamos…

Esquivaron a la muchedumbre hasta llegar a las gradas y plantarse frente a ellos. Iker los inspeccionó de arriba abajo, de hito a hito. Parecían los típicos chicos populares del instituto, esos con los que él nunca había empatizado ni se había llevado bien. Su instinto por proteger a los más débiles había sido algo que siempre lo había caracterizado, incluso en su época adolescente.

—¿Pasa algo? —preguntó ella.

Era morena, pero tenía las puntas decoloradas y teñidas de un rosa fucsia muy chillón. Iba maquillada y vestía unos vaqueros de cintura baja y un top que dejaba al descubierto su ombligo. Los otros dos, Oihan y Milo, iban vestidos con sudaderas y pantalones anchos, con esa imagen tan propia de los surfistas y skaters.

Iker se apresuró a mostrar la placa.

—Ya sabemos quiénes sois —soltó uno de los críos antes de rodear la cintura de la joven con su brazo.

Era un chulito. Se veía a la legua.

—Queríamos hablar con vosotros acerca de Aitor Zabala.

—Pues resulta que nosotros no tenemos nada de qué hablar —respondió de inmediato.

Era el que "mandaba", el cabecilla del grupo.

—Podemos hablar aquí o podemos llevaros a comisaria y tener una conversación formal. Lo que queráis.

El crío, al que Iker atribuía la identidad de Oihan por la descripción que le habían hecho de él, comenzó a reírse dejando claro que no iba a dejarse intimidar.

—¿Qué queréis saber de Aitor? —preguntó ella, que sí parecía un poco más preocupada por haberse convertido en el foco de atención de la policía.

—Nos han comentado que teníais problemas con Aitor. Que no os llevabais bien.

—¿Y eso es un delito? ¿Llevarse mal con un compañero de clase está penado por la ley? —rio Ohian justo antes de darle un codazo secuaz a su colega.

—Llevarse mal con un compañero de clase no es un delito, pero debería preocuparos el hecho de que el chico al que acosabais haya aparecido asesinado.

Los tres guardaron silencio.

—No le acosábamos —acertó a pronunciar la joven—. Aitor tenía un… punto de vista diferente al nuestro. Por eso chocábamos tanto.

—¿Un punto de vista diferente en qué?

—En la vida en general —intervino Oihan.

Tenía el pelo rapado y los ojos achinados. Por su actitud y sus pupilas, Iker no tuvo ninguna duda de que iba bajo los efectos de alguna sustancia

psicoactiva.

No iban a sacar nada de provecho de aquella conversación, así que decidió no insistir. La mayoría de los chicos que actuaban de aquella forma eran todo fachada, e Iker había podido comprobar por sí mismo que cuando se les sentaba en una sala de interrogatorios aquella actitud chulesca desaparecía al instante.

Escucharon las carcajadas de aquellos adolescentes mezclándose con el cántico de las personas que realmente habían acudido a aquella cita para despedir a Aitor Zabala. Iker pudo corroborar que entre los presentes se encontraba el mismo director del colegio.

—¿Nos vamos?

—Dame un minuto. Quiero acercarme al altar.

Etxaniz asintió y se hizo a un lado mientras Iker se infiltraba entre el coro para llegar hasta la fotografía de Aitor Zabala. Se parecía a su hermana melliza, sí. Aquella imagen vivaz de Aitor se le asemejaba más a la de Lamia. Ambos compartían algunos rasgos característicos, como los pómulos marcados o la forma del rostro afilada. A los pies del altar, los alumnos y los profesores habían escrito incontables mensajes de cariño y fotografías en las que se podía observar a un Aitor feliz y repleto de juventud.

Con el corazón en un puño, volvió a traspasar el coro hasta su compañero.

—¿Algo reseñable?

—Nada. Nos vamos a casa —murmuró cabizbajo.

Hicieron la vuelta en silencio, cada uno inmerso en sus propios pensamientos. Era bastante habitual que Iker se obsesionase con los casos que no parecían tener una salida fácil. Y lo que más le chirriaba de aquel asesinato en particular es que las víctimas no habían sido escogidas al azar. Dos hermanos mellizos habían sido atacados, así que estaba claro que el agresor era alguien cercano a la familia. A los mellizos.

El dolor de cabeza le taladraba. Sentía que el cerebro se le había hinchado y que ya no entraba dentro de su cráneo; como si estuviera a punto de reventar, de explotar.

Etxaniz le dejó en la bajada del puerto e Iker descendió entre las antiguas casitas pesqueras por el camino de piedra, peatonal. Era uno de los rincones de Getxo que más esencia y magia conservaba, así que no le

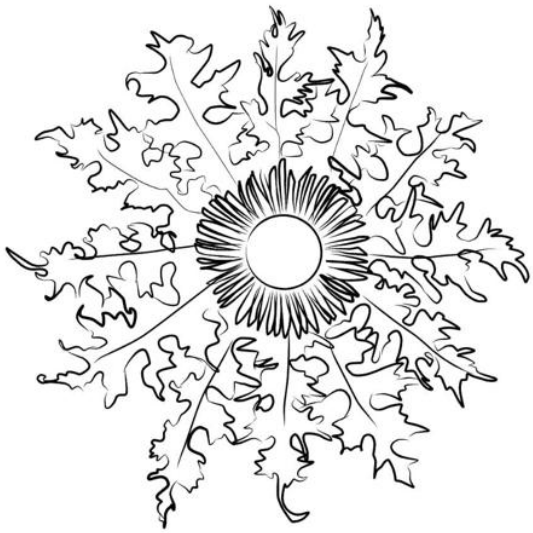
extrañaba que Maitane hubiera escogido aquel lugar del municipio para dejar atrás el hangar y trasladar su hogar.

No era tarde, pero las luces de su pequeño dúplex ya estaban apagadas. Comprobó en su reloj de muñeca que no eran ni las nueve y media de la noche, así que supuso que su familia hacía poco que debía haberse acostado. Se quitó la ropa en la planta baja y se vistió unos pantalones deportivos que encontró en el cesto de la ropa sucia. Los había tirado a lavar el día anterior porque Nikole le había salpicado un par de gotas de tomate frito en ellos, pero aquel rescate le pareció mejor opción que vestirse el pijama a tientas mientras hacía malabares con la linterna del móvil para no despertar a su mujer.

Subió a su dormitorio y comprobó que la cama había sido invadida por las chicas de su casa. Las niñas se habían acurrucado junto a Maitane y todas parecían dormir placida y profundamente. Iker suspiró y por un instante, pensó en lo afortunado que era y en lo mucho que le había dado la vida.

La vida y ella… Maitane. Se lo había dado todo con su paciencia, su cariño, su amor y, sobre todo, sus ganas. Con esa sonrisa tonta que ellas le provocaban, cerró la puerta del dormitorio y regresó al salón con la idea de permitir que, al menos ellas, descansasen en condiciones.

Los asesinatos conseguían robarle el sueño y los casos sin resolver se convertían en el detonante de un profundo e inevitable insomnio. Se acurrucó en el sofá y se tapó con una manta, y en contra de todo pronóstico, consiguió dormirse con rapidez.



# 11

Podía observar el humo por encima de la copa de los árboles y oler el fuego. Escuchaba el crepitar de las llamas que poco a poco iban ingiriendo todo a su paso, engullendo el bosque en sus entrañas. Corrió en dirección al origen; y aunque en el fondo sabía que su forma de actuar no tenía ni el más mínimo sentido, sus pies no se detenían y continuaban dando zancadas en esa dirección.

Echó un vistazo a su alrededor en un intento de orientarse. ¿Estaba en el bosque de Azkorri? Aquel robledal le recordaba al mismo bosque en el que, años atrás, había encontrado el cadáver de una joven getxotarra. Continuó corriendo, aunque su ritmo cada vez era más pausado. Las llamas habían consumido el oxígeno del bosque y a Iker cada vez le costaba más respirar.

Una pared de fuego le obligó a clavar los talones, deteniéndose en el acto. Y entonces, la vio. Begoña, su antigua vecina, aquella que había sido bautizada como la *sorgina* de Santa María de Getxo, estaba frente a él. Llevaba su característico camisón blanco, aunque estaba rasgado y cubierto de ceniza. El cabello canoso, blanco impoluto, le caía por los hombros. Su piel estaba tan arrugada que parecía un pergamino y sus pies descalzos se hundían en la tierra, quedando enterrados bajo un sinfín de pequeñas ramificaciones calcinadas. Ella misma parecía una extensión de la tierra y de la propia naturaleza.

—Tienes que mirar dentro de ti, Iker. Deja que tu instinto te guíe hacia el fuego, hacia el mal…

—¿Quién mató a Aitor, Begoña? ¿Tú lo sabes?

Su voz sonaba tan rasgada por la falta de oxígeno que le costó reconocerse en ella. Intentó tragar saliva y la sintió como si se tratase de lava.

—Lo sabes tú, Iker… Lo sabes muy bien.

Miró fijamente a Begoña. Ni las llamas que la rodeaban ni el calor del incendio parecían preocuparla demasiado. Tenía los ojos cubiertos por esa capa blanquecina que la dotaba de un aire fantasmagórico y espectral. Iker sintió un escalofrío que lo sacudió de arriba abajo, y un instante después la voz dulce de Maitane se filtró en aquel bosque y poco a poco fue ganando fuerza.

—¡Iker, despierta! ¡Iker!

Abrió los ojos, sobresaltado. Se dio cuenta de que estaba empapado en sudor y que le temblaban las extremidades. Maitane lo estrechó contra su cuerpo, y aquel acto provocó que la paz regresara a él.

—Estabas teniendo una pesadilla…

Pestañeó, aún adormecido. Corroboró que, a su alrededor, todo continuaba inmerso en la penumbra.

—¿Qué hora es?

—Las tres de la madrugada… Pero te he escuchado hablar en sueños desde arriba —explicó Maitane con una sonrisa cariñosa—. ¿Estás bien?

—Estoy bien —murmuró en voz baja, aún recuperándose de la pesadilla —. ¿Y tú?

Ella suspiró.

—Bueno… Las niñas no dejan de preguntar por su *aita*, pero todo está bien.

Maitane apoyó la frente contra la de su marido y se quedaron de esa forma, en silencio, durante varios minutos. Se respiraba paz.

—Pronto todo volverá a ser como antes.

—Lo sé —respondió ella con un tono comprensivo—. Pero primero tienes que coger a los malos.

—Sí, eso es.

La besó en los labios. Sabía a menta, seguramente por la pasta de dientes. Maitane se separó de él unos instantes para desatarse la cola de caballo en la que llevaba atado el cabello. Una cascada ondulada y castaña le cayó por los hombros y sus ojos titilaron cargados de deseo en plena oscuridad. Se sentó sobre Iker de forma sensual antes de deslizar el camisón por encima de su cabeza. Él la observó, perdiéndose en aquellas curvas que tanto le seguían gustando a pesar del paso de los años. Sus lenguas se enredaron en un baile que ambos tan bien conocían y el deseo fue aumentando. Se besaron con intensidad e Iker sintió que todos los demonios que desde hacía días le atormentaban se esfumaban al instante, desapareciendo por completo de su mente. En aquel instante solamente existían ella y él. Nada ni nadie más. Maitane se meció sobre él, rozando su erección y provocándole con el acto. El placer se volvió tan intenso que la necesidad cobró fuerza de una forma casi dolorosa. Se bajó los pantalones mientras le arrancaba a tirones la camiseta, sin dejar de besarle a trompicones. Ella terminó de desnudarse con una sonrisa pícara y traviesa.

—¿Seguro que las niñas duermen? —inquirió Iker.

—Cállate —ordenó Maitane, antes de abalanzarse sobre él.

Sus besos y sus caricias provocaban que la habitación en la que estaban se desvaneciera a su alrededor. Ella, a horcajadas sobre él, se mecía a un ritmo cada vez más fuerte, más profundo, más intenso. Sus labios chocaron e Iker sintió el mordisco de Maitane casi con placer. El sabor a sangre inundó su paladar, pero tampoco le disgustó. Contempló cómo ella se separaba unos centímetros de su cuerpo para echar la cabeza hacia atrás, meciéndose. Sentía cada célula de su organismo reaccionando a aquel placer tan intenso. Levantó las manos para acariciar sus pechos, su piel, su rostro. Volvieron a besarse y, en ese instante, llegó el clímax, el estallido y

la intensidad. Explotaron casi al mismo instante, alcanzado el orgasmo al mismo tiempo.

Sudorosos y cansados, se dejaron caer en el sofá. Iker tiró de la manta para cubrir sus cuerpos y casi sin pronunciar palabra, se dejaron llevar por los brazos de Morfeo.

—*Maite zaitut, laztana.*

Eso fue lo último que Iker escuchó antes de caer en la profundidad de un sueño reparador en el que, protegido por los brazos de Maitane, no había cabida para las pesadillas.

Unas cuantas horas más tarde, los gritos de las niñas hicieron el trabajado del despertador. Iker adaptó su vista a la repentina luminiscencia mientras las pequeñas saltaban por el salón reclamando el desayuno.

La pareja se incorporó en el sofá con lentitud. A pesar de que las pequeñas no llevaban ni diez minutos con los ojos abiertos, ya habían inundado el salón de juguetes que se esparcían a lo largo de la alfombra que había frente el televisor. Maitane se levantó del sofá y se dirigió a la cocina para ponerse con los desayunos. Su mujer llevaba media vida ejerciendo de enfermera en un hospital y trabajar a turnos había contribuido a que desarrollase la capacidad de ponerse en marcha en un margen de tiempo irrisorio. Iker necesitaba un par de minutos más de margen, así que se mantuvo ahí sentado mientras observaba a las niñas jugar con la casita de muñecas.

Estaba agotado. Notaba cómo el caso de Aitor Zabala comenzaba a mermar sus energías y su paciencia. Cerró los ojos mientras los gritos de sus hijas se filtraban en su mente, en su cabeza. El cerebro le palpitaba con tanta fuerza que Iker sentía que en cualquier instante explotaría.

—¡Aita! ¡Aita! —gritó Nikole, obligándole a volver al mundo real.

—¿Qué pasa, maitia?

—Está sonando tu móvil —murmuró la pequeña mientras señalaba con el dedo índice el aparato.

Iker desvió la mirada en esa dirección. El teléfono estaba sobre la mesa auxiliar de la sala; tenía la pantalla encendida y en ella se podía ver el nombre de Etxaniz parpadear. Lo cogió con rapidez y se apresuró a alejarse de las crías antes de descolgar la llamada. Iker había aprendido a base de errores que eran mucho más espabiladas de lo que parecía y que se enteraban más de lo que ellos pudieran siquiera llegar a imaginar.

—Cuéntame.

—Los técnicos informáticos han encontrado un sinfín de amenazas en el ordenador portátil de Aitor Zabala. Al parecer, la nota del bolsillo no había sido algo aislado.

—¿Dónde estaban las amenazas? ¿Redes sociales?

—Email. Se habían enviado desde correos electrónicos anónimos.

—Pues que rastreen el servidor de su procedencia —instó Iker—. Cuanto antes. Es importante.

—Ya lo han hecho —explicó Etxaniz con voz seria—. Se estaban enviando desde la ikastola de Ander Deuna.

Iker tragó saliva.

—Tenemos que hablar con los chavales. Con Oihan, Lea y Milo. Que los citen en comisaría cuanto antes.

—Y mientras tanto, ¿qué? —inquirió Etxaniz.

El suboficial suspiró al otro lado de la línea.

—No lo sé. Déjame pensar.

Colgó el teléfono. De fondo se escuchaban las voces de las niñas y de Maitane, que ya debían de haberse sentado a desayunar.

Él, en cambio, subió a su dormitorio para cambiarse de ropa. Se lavó la cara y se aseó en el lavabo antes de salir a la cocina. El jaleo matutino de las mañanas en una casa con niños acentuó su dolor de cabeza mientras se preparaba un café para llevar.

—¿Te marchas? —inquirió Maitane con cierto tono de decepción—. Pensé que pasarías un rato más con nosotras antes de que se marchen al colegio…

—Lo siento, *laztana*. Os lo compensaré cuando la investigación termine —prometió antes de besarla en los labios.

—Iker… Estás sangrando de la nariz —señaló Maitane—. Ven, déjame.

Cogió una servilleta de papel y se apresuró a retirarle la sangre con un gesto delicado y cariñoso.

—Es tensional, lo sabes, ¿no? Tienes que dormir más.

—En cuanto… —comenzó Iker.

—En cuanto termine la investigación, sí —culminó Maitane con cierto retintín.

Los dos se sonrieron justo antes de volver a entregarse un fugaz beso de despedida que sus hijas corearon con una exclamación de repugnancia.

Salió a la calle y respiró hondo, cargando sus pulmones de oxígeno. Liberó el aire creando una nube de vaho y descendió por las callejuelas de piedra mientras aspiraba el salitre que flotaba a su alrededor. Vivir cerca del mar era algo que conseguía relajarle, que conseguía despejarle la mente.

Apareció junto a las emblemáticas estatuas del *arrantzale* y *la sardinera* del Puerto Viejo, esas que hacían referencia a los oficios tradicionales del lugar y atraían a su vera a miles de turistas que buscaban la mejor fotografía posible. Se sentó en las escaleras de piedra y contempló el oleaje salvaje que trepaba por el muro del paseo, como si intentara engullir en su interior a los pescadores que llevaban allí en pie desde antes del amanecer.

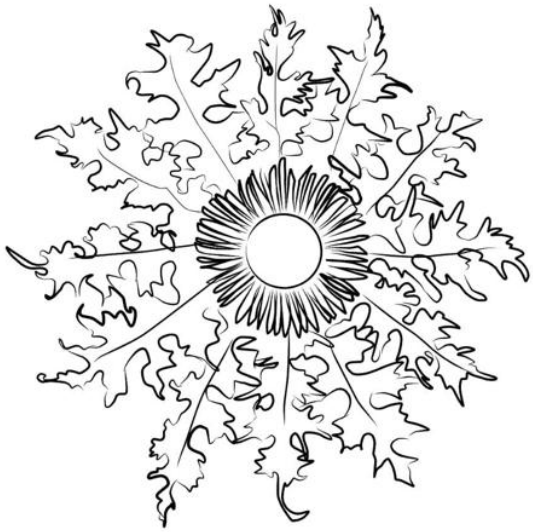
Se masajeó las sienes en un intento de calmar aquel dolor inhumano que desde hacía días le torturaba. Sabía que, una vez resuelto el caso, remitiría por sí mismo. Cerró los ojos y se dejó llevar por el sonido del mar que poco a poco iba calando en él como una nana de cuna, meciéndolo. El sonido del oleaje, a veces furioso e indomable y otras veces más sereno, comenzó a mezclarse con el cántico de una mujer. Solamente tarareaba una melodía, pero su voz era tan dulce y melosa que Iker no pudo evitar sentirse absorbido por ella.

Abrió los ojos y, casi al mismo tiempo, las notas que murmuraba la voz femenina se extinguieron como si el mismo viento se las hubiera llevado consigo. Iker tanteó su alrededor con la mirada en su busca, pero la persona más cercana a él era un pescador anciano que a duras penas conseguía mantenerse en pie apoyado sobre el muro de piedra. Volvió la vista hacia el mar y pensó en las lamias. Curioso que la chica agredida tuviera el mismo nombre que aquel con el que se había apodado a las sirenas del País Vasco, esas mismas con las que Iker siempre comparaba a su mujer. Estaba claro que Maitane era acuática, por eso siempre bromeaban diciendo que en otra vida tuvo que ser una lamia. Ella necesitaba sentir el mar, olerlo, respirarlo, y no precisamente del mismo modo en el que Iker lo necesitaba para encontrar la paz. Para Maitane el hecho de vivir cerca del mar era una necesidad indiscutible, una prioridad. Cerró los ojos, recordando aquella primera vez que se vieron mientras ella paseaba por las playas de Sopela. Parecía que había pasado una eternidad desde aquella primera vez en la que cruzaron palabra con los pies hundidos en la fría orilla de Arrietara.

Lamia. La melliza de Aitor palpitó en su mente, recordándole que aquella chica podía ser la clave para resolver el caso. No podían dejar

escapar su testimonio porque, a fin de cuentas, podía ser la pieza más decisiva en la resolución.

Iker se apretó la cazadora antes de levantarse de las frías escaleras de piedra que ascendían zigzagueando hacia las casitas pesqueras del puerto. Sí, había llegado la hora de acudir al hospital en busca de respuestas.



# 12

Cruzó el hospital con la cabeza cabizbaja hasta llegar a la planta en la que Lamia Zabala estaba ingresada. En el hospital de Cruces las habitaciones solían compartirse al menos entre dos pacientes, pero dado el estado de la joven y la agresión sufrida, los médicos la mantenían aislada y un agente hacía turnos de vigilancia por su pasillo. Iker lo consideraba innecesario, porque sabía bien que el hospital contaba con la suficiente seguridad —Maitane trabajaba allí desde hacía muchos años—. Además, algo le decía que, en caso de que el autor de la agresión se decidiera a culminar su tarea, lo haría más tarde; una vez la chica abandonase el hospital.

Fuera quien fuese el responsable del crimen, había sido lo suficiente cauteloso para no ser visto. E Iker ponía la mano en el fuego por que el sujeto no se arriesgaría a ser visto merodeando en un hospital público, mucho menos por los alrededores de la habitación de su víctima.

Iker golpeó la puerta con los nudillos y tras comprobar que nadie contestaba, pasó al interior. Allí estaba Lamia, sentada sobre la camilla con un aspecto mucho más humano del que Iker recordaba que tuviera. Había recuperado cierta tonalidad rosada en las mejillas y sus ojos, antes vacíos y carentes de vitalidad, chispeaban de forma vidriosa. A su lado, en la butaca contigua a la camilla, estaba Lea. A Iker no le costó reconocerla poque la había visto el día anterior y porque aquellas puntas de un rosa fucsia no pasaban desapercibidas de ninguna forma. Lea, que tenía la mirada cohibida y clavada en el suboficial, se levantó de un salto de la butaca en la que había estado sentada hasta el momento.

—Tengo que irme.

Lamia frunció el ceño.

—¿Quién eres tú? —inquirió la hospitalizada.

—Soy el suboficial de la ertzaina que está a cargo del caso—se presentó antes de mostrar la placa—. El mismo que te encontró en el paseo de Ereaga, junto a la playa, y que alertó a los servicios de emergencia para tu traslado al hospital.

—Yo tengo que irme —repitió Lea—. Ya hablaremos.

Lamia asintió en silencio y la joven se esfumó de la estancia dejando un sonoro portazo tras ella. Iker, sin titubear, ocupó la butaca que la chica acababa de liberar.

—Sé que estás cansada, Lamia. Pero necesito hablar contigo sobre lo que te pasó.

—No recuerdo nada —murmuró ella con un tono de voz afligido—. En serio, no sé cómo he llegado hasta aquí. No lo recuerdo.

Lamia titubeó mientras inspeccionaba al policía en busca de algo que le hiciera recordar aquel instante en el que fue rescatada. Dado su gesto de desconcierto, Iker intuyó que su mente continuaba en blanco.

—Es necesario que hagas un esfuerzo, Lamia. ¿Qué es lo último que recuerdas?

—El viernes, cuando salimos de clase. Perdimos el autobús de vuelta y nos quedamos un rato más allí, en la ikastola. No recuerdo nada del fin de

semana.

—¿Recuerdas cómo volvisteis a casa?

—El profe de Educación Física nos acercó hasta la playa de Arrigunaga, porque vive al lado. Aitor se fue a casa y yo subí al pueblo con las amigas.

Anotó mentalmente que tenía que investigar quién era ese profe de Educación Física y por qué hasta ahora habían desconocido aquel dato.

—¿Con Lea?

Lamia, sorprendida, frunció el ceño. Resultaba evidente que no esperaba que Iker conociera la identidad de aquella chica.

—No, Lea no estuvo. Ella no anda con nosotras.

—Entonces, ¿de qué os conocéis?

—Somos amigas, de clase.

Una enfermera irrumpió en la estancia y se acercó a la camilla. Saludó con gesto tímido e Iker le devolvió el saludo, aunque Lamia ni siquiera se molestó en dedicarle un tímido gesto. Se quedaron en silencio mientras la profesional cambiaba el gotero y comprobaba que la joven tuviera las vías colocadas de forma correcta.

—¿Eres consciente de que Aitor tenía problemas con ella? —inquirió Iker cuando recuperaron la privacidad.

Lamia suspiró antes de recolocarse el cabello a uno de los lados, separar un mechón y comenzar a enroscarlo en su dedo índice. Era un gesto involuntario que, seguramente, se debiera a su nerviosismo.

—Aitor es un bicho raro —comentó, e Iker no pasó por alto que hablaba en presente—. Por eso le toman el pelo, ¿sabes? Porque es uno de esos raritos que prefiere quedarse en la biblioteca a salir al patio…

El suboficial asintió.

—¿Puedo hablar con él? No me dejan salir de esta triste habitación y tampoco me dicen nada de mi familia. ¿Por qué puede venir Lea y no mis padres o mi hermano?

El teléfono móvil de Iker comenzó a sonar casi al mismo tiempo en el que sentía cómo los latidos de su corazón se aceleraban. No podía ser cierto. ¿No sabía que su hermano había sido asesinado? ¿Nadie le había contado que su madre había intentado suicidarse? Joder, pensó Iker. Ya se veía en la obligación de ser el portador de malas noticias más veces de las que le gustaría como para, una vez más, tener que serlo.

—¿Dónde está mi familia? ¿Y mi aita? ¿Dónde está mi aita?

El teléfono seguía sonando.

—Tengo que contestar —soltó con un hilillo de voz prácticamente inaudible.

—¡No! ¡Quiero ver a mi familia! ¡Quiero ver a mi familia hoy mismo! ¡No podéis hacerme esto! —gritaba Lamia, histérica.

El policía, perturbado, abandonó la habitación de forma brusca. Una enfermera que había escuchado los gritos corrió hacia él.

—Está bastante agitada —explicó Iker, dejando que la profesional tomase las riendas de la situación.

Sacó su móvil del bolsillo y comprobó que se trataba de Amaia. Justo en el último instante previo a extinguirse la llamada, respondió.

—¡Joder! —exclamó Iker, aún nervioso—. Joder, joder. No sabe nada, Amaia. Nadie le ha contado lo de su hermano… ¡Joder!

—Iker, ven a la editorial ahora mismo —su tono de voz sonaba áspero y cortante.

Amaia no dijo nada más antes de colgar el teléfono e Iker se puso en lo peor.

¿Qué diablos estaba pasando?

La editorial que dirigía Miren Urrutia estaba en lo más alto de Artxanda, custodiando la noble villa de Bilbao desde las alturas en un entorno privilegiado que desbordaba serenidad. Rodeada de vegetación, se podía encontrar un pequeño pabellón de hormigón que sobresalía de forma radical en aquel entorno tan verde. En letras grandes, se podía leer el nombre de la editorial: Txantxagorri.

Iker divisó el coche de Amaia en el parking. Solamente había tres coches aparcados: el de Amaia, el suyo y otro más. Estaba claro que resultaba imposible acceder hasta aquella zona sin vehículo, porque el transporte público no era opción en aquel entorno montañoso.

—¿Iker?

La puerta principal se abrió y Amaia apareció al otro lado de la misma. Junto a ella había una mujer. Alta, delgada, con un cuerpo fibroso y una mirada verde. Tenía las facciones afiladas y se movía con excesiva lentitud. Iker, que era un manojo de nervios andante, solía ponerse nervioso con aquella clase de personas.

—Espero no haberos hecho esperar mucho —se disculpó el suboficial, esquivando la lluvia y adentrándose en el interior.

Echó un vistazo alrededor. Oficinas, muchas oficinas que se esparcían por un espacio moderno y abierto. Una de ellas, la que más grande era, estaba sobrecargada de adornos. Cuadros, premios, periódicos enmarcados y colores vivos que captaban la atención. El resto de las mesas que se esparcían por el lugar eran bastante similares; de madera de pino, con sillas negras y una pequeña lamparita de mesa en cada una de ellas. Algunas tenían algún que otro objeto personal (fotografías, notas con recordatorios, calendarios…), pero ninguna destacaba como la del fondo. Sin necesidad de preguntar, Iker adivinó que se trataba de la mesa de la directora. Debía de ser la de Miren.

La mujer los guio hacia una sala de reuniones y les pidió que tomasen asiento.

—Te presento a Zuriñe, la socia de Miren Urrutia.

Iker dibujó una sonrisa leve a modo de respuesta a la presentación. Tenía que centrarse en aquella conversación, porque si Amaia lo había citado significaba que había encontrado algo interesante que precisaba de su presencia. Pero por mucho que lo intentase, no conseguía sacar la voz de Lamia Zabala de su cabeza. No conseguía desprenderse de la mala sensación que le provocaba el hecho de saber que, aquella joven, aún no era consciente de que no volvería a cruzar una palabra con su hermano.

—Siento que tengas que repetirlo una vez más, pero… ¿Podrías resumir todo lo que me acabas de contar, Zuriñe?

La mujer cruzó los brazos sobre la mesa antes de responder.

—Por supuesto, sí… Hace unos meses que empezaron a llegar cartas e emails amenazantes a la editorial. No decían nada "significativo" —añadió, entrecomillando la última palabra con un gesto—, así que al principio decidimos no darles demasiada importancia.

—¿O pagas, o mueres?

Zuriñe negó.

—Al principio ninguna de las amenazas hablaba de muerte —continuó la mujer antes de recolocarse un mechón tras la oreja—. Al principio solamente pedían dinero.

—¿Iban dirigidas a la editorial?

Zuriñe puso los ojos en blanco.

—No. Iban dirigidas, personalmente, a Miren.

—¿Se dirigían a ella? ¿La nombraban? —preguntó Iker.

Amaia, de mientras, guardaba silencio.

—No. No la nombraban. Pero nos dimos cuenta de la misma por su forma de actuar —murmuró, encogiéndose de hombros—. Resultaba evidente que se trataba de algo personal.

—Explícate mejor, por favor —instó Iker con tono cauteloso mientras sacaba la grabadora.

Odiaba trabajar con ella y prefería, mil veces antes, tomar notas. Pero sentía su mente espesa y la migraña cada vez apretaba con más fuerza.

—¿Te importa que grabe?

Zuriñe negó con la cabeza.

—Nos dimos cuenta de la misma. Cuando empezaron a llegar las amenazas, Miren se volvía loca. No quería que nadie más las leyera y cuando ocurría, después estaba… diferente. Se sentaba en su mesa, nerviosa, y no hablaba con nadie.

—¿Qué ponía en esas amenazas?

Zuriñe se levantó de su silla y rodeó la mesa en dirección a los estantes del fondo. Estaban cargados de carpetas y archivadores, a rebosar. Iker pensó que aquel lugar necesitaba unas cuantas horas de orden y limpieza, pero unos minutos más tarde se dio cuenta de que la mujer se las apañaba perfectamente en aquel caos.

—No hemos guardado todas las cartas… Pero aquí tienes algunas —dijo, tendiéndole una pequeña carpeta de cartón azul.

Iker la abrió con curiosidad y se encontró bastantes sobres sin remitente. Al otro lado de los sobres, la dirección del remitente se habría imprimido sobre un papel y después se había pegado con cola. Dentro estaban las amenazas, también escritas a ordenador y en una letra estándar que Iker reconoció como la fuente Times New Roman. De buenas a primeras, allí no había nada que se pudiera rastrear, ni siquiera unas posibles huellas. Los sobres, que también eran estándar, estaban manoseados, así que, si en algún momento existieron en él huellas del agresor, a aquellas alturas ya debían de haber desaparecido. Leyó una de las amenazas: “Paga si no quieres que lo vean”.

La mayoría de las notas contenían mensajes bastante similares.

—Poco después empezaron las llamadas.

—¿Las llamadas?

Por fin algo que sí se podía rastrear.

—Sí. Las llamadas. Las hacían con algún distorsionador de voz, porque sonaban como un robot.

El suboficial guardó silencio, animándola así a continuar.

—Las llamadas siempre eran sobre la misma hora, entre las once y las once y media de la mañana. Y todas decían lo mismo.

—¿Qué decían? —instó Iker, cada vez más nervioso.

—Paga o los vídeos se harán públicos.

—¿Los vídeos?

—Sí —respondió Zuriñe, encogiéndose de hombros—. Fue todo muy raro… Miren, de pronto, empezó a desconectar los teléfonos, prohibió que respondiéramos a las llamadas, capó el acceso al email para que solamente ella pudiera acceder… Fue entonces cuando todo comenzó a decaer —explicó—. Un poco después comenzó a ausentarse al trabajo. No venía casi ningún día y poco después cogió la baja… Fue entonces cuando propuso cerrar la editorial.

—¿Cerrarla?

Zuriñe se encogió de hombros.

—Soy socia y codirectora, pero mi porcentaje en esta empresa es muy pequeño. Miren es la socia capitalista, la inversora principal y, a fin de cuentas, la que tiene voz y voto. Empezó a despedir personal, los pedidos no salían a tiempo y poco a poco los distribuidores dejaron de trabajar con nosotros. Mantenemos unos pocos, por eso estoy aquí… Tengo la esperanza de conseguir que esto vuelva a salir a flote.

—Vaya. Lo siento.

—Ella era el motor de la editorial, lo que hacía que todo fluyera de la forma correcta. ¿Saben decirme qué tal está después de lo de Aitor? La verdad es que ni siquiera me he atrevido a llamarla… —explicó con un tono cargado de culpabilidad.

—No sabríamos decirle, Zuriñe —explicó Iker, adelantándose a Amaia. No eran quién para explicar que la mujer había intentado quitarse la vida… Aquella noticia no les correspondía a ellos—. Pero estoy convencido de que agradecerá su llamada y su cariño.

—La llamaré, sí —confesó.

Estaban a punto de levantarse de la mesa cuando Iker recordó lo mucho que le llamó la atención el nombre con el que firmaban las amenazas y el nombre de la editorial.

—¿Tiene algo que ver el Txantxangorri con el Zezengorri? Son dos seres mitológicos del folclore vasco, ¿no?

Zuriñe negó con una sonrisa en los labios.

—No. No son dos seres mitológicos —explicó e Iker estuvo convencido de que debía de pensar que era un auténtico ignorante—. El txantxangorri es un petirrojo. Su nombre en euskera.

Iker titubeó.

—¿En serio?

—En serio —río ella—. Aunque he de admitirte que es un animalillo que siempre ha estado ligado a la mitología vasca.

—¿Podrías explicarme por qué?

Zuriñe asintió, volviendo a cruzar las manos sobre la mesa de forma meticulosa.

—Cuenta la leyenda que Etsai, el demonio vasco, atraía a los montañeros a un caserío que tenía perdido en los Pirineos para después poderles robar las almas. Amalur y las lamias, preocupadas porque la humanidad desapareciera, decidieron acudir a rescatar a esas almas que el demonio coleccionaba. Como tenían miedo de perderse, encendieron una hoguera con la que poder orientarse de noche, en su regreso. Pero el demonio, que era muy listo, abandonó el caserío para apagar las llamas de la hoguera. Mientras el demonio estaba fuera, Amalur y las lamias rescataron las almas del caserío. Le esperaron hasta que llegó, y encarcelaron al demonio en el caserío para que no pudiera robar más almas. Cuando salieron de aquel lugar, la hoguera estaba apagada pero una pequeña luz de fuego brillaba al fondo, guiándoles en el camino. Un petirrojo que había visto al demonio apagar la hoguera había rescatado una brasa y se la había colocado en el pecho para que Amalur y las lamias pudieran regresar. Por eso los txantxagorris tienen el pecho rojo.

—Vaya, no tenía ni idea… Es una historia muy bonita —comentó Amaia.

—A Miren le encantaba la mitología —continuó Zuriñe, e Iker no pasó por alto que hablaba de ella en pasado—. Tenemos varias antologías de

mitología vasca y bastantes cuentos publicados que tienen que ver con el tema.

—Me encantaría echarles un vistazo a esos títulos —murmuró Iker.

Dudaba que pudiera sacar algo de provecho de ahí, pero tenía que cerrar todas las puertas posibles antes de empezar a abrir las ventanas.

—Son unos cuántos. Te mandaré un email.

Asintió.

—¿Podrías decirme algo del Zezengorri?

Zuriñe asintió.

—Es la mascota de la diosa Mari.

A esa última Iker sí que la conocía. Su cuñada, Irene, se había obsesionado con ella pensando que aquella deidad podría devolverle su fertilidad.

—¿Su mascota?

—Una de las leyendas dice que Zezengorri es el responsable de guardar las cuevas de la diosa mientras ella está fuera. Si alguien le da la espalda, Zezengorri lo calcina entre las llamas. Otra leyenda dice que es la misma diosa disfrazada de toro. Y algunos otros dicen que es el espíritu de un ladrón que guardaba sus tesoros en una cueva y que, al morir, se transformó en Zezengorri para protegerlos.

Iker se masajeó las sienes. La migraña cada vez resultaba más insoportable.

—Gracias, Zuriñe. Pásame la lista de esos títulos por si nos sirvieran de ayuda.

Su teléfono móvil empezó a sonar de nuevo, pero Iker esperó hasta salir para responder. Era Etxaniz. Respiró hondo y se tomó unos segundos para coger aire mientras observaba la tormenta. El cielo estaba completamente ennegrecido y unos rayos parpadeaban sobre su cabeza, amenazantes. El trueno resonó poco después e Iker sintió que el corazón le palpitaba dentro del cráneo, amenazando con hacer puré sus conexiones neuronales. No podía más. Se agachó en una esquina, junto a unos arbustos, y empezó a vomitar.

—¿Estás bien? ¿Te encuentras bien, Iker? —preguntó Amaia con el tono timbrado de preocupación.

—La puñetera migraña —escupió, incorporándose mientras sacaba el teléfono del bolsillo para contestar a Etxaniz, que no dejaba de insistir—.

¿Qué pasa, Gonzalo? ¿Tenemos algo nuevo?

—Se ha verificado la coartada de Gorka Zabala —explicó al otro lado de la línea—. Los movimientos de su tarjeta de crédito confirman que estaba en Donosti a la misma hora en la que el forense ha determinado la hora de la muerte.

—¿Qué movimientos?

—Muchos. Restaurante, cafeterías, gasoli-nera…

Iker se masajeó la cabeza con más fuerza. Dios, estaba convencido de que en cualquier instante algo reventaría ahí adentro.

—Solicita las cámaras de vídeo de todos los comercios en los que realizó algún pago.

—Bien.

—Por cierto —intervino—. ¿Qué ha dicho el forense en el informe?

—Que iba hasta el tope de benzodiazepinas cuando se ahogó. O, mejor dicho, lo ahogaron. Después lo metieron en la txalupa.

El armario del baño de Miren, cargado de medicamentos, acudió a su mente. Había visto en su interior bastantes cajas de Lorazepam; y aunque podía ser una simple coincidencia, la vida y la experiencia le habían demostrado que en la mayoría de las ocasiones las coincidencias no existían.

—Tenemos que volver a hablar con Miren Urrutia.

—Veré que puedo hacer —explicó Gonzalo antes de colgar.

Levantó la vista hacia Amaia, que se mantenía bajo el resguardo de la entrada de la editorial. Iker estaba a la intemperie, calado de pies a cabeza. No le molestaba la lluvia y mucho menos, el frío. Se había acostumbrado al agua, a la humedad, a aquella sensación térmica tan baja.

—Necesito ordenar pensamientos.

—Pues hazlo en voz alta —comentó Amaia, tirando de Iker para que se mantuviera bajo el resguardo.

Le goteaba el flequillo y la ropa.

—Aquí no —señaló el suboficial, levantando la vista hacia la cámara de seguridad que tenían sobre su cabeza—. Vámonos al coche.

Dudaba que pudiera tener sonido. Y de ser así, dudaba que pudiera escucharse algo más allá del estruendo de la tormenta; pero, aún así, no quiso arriesgarse.

Amaia corrió por el parking hasta introducirse en su monovolumen, ocupando el asiento del conductor. Iker la siguió a paso ligero y se subió en vehículo, junto a la joven.

—Voy a dejarte todo hundido.

—No pasa nada —señaló ella—. ¿Qué estás pensando?

Titubeó.

—No me encaja la familia. Desde el primer instante lo he sentido… —explicó el suboficial—. No sé, ¿los críos desaparecen todo el fin de semana y nadie se da cuenta?

Era lo que más le había chocado desde un primer instante. Quizás, unos años atrás, Iker ni siquiera habría caído en aquel detalle, pero desde que era padre su perspectiva se había distorsionado.

—¿Crees que puede haber sido Miren? No tiene coartada, iba pasadísima cuando la encontramos y no recuerda nada. Además, se ha intentado suicidar. Podría ser un sentimiento de culpa.

—Es una posible hipótesis, sí.

Aunque era una hipótesis que dejaba de lado las amenazas y al responsable que había tras ellas. A Amaia se le había pasado por alto que esos vídeos debían contener algo que realmente mereciera la pena mantener bajo llave, en silencio. Es más, tenía la sensación de que aquellos vídeos contenían algo por lo que mereciera la pena un asesinato.

Iker volvió a sentir la cabeza a punto de estallar.

—Necesitas descansar —comentó Amaia, apretándole el hombro de forma cariñosa—. Con un par de horas de sueño verás todo con otra perspectiva.

—Lo sé. Gracias.

Cuando levantó la cabeza, se dio cuenta de que Amaia está muy cerca de él. El sonido del repiqueteo de las gotas contra el techo metálico del coche se filtraba en el cerebro de Iker, trastornándole. Sí, necesitaba descansar si pretendía ser de utilidad en aquella investigación. Iker suspiró y cerró los ojos unos instantes en busca de paz. Otro trueno retumbó en el cielo y, cuando abrió los párpados, comprendió que Amaia tenía una mano ahuecada sobre su mejilla.

—Iker, ¿estás bien? En serio, tienes que descansar. ¿Por qué no te llevo a casa?

Miró a Amaia. Su rostro estaba tan cerca de él que prácticamente se rozaban. Intentó centrarse, relajarse, despejar sus pensamientos. Pero el caso y todas las interrogantes le burbujeaban con tanta fuerza en la mente que no conseguía desprenderse de todas aquellas incógnitas sin explicación.

—Estoy bien —mintió.

Y un instante más tarde, lo sintió. Sintió los labios de Amaia rozando los suyos y en un acto casi instintivo, se retiró de un salto, apartándose contra el respaldo.

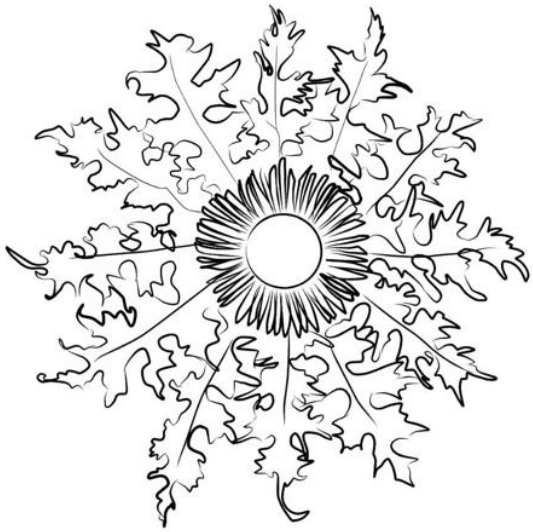
—Amaia, estoy casado —soltó.

Aquel acto le había pillado tan desprevenido que no fue capaz siquiera de decir algo más coherente a eso.

—Lo siento, yo no quería que… Lo siento —titubeó ella, confusa.

Iker abrió la puerta. Bastante tenía con lo que tenía como para añadir a su lista de preocupaciones un problema más.

—Tranquila, da igual —escupió de forma abrupta y confusa—. Me voy a casa. Tienes razón en eso de que necesito descansar. Y creo que tú deberías hacer lo mismo —añadió en el último momento.



# 13

Iker aparcó el coche en la plaza de San Nicolás. Eran las ocho y media de la noche y prácticamente había anochecido por completo. Caminó por la plazoleta mientras el retumbar de una pelota contra la pared del frontón le abstraía de sus pensamientos. Se detuvo frente al Ajuria y se pidió una copa de crianza. Sabía que el alcohol no le haría bien, pero intuía que un café era peor idea aún. Aquella noche necesitaba dormir aunque fuera un par de horas de tirón, y la cafeína no contribuiría a sanar el insomnio que llevaba días atormentándolo.

Un par de gotas de agua le indicaron que, una vez más, comenzaba la lluvia. Iker se resguardó bajo el toldo de la taberna y contempló el partido de pelota que tenía frente a él. El frontón de San Nicolás no era un frontón

cualquiera; estaba cobijado bajo la biblioteca municipal, en una antigua estructura abalconada y decorada con arcos. Se terminó la copa de vino con rapidez mientras padre e hijo —o, al menos, eso pensó Iker que debían ser — continuaban con el espectáculo.

Después, con esa sensación de quien camina perdido, aunque tenga un destino al que acudir, descendió la cuesta hacia su casa. Antes de entrar, miró el reloj. Eran las nueve y diez y las luces de la sala estaban encendidas, así que imaginó que las pequeñas aún estarían despiertas.

Cuando cruzó el umbral, no escuchó gritos, ni llantos, ni risas. Y eso era un indicativo de alarma, porque con las niñas despiertas uno no encontraba nunca un atisbo de paz. Sintió un mal presentimiento en su interior, pero se deshizo de él con rapidez. Iker estaba acostumbrado a ver el horror en el día a día y, por desgracia, su trabajo le enseñaba la parte más monstruosa de la humanidad. Era inevitable que en ocasiones el miedo acudiera a él, pero sabía que no podía vivir con aquellos pensamientos atemorizándole.

—¿Maitane?

Asomó la cabeza hacia el salón y se encontró con la mesa del comedor puesta. Su mujer se había tomado la molestia de decorarla con velas. Iker tampoco pasó por alto que había puesto el mantel que solía reservar para las ocasiones más especiales y que, en el centro, había descorchado una botella de vino. Copas, servilletas, velas y flores. A Iker se le aceleraron las pulsaciones mientras, en silencio, intentaba descifrar de qué acontecimiento especial se había olvidado.

—Nuestro aniversario —concluyó su mujer, leyéndole los pensamientos —. Las niñas hoy duermen con la vecina.

—Joder. Lo siento, de verdad —murmuró, afligido—. Lo siento…

—Tranquilo —respondió ella, antes de besarle suavemente en la mejilla —. No pasa nada. Sé que tienes la cabeza en el caso.

Iker asintió y ella lo rodeó con los brazos antes de estrecharlo con fuerza contra su cuerpo.

—Huele genial —murmuró Iker, enterrando su rostro en el cabello de Maitane.

—¿La cena? Son berenjenas gratinadas.

—No… Tu pelo. Tú. Tu perfume…

Maitane se echó hacia detrás para mirarle con cierta perspectiva y se dio cuenta de lo cansado y pálido que parecía. Le besó de forma fugaz en los

labios y percibió el sabor cítrico del vino, pero no hizo ningún comentario al respecto. Solía ser bastante habitual que Etxaniz y él se tomasen alguna copa juntos comentando los avances de la investigación antes de regresar a sus respectivos hogares.

Se sentaron en la mesa, bajo la luz de las velas. Iker agradeció la paz que se respiraba, aunque debía admitir que había llegado a casa soñando con lanzarse en la cama.

—¿Te encuentras bien?

Sacudió la cabeza.

—Tengo un mal presentimiento con el padre, pero nada me señala hacia él. No sé… Es como si me estuviera obsesionando con ello de manera absurda.

Maitane estiró el brazo para rozar la mano de Iker. Estaba frío, congelado.

—Pues relájate y disfruta. Mañana lo verás diferente.

—Sí, lo sé… —murmuró con poca convi-cción—. ¿Tú sabes algo de Miren Urrutia? ¿Sabes si se encuentra mejor?

Ella suspiró, resignándose.

—Sé que está recuperándose. No sé más.

Los dos se quedaron pensativos, en silencio. Ella mordisqueó un espárrago triguero, pensativa.

—Nahia me ha dicho que la ikastola está conmocionada.

—¿Nahia? —repitió Iker, intentado ubicarla.

—La madre de Jare, la que va a inglés con Nikole —explicó—. Su hija estudia allí, en Ander Deuna.

—¿En serio? —repitió Iker.

Se sirvió un trozo de berenjena rellena y se llevó un pedazo a los labios. Estaba espectacular. Maitane siempre había sido una cocinera increíble y eso, sumado a lo poco que había comido los días anteriores, hacía que Iker degustase aquella cena con más ansia que nunca.

—Sí. En serio. Están asustados, ¿sabes? Los niños han empezado a contar historias sobre un asesino que vive en el monte.

El policía suspiró. Era normal que después de una tragedia como la de Aitor Zabala ese tipo de historias se viralizasen entre los más jóvenes. Sabía por experiencia y casos anteriores que, cuando el asesino por fin estuviera entre rejas, aquellas habladurías cesarían de golpe.

—Cambiemos de tema —decidió Maitane—. Es nuestro aniversario y una noche sin niñas merece, como mínimo, una buena celebración. ¿No crees?

Iker asintió, totalmente conforme con ella. Terminaron de cenar, disfrutando de las berenjenas y las verduritas que Maitane había preparado al horno. Compraban la verdura en las huertas de los caseríos de Santa María de Getxo, cerca del antiguo hangar familiar en el que habían vivido durante una temporada. Y estaban de muerte. Iker no echaba de menos, en absoluto, aquella fruta y verdura de supermercado que se cultivaba en masa.

De postre, Maitane había preparado unas fresas con chocolate, que también estaban exquisitas. Cenaron y después se sentaron en el sofá a terminarse la botella de vino como habían hecho en los viejos tiempos. El tiempo pasaba volando y los días no regresaban.

—*Maite zaitut, laztana* —susurró Maitane con voz melosa, antes de dejar su copa de lado y tumbarse sobre el regazo de su marido.

Apoyó la cabeza en sus piernas y, de forma automática, él comenzó a masajearle el cuero cabelludo. Sabía que a Maitane le encantaba.

Se sentía mejor. La cena había sido reparadora y el simple hecho de haberse sentado con su mujer y haber mantenido una conversación que no tuviera nada que ver con el caso ya había sido suficiente para despejarle la mente. Respiró profundamente y se sintió en paz pensando que, allí donde fuera que estuviesen los demonios, los atraparía. No dejaría que escapasen.

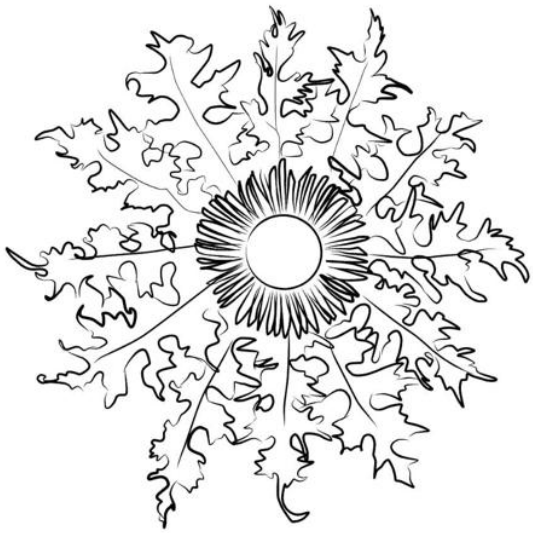
Maitane se incorporó con lentitud. Llevaba puesto un vestido negro que Iker le había visto solamente en otra ocasión; ¿quizás en su aniversario del año anterior? No lo recordaba bien. Le quedaba muy ceñido al cuerpo, hecho con una tela fina que transparentaba su piel, manga larga y un escote bastante pronunciado. A Iker le parecía una prenda muy sensual.

—Ojalá podamos celebrar otros treinta aniversarios más.

—¿Solamente treinta más? No somos tan mayores —se río Iker, bromeando, antes de atrapar su rostro entre las manos.

Presionó los labios contra los suyos y se fundió en un abrazo reparador. Poco a poco, esas caricias confortables se fueron volviendo más ardientes, más pícaras. Maitane apoyó la frente contra la de él, colocándose a horcajadas sobre su regazo antes de que sus lenguas se enredasen húmedamente. Ambos sintieron cómo la ropa sobraba, así que se la arrancaron a tirones bajo la escasa luz de las velas que aún continuaban

encendidas. Las figuras de sus cuerpos se proyectaban en la pared del salón cómo sombras interminables, aquellas que iban a contemplar la escena y a ser confidentes de los susurros que compartieran. Los besos cada vez fueron más ardientes y el deseo, también. Maitane sintió cómo la llenaba e Iker sintió cómo ese dolor de cabeza que tanto lo había perturbado a lo largo del día desaparecía por completo. Se movían de forma rítmica, ambos en busca del placer ajeno mientras se dejaban llevar por los suspiros ahogados, las caricias furtivas y la mirada de deseo que ardía y brillaba en sus ojos.



# 14

Iker aparcó el coche en el parking de la ikastola sin saber muy bien qué hacía allí. Bueno, en realidad, sí que lo sabía. Se quedó inmóvil en el asiento piloto con un vaso de café caliente entre las manos. Bebió un sorbo del líquido marrón, espeso y sin azúcar, y sintió el amargor recorriendo su paladar antes de descender por su garganta. Poco a poco vio cómo los autobuses empezaban a llegar. Y esperó. Entonces, la vio. Lamia Zabala se bajaba de aquel que provenía de Algorta.

Estaba pálida, aunque era evidente que se había maquillado para disimularlo. Vestía unos vaqueros ceñidos de cintura baja y, a pesar de que el termómetro del coche marcaba menos de cinco grados centígrados, la

joven llevaba un top azul marino que dejaba al descubierto su ombligo. Solamente era una adolescente que había sufrido un trauma y que intentaba regresar a su vida normal, a lo cotidiano. Recordó las súplicas de la chica preguntando por su hermano y eso le despedazó el alma.

La vio con un grupo de chicos. Se reían, charlando de forma animada. Lamia parecía feliz, aunque Iker intuía que por dentro debía de estar rota en mil pedazos.

¿Qué hacía allí?, volvió a preguntarse a sí mismo. Protegerla. Quizás el resto del mundo ignoraba que, el asesino, había dejado un cabo suelto. Una víctima superviviente que podía delatarle y condenarle, que podía significar su final. ¿De verdad se pensaban que iba a olvidarse de ella tan fácilmente? La vio ascender cuesta arriba en dirección al edificio donde estaban las aulas y se terminó el café mientras analizaba a todo aquel que llegaba y se iba de la escuela. Cuando el trajín matutino culminó, Iker se bajó del vehículo para pasear por los alrededores, intranquilo.

No, el asesino no acudiría a un hospital en busca de la chica. Pero, ahora que ella ya no estaba protegida…, podía ocurrir. Vislumbró a la misma joven que días atrás vio con el carro de limpieza pasando la escoba por las canaletas de los desagües. Al menos, aquel día, no diluviaba.

—*Egun on* —saludó Iker, acercándose a ella.

—*Egun on* —respondió la chica con timidez, sin siquiera levantar la mirada hacia él.

—Soy el suboficial Iker Ibarguren —se presentó, justo antes de sacar su placa y mostrársela de forma fugaz—. ¿Podría dedicarme un par de segundos?

La chica dejó la escoba de lado.

—No voy a poder ayudarte, lo siento —aseguró con una convicción aplastante—. Solamente soy una madre del colegio haciendo un turno…

—Seguro que puedes ayudarme. Tranquila, no voy a pedirte nada del otro mundo.

Volvió a recordar a la joven pasada por agua y pensó que aquellos turnos de trabajo no estaban, ni por asomo, bien pagados. Iker sacó una tarjeta con su número de teléfono y se la tendió.

—Si ves algo raro por las inmediaciones de la escuela, llama a este número, ¿vale? Cualquier cosa que llame tu atención, por absurda que sea.

—Sí, claro.

Era la única persona que Iker había visto fuera de los edificios independientemente de la climatología con la que hubiera amanecido el día. Bueno, a ella, y al bedel. Iker levantó la mirada hacia el cielo plomizo y se preguntó cuánto tardaría en comenzar a llover. Eso y si la chica estaría a salvo allí, en la ikastola. Que las amenazas provinieran del propio centro escolar hacía que la intranquilidad del suboficial se multiplicase por mil.

Sabía que no podían ponerle protección de forma continua; no había personal suficiente y tampoco medios para tramitar dicha propuesta. Sopesó la idea de volver a hablar con la dirección del colegio, pero al final decidió que lo mejor era regresar a la comisaría para poner todos los puntos sobre las íes. Necesitaba concentrarse, ver las pruebas que tenía con perspectiva y buscar la forma de encontrarle sentido. Aún no se había subido al coche cuando la llamada de Etxaniz entró en su teléfono.

—¿Tenemos algo?

—Tenemos los vídeos de los restaurantes y de la gasolinera. También el del peaje —explicó—. Aunque en este último solo se ve el vehículo. ¿Quieres verlos?

—¿Se ve al acompañante?

—Mujer, rubia, joven.

Iker resopló, dejándose caer contra el capó.

—Mándamelos al móvil y les echo un vistazo…

Estaba a punto de añadir algo más cuando divisó a uno de los profesores de Educación Física en el campo de fútbol más cercano al parking. De pronto, recordó lo que Lamia le había contado en el hospital: que habían perdido el autobús y que el profesor de Educación Física los había acercado hasta la playa de Arrigunaga. No tenía por qué significar nada y lo más probable es que aquel dato no aportara nada nuevo a la investigación ya que la agresión se había cometido el domingo, pero aún así no perdía nada por hacerle un par de preguntas.

—¿Ibarguren? ¿Estás ahí?

—Mándame los vídeos y después me pasaré a visitar a Gorka Zabala, a ver si tiene algo más que contarnos.

Etxaniz carraspeó al otro lado de la línea.

—Tiene coartada, Iker. No hay por donde tirar… Estaba en Donosti.

—No lo tengo tan claro —respondió.

Donosti estaba a una hora de distancia, así que eso le dejaba margen de sobra para poder ir y volver en un pequeño lapsus de tiempo. Sabía que se estaba obsesionando con él, pero es que su sexto sentido le decía a gritos que aquel tipo no era trigo limpio y que algo tenía que ocultar.

—Iker, en serio. No avanzamos en nada si entramos en un bucle —espetó Etxaniz, pero no tuvo tiempo para decir nada más porque su compañero cortó la llamada.

Se acercó hasta las gradas. Los chavales estaban dando vueltas al campo y el profesor de Educación Física estaba en los banquillos. Tras el campo, las montañas se alzaban envolviendo el entorno en un ambiente silvestre. Esperó un rato hasta que por fin el tipo captó su presencia extraña y se acercó hasta él.

—*¿Laguntza behar?**

—Suboficial de la ertzaina, Iker Ibarguren —explicó, y esta vez no se molestó siquiera en sacar la placa—. ¿Podría hacer un par de preguntas?

Él asintió. Iker lo escrutó con rapidez, haciendo un juicio rápido sobre aquella primera impresión que le daba. Tenía el pelo largo, estaba delgado o, mejor dicho, fibroso, y llevaba una sudadera morada con el logotipo de la ikastola.

—Lamia Zabala ha declarado que el viernes previo al incidente perdieron el autobús y que el profesor de Educación Física los acercó hasta la playa de Arrigunaga. Estoy buscando a ese profesor y no sé si podrás ayudarme…

—Soy yo —indicó con un gesto de lástima—. Yo los acerqué hasta Algorta. Fue la última vez que vi a Aitor con…

Guardó silencio, tragando saliva. Iker asintió en señal de comprensión y el chico, al que Iker le calculaba poco más de treinta años, continuó.

—Salí el último, porque por las tardes me quedo dando la extraescolar de futbito y suelo ser la última persona que se queda por aquí. Cuando me iba a marchar a casa me los encontré discutiendo en el parking y les pregunté si querían que los acercase.

—¿Discutiendo?

—Al parecer por culpa de unos amigos en común. Aitor debía tener problemas con los amigos de Lamia.

Iker suspiró.

—¿Y? ¿Dijeron algo más que pudiera ser reseñable?

Se encogió de hombros antes de negar.

—Lo siento. Cuando me vieron aparecer se callaron al instante… Ya sabes cómo son los críos de esa edad. No llegué a escuchar nada más y el trayecto lo hicieron en total silencio. Estaban enfadados.

—¿Dónde los dejaste?

—En la zona de bares de Arrigunaga, sobre la playa.

Iker asintió. Conocía bien esa zona porque vivía bastante cerca de ella.

—Si te acuerdas de algo más… —murmuró el suboficial, sintiendo cómo las paredes de ese callejón sin salida se iban cerrando cada vez más a su alrededor.

—Os lo haré saber, sí —respondió el profesor antes de regresar al campo.

Un par de alumnos habían aprovechado su ausencia para tirarse en el césped y otros pocos se habían agrupado en una esquina para cotillear.

Iker salió del campo y regresó al coche. Aunque Etxaniz no estuviera de acuerdo, pensaba volver a interrogar a Gorka Zabala. Y tampoco pensaba dejar pasar por alto que la mayoría de las amenazas hubieran salido desde aquel colegio.

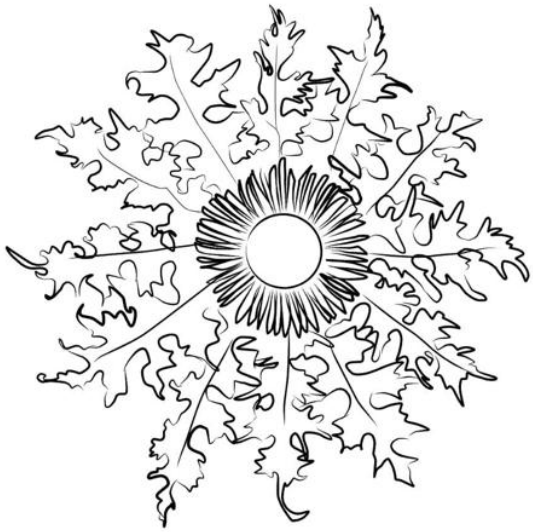
Respiró hondo y arrancó el motor con mil ideas burbujeándole al mismo tiempo en la cabeza. Cayó una gota de agua contra la luna delantera, y cuando accionó el limpiaparabrisas, comprendió que alguien le había dejado una nota. Se bajó del coche, la cogió, y regresó al interior con rapidez para resguardarse del sirimiri que comenzaba a ganar presencia.

*"Busca a Zezengorri y tendrás la respuesta"*.

Fuera quien fuese la persona que la había escrito, no había sido tan minucioso como el de las amenazas. La habían escrito en una hoja de cuaderno, a bolígrafo. El policía se preguntó si la acababan de dejar o si minutos antes la había pasado por alto. Echó un vistazo a su alrededor, pero allí no había nadie.

—¡Joder! —gritó, golpeando el salpicadero con ambos puños.

Alguien en aquel maldito colegio sabía quién era el responsable de las amenazas y, quizás, incluso, de la agresión y del asesinato. Alguien en aquel maldito lugar sabía algo que no contaba, que mantenía en secreto.



# 15

Intentó desprenderse de la impotencia que sentía mientras circulaba en dirección a La Galea. Aparcó en el parking más cercano a los caserones, pero en lugar de dirigirse directamente hacia la vivienda de Gorka Zabala, se concedió unos instantes para contemplar los acantilados que tenía frente a él. Bajo sus pies, una pared rocosa caía en picado hasta culminar en un mar bravío cuyo oleaje parecía dispuesto a surcar la tierra a golpes.

Levantó el móvil para llamar a Maitane mientras sentía la lluvia fría cayendo sobre él, calándole la ropa poco a poco. Los tonos de llamada comenzaron a reproducirse, pero Iker se había perdido en el cántico arrollador del mar. La espuma blanca golpeaba con fuerza las rocas, proyectando toda aquella agresividad que el mar encarcelaba contra la piedra. Al fondo, muy lejos, le pareció atisbar algo. Quizás una boya que

flotaba en mar abierto o, quizás, una lamia que se había acercado hasta la costa con la intención de embaucar algún pescador. Iker sonrió al pensar que aquellos largos años junto a Maitane empezaban a dejar su huella en él. Todo se contagiaba, sí. Y aunque nunca hubiera sentido la menor atracción por la mitología vasca, poco a poco empezaba a sentir un cariño especial por todas aquellas leyendas que iban arraigas a la tierra en la que nació.

—¿*Maiti*?

*«*Amor*», en euskera.*

Iker suspiró.

—No me cuadra nada, Maitane. No sé qué hacer…

Su mujer guardó silencio un instante.

—Dame un minuto, que estoy en la sala de enfermería.

Escuchó cómo su mujer se alejaba con lentitud del murmullo de voces que se escuchaban de fondo hasta que, por fin, se hizo el silencio.

—¿Qué es lo que no te cuadra?

—El colegio. El padre.

—Explícate —pidió ella.

Sabía que Maitane tenía una capacidad… extraordinaria, para ordenar aquello que a Iker se le mezclaba en la mente. Para encontrar sentido al caos.

—Las amenazas venían del colegio, pero Gorka Zabala… Hay algo en él que no me gusta, que no me convence. No es trigo limpio y no me creo su coartada.

—Puede que las amenazas solamente sean cosas de chiquillos. Ya sabes que…

—Me han dejado en el coche una nota. Y…, si fueran cosas de chiquillos, no habrían arrastrado a Miren Urrutia hasta el borde del suicidio.

Maitane guardó silencio al otro lado e Iker le concedió unos segundos para pensar.

—Pues sigue tu instinto. Sabes que nunca falla —aseguró—. Investiga al padre, verifica si esa coartada es cierta o no y después, sigue la pista de esas amenazas, aunque hacerlo implique rastrear cada dispositivo de esa ikastola.

Él guardó silencio. Eso implicaba mucho tiempo y muchos recursos, pero sobre todo mucha colaboración por parte del fiscal. Iker tenía serias dudas de que fueran a permitirle tener tanta libertad. Y si conseguía que se

la dieran y terminaba equivocándose, también sufriría las consecuencias de sus errores. ¿Estaba dispuesto a arriesgarse? ¿Pensaba llegar tan lejos por una simple corazonada?

—Sigue tu instinto, Iker. Sé que no te equivocarás.

Maitane le estaba diciendo justo lo que necesitaba escuchar:

—Zezengorri. Esa es la clave —escupió, masajeándose las sienes en un intento de calmar el dolor de la migraña.

Maitane suspiró al otro lado.

—Recuerda, solamente ataca cuando le das la espalda… Así que mírale de frente y no tengas miedo, porque eres más fuerte que él.

Escuchó el altavoz del hospital al otro lado de la línea. Alguien reclamaba la presencia de su mujer por el megáfono.

—Hablamos luego, ¿vale? Tengo que colgar.

—Vale —dijo Iker, aunque no tuvo tiempo para despedirse antes de que la llamada se extinguiese.

Observó el mar un par de minutos más mientras apretaba la nota en el interior de su puño. Pensaba hacerle caso a Maitane en eso de seguir su instinto… Porque sabía que, si no arriesgaba, aquel caso podía terminar convirtiéndose en uno de muchos que terminaba encarcelado entre las hebillas de una carpeta y olvidado en un archivo de la comisaría. Uno de tantos al que se le adjudicaría la etiqueta de “caso abierto”.

Tocó el timbre y esperó mientras sentía las gotas de agua sobre su cabeza. La lluvia no caía con fuerza, pero aquel sirimiri leve tan propio del norte terminaba calando igual o más que un chaparrón de los fuertes. Estaba a punto de darse por vencido cuando, de pronto, el portón comenzó a abrirse de forma automática. Iker pasó al interior y recorrió el ajado jardín. El mal estado en el que estaba el exterior de la vivienda indicaba de forma paralela lo mal cuidado que estaba aquel núcleo familiar, ese que nunca jamás se podría reparar después de la triste primavera de ese año.

Gorka apareció al otro lado de la puerta.

—¿Qué ocurre? ¿Lamia está bien? —preguntó con tono alarmista.

Iker intentó descifrar si era sincero o no.

—Está bien. ¿Puedo pasar?

Él titubeó. Estaba claro que su presencia no era bienvenida en esa casa, pero dudaba que quisiera arriesgarse a ser trasladado a la comisaría para un

interrogatorio. Al final, accedió. “Chico listo”, pensó Iker mientras intentaba elaborar la estrategia más efectiva posible.

Pasaron al salón. El policía se sentó en una butaca, con calma, pero Gorka se mantuvo de pie en un intento de mantener el control sobre la situación. Sabía que, de esa forma, se sentiría menos acorralado.

—¿Qué pasa? ¿Qué queréis ahora?

Hablaba en plural, y eso era bueno porque significaba que Gorka intuía de forma errónea que él no era el único policía que estaba tras sus pasos.

Iker sacó el teléfono móvil de su bolsillo y reprodujo uno de los vídeos que Etxaniz le había mandado. En él se le veía a Gorka en una cafetería, pagando la cuenta junto a una mujer rubia a la que la cámara no enfocaba demasiado bien en ningún instante.

—¿Eso no sirve para corroborar que mi coartada es cierta? —preguntó con una sonrisa de medio lado—. ¿Qué más queréis?

—San Sebastián está a una hora de distancia, hora y media si no pasas por el tramo de los peajes. El último vídeo en el que se te puede identificar —comentó Iker antes de revisar los datos del caso que llevaba anotados en la agenda para contrastarlos con lo que Etxaniz le acababa de enviar—, es a las nueve menos cuarto. Según el forense, Aitor Zabala falleció ahogado sobre la una y media de la madrugada.

—Aitor era mi hijo —escupió de malas formas—. Así que puedes guardarte las insinuaciones para otra persona.

—En más de noventa por ciento de los casos de asesinato de menores la propia familia está implicada. La estadística, Gorka, me dice que te mire muy de cerca. Y esa visión se agudiza aún más cuando me doy cuenta de que no eres, precisamente, un padre ejemplar.

Gorka frunció el ceño.

—¿Qué cojones estás insinuando? —preguntó a cierta distancia.

Iker cruzó las piernas, manteniendo la calma. Estaba desquiciándole, poniéndole nervioso. Se necesitaba muy poco para enfadar a los malos y él lo sabía muy bien.

—Estoy diciendo que mientras tu mujer pasaba una depresión sola, en una casa de trescientos metros cuadrados en los que no se cruzaba ni con su propia sombra y tus hijos estaban recibiendo amenazas continuas, tú te dedicabas a pasearte por San Sebastián con una golfa. Eso en el mejor de los casos, porque tiempo tuviste para llegar a Getxo y enfrentarte a ellos.

Puede que Aitor te plantase cara y que discutierais. Puede que Lamia también lo hiciera, aunque con ella no tuviste el tiempo suficiente para terminar con lo que habías empezado. ¿Cuánto te faltó para ahogarla? ¿Diez minutos? —preguntó con una sonrisa fanfarrona.

Sólo quería provocarle, nada más. Sabía que lo que decía no tenía ni el más mínimo sentido, pero también era consciente de que surtiría su efecto. A Aitor Zabala lo drogaron y, después, lo ahogaron. A Lamia solamente la drogaron. Y ese modus operandi no cuadraba, de ninguna forma, con una discusión acalorada que terminaba yéndose de madre. No, era algo mucho más premeditado, algo que se había pensado. Fuera quien fuese la persona responsable de los crímenes, se había tomado su tiempo para llevar la obra a cabo.

—No tienes ni puta idea de lo que estás diciendo, subnormal… —escupió, rabioso, acercándose a él de forma agresiva.

Iker se levantó de un salto, esperando el golpe o el enganchón. Cualquiera de las dos opciones le venía bien para arrestarlo por agredir a la autoridad.

—¡Ya vale!

La voz de Miren sonó alta, cortante, fría. Desgarradora. Estaba de pie en el umbral del salón y llevaba puesto un camisón azul que dejaba al descubierto sus brazos cubiertos por vendas. Iker titubeó. Nadie le había avisado de que la mujer había recibido el alta, así que no había contado con encontrársela en casa.

—Ya vale, por favor —gruñó con una voz timbrada de dolor, de pánico —. Acabo de perder a mi hijo… Solamente quiero paz.

—Lo siento, Miren. Te aseguro que yo sólo quiero encontrar al responsable —aseguró el inspector con un tono comprensivo—. Sé que esto no es fácil, pero si no cerramos puertas…

—Dile con quién estabas —escupió ella, mirando con fijación a su marido.

Destilaba odio, rabia. Pero a pesar de ello, Iker no consiguió atisbar en aquel comportamiento el rencor que una madre debía de procesar al asesino de sus hijos. Ella ya no le quería, es más, le odiaba; pero no lo consideraba un asesino.

—Tienen los vídeos y el hotel…

—¡Dile con quién estabas! —gritó, fuera de sí.

Estaba tan destrozada como el día en el que recibió la noticia de la muerte de su hijo.

Las lágrimas estallaron en sus ojos, empapando con rapidez su rostro. Parecía tan frágil y tan rota que el suboficial no pudo evitar sentir lástima por ella. Se dio cuenta de que ambos conyugues estaban retándose en silencio, e Iker desvió la mirada hacia otro lado para no presenciar aquel pulso.

—Paula Legarreta —murmuró Gorka un par de segundos más tarde, rindiéndose a la presión—. Pero me gustaría confidencialidad al respecto… Su familia no sabe nada de…, no sabe nada —concluyó, evitando un "lo nuestro" o "nuestra relación".

—Eres un hijo de puta —escupió Miren—. De verdad, lo eres.

El dolor había dejado paso a la rabia, al resentimiento. Era una mujer herida y traicionada o, mejor dicho, mutilada. Iker sintió el peso de aquellos sentimientos sobre él, como si fueran suyos.

—Necesito haceros un par de preguntas más —explicó con un tono más amable mientras anotaba el nombre de la mujer en su libreta—. Encontramos una amenaza junto a Aitor. El mismo tipo de amenazas que estuviste recibiendo en la editorial, Miren…

La mujer apretó los puños y contuvo la respiración. Era evidente que sabía muy bien de lo que le estaba hablando y que no necesitaba más información.

—Llevaban tiempo amenazándonos, sí. Nos pedían dinero.

—¿Por qué? —instó Iker.

El silencio reinó en la estancia. Ninguno de los dos parecía dispuesto a hablar más, a decir más. Iker tuvo bastante claro que no conseguiría sonsacarles más información de la que ya habían proporcionado.

—No lo sabemos. Nunca llegamos a saber qué era lo que querían —respondió Gorka con serenidad.

—¿Tú también recibiste amenazas?

—Las recibíamos los dos.

—¿No sabéis de qué podían ser esos vídeos que nombraban?

Gorka negó, moviendo la cabeza de lado a lado con rotundidad y Miren suspiró con una sonrisa irónica en la cara.

—Me voy a descansar —soltó, antes de desaparecer escaleras arriba.

Iker supo de inmediato que, evidentemente, ellos sí sabían de dónde venían esas amenazas, aunque ninguno de los dos parecía dispuesto a hablar sobre ellas. Escrutó a Gorka Zabala por última vez mientras en su cabeza burbujeaban más interrogantes.

—¿Algo más? —inquirió él de malas formas, deseando deshacerse de la presencia del policía.

En aquel instante, Iker se dio cuenta de que el aspecto de aquel tipo no tenía nada que ver con el que su mujer proyectaba. Iba vestido con camisa y pantalones chinos, zapatos de vestir y un reloj en la muñeca. El reloj implicaba que cuidaba los detalles, su aspecto. Miren, en cambio, parecía un despojo humano, un fantasma. Había visto el dolor humano manifestarse en muchas variantes y, quizás por esa misma razón, era consciente de que en Gorka Zabala no se atisbaba por ninguna parte.

—¿Quién es Zezengorri? —preguntó con la mirada fija en Gorka para escrutar su reacción.

—¿Perdona? —inquirió, con calma.

—Zezengorri. ¿Quién es Zezengorri?

Su gesto no se perturbó ni siquiera durante un instante.

—No sé de qué me hablas. ¿Se supone que es un nombre?

Iker, consciente de que ya tenía todo lo que había ido a buscar, se levantó de la butaca.

—Gracias por la colaboración —dijo, anunciando que se marchaba.

Ni siquiera esperó a que Gorka le acompañase a la puerta. Apretó los puños y caminó con paso firme hasta salir al exterior, pero no consiguió destensarse hasta que por fin dejó atrás los terrenos del caserón.

Entonces cogió aire, cargando sus pulmones al máximo mientras los nervios se paseaban por sus extremidades.

—Joder —escupió, desahogándose.

No quiso perder más tiempo y, de camino al coche, sacó el teléfono móvil para llamar a Etxaniz. Seguía lloviendo, pero agradeció la gélida sensación de humedad que el viento y el agua salpicaba en su rostro.

—Etxaniz —respondió su compañero al descolgar el teléfono.

—Es él. Zezengorri. Es él —soltó, intentando controlar sus emociones —. Es él, Gonzalo. No tengo ninguna duda.

—¿De qué?

—Cuando le he preguntado por Zezengorri ha fingido no saber de qué le estaba hablando. Y evidentemente, no podía sonarle a chino si la mitad de las amenazas que recibían estaban firmadas con ese nombre.

—Joder, Ibarguren… ¡Te he dicho que dejases en paz a Gorka Zabala!

—¡Te estoy diciendo que es él, Gonzalo!

Etxaniz guardó silencio al otro lado de la línea.

—¿Me estás diciendo que Gorka Zabala amenazaba a su mujer pidiéndole dinero?

Iker titubeó. No lo había planteado desde aquella perspectiva y, desde luego, visto así no tenía el más mínimo sentido. Aún así, no tenía ninguna duda de que Gorka y Zezengorri estaban ligados de alguna forma.

—Estamos investigando a la pareja que encontró el cadáver de Aitor Zabala —explicó Etxaniz al otro lado de la línea—. Y también al profesor de la ikastola que los llevó a la playa. Vamos a intentar centrarnos en otras vías posibles… Amaia también está tirando de archivo, a ver si encontramos algún otro caso similar que en los últimos diez años haya quedado sin resolver.

Dejó de escucharle, porque nada de lo que Etxaniz estaba diciendo tenía el más mínimo sentido. Aquel crimen no lo había cometido un asesino en serie, así que dudaba que fueran a encontrar nada significativo en los archivos. Ponía la mano en el fuego porque tampoco había sido el profesor de Educación Física, y le resultaba ridículamente absurdo que investigasen a una pareja que había salido a pasear al perro por las inmediaciones de su casa y que no tenía nada que ver con aquella familia. Estaban perdiendo el tiempo y se habían conformado con una coartada muy poco sólida.

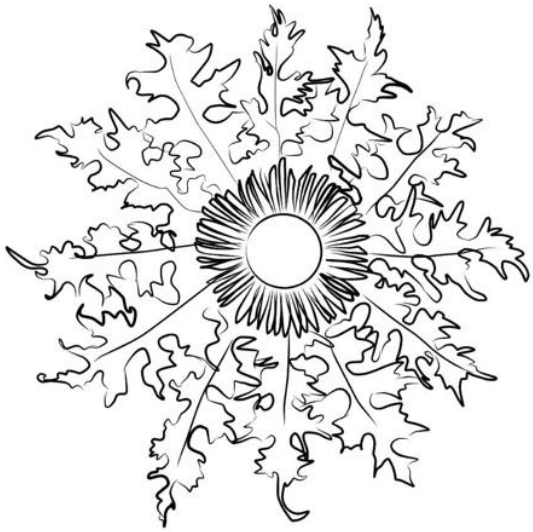
—Se ha identificado a la acompañante de Gorka Zabala como Paula Legarreta —anunció Iker después de un largo silencio—. Si corrobora la coartada del padre, entonces me olvidaré de él.

—Esto ya te pasó una vez. No te obsesiones con él, colega… No vas por buen camino.

Iker resopló. Sabía que su compañero se lo decía con buena voluntad, pero se equivocaba. Las circunstancias no eran las mismas.

—Si ella corrobora la coartada, me olvido —prometió.

Aunque en el fondo sabía que Maitane tenía la razón y no pensaba dejar de lado lo que su instinto le gritaba a voces.



# 16

Iker caminó abstraído por la avenida Basagoiti. Aquella ruta peatonal que dejaba entrever el mar entre sus edificios consistoriales y sus casitas pesqueras debía su nombre a Antonio Basagoiti, un joven marino que se lanzó a la mar y que regresó a Getxo con un imperio empresarial a su espalda.

Junto con el paseo de La Galea, aquella era otra de sus rutas favoritas del municipio, aunque aquel día no la recorría por placer. Se detuvo frente al mirador de María Cristina, junto al ascensor, y divisó a Amaia en un banco cercano, contemplando el mar con la mirada fija en el horizonte.

—Iker —saludó ella, levantando la mano por si no la había visto.

Él, distraído, se sentó a su lado.

—¿Y qué se supone que hacemos ahora? —preguntó Amaia sin ocultar su confusión—. ¿Tocar el timbre y hablar con los padres?

Él se encogió de hombros antes de revisar su reloj. Eran las cuatro menos diez de la tarde, lo que significaba que, en cualquier instante, Paula Legarreta regresaría a casa.

—Joder, Iker. Solamente tiene dieciocho años. La misma edad que sus hijos…

—Lo sé.

—Hijo de puta —murmuró Amaia en voz baja.

—No podemos hacer nada, Amaia. Es mayor de edad —resopló Iker, apretando los puños.

Habían identificado a Paula Legarreta, otra joven estudiante de dieciocho años que pertenecía a la misma clase que Aitor Zabala. Al ertzaina le estaba costando digerir aquella información, porque a pesar de la clara diferencia de edad y de las circunstancias, no podían hacer nada por intervenir. Aquel dato, simplemente, había servido para calentar a Etxaniz y que, al menos por un instante, también colocase a Gorka Zabala en su punto de mira.

—Joder —murmuró la joven, escondiendo el rostro tras sus manos—. ¿Y no hay nada que hacer? Acaba de cumplir los dieciocho, Iker. Hace tres meses…

—No sabemos cuánto tiempo llevan manteniendo esa relación en secreto, pero la edad de consentimiento sexual se sitúa en los dieciséis, Amaia. No vamos a poder hacer mucho en ese aspecto.

—Hijo de puta —repitió la joven policía, enervándose—. Tiene la edad de su hija…

—Lo sé —repitió Iker con pesar.

No quería pensarlo porque, al hacerlo, su corazonada contra Gorka se intensificaba más. Cada segundo que pasaba, más ganas le tenía y, de una forma u otra, Iker estaba convencido de que conseguiría que aquel desgraciado terminase entre rejas.

—¿Y los padres? ¿Vamos a evitar contárselo a los padres?

—Nosotros no somos quién para contárselo, Amaia. Paula es mayor de edad… Hay poco que podamos hacer al respecto.

Iker la miró de reojo y se fijó en que tenía las mejillas encendidas. Apretaba los puños con fuerza, con rabia. Un instante más tarde, divisó a

Paula a lo lejos, acercándose hacia la zona ajardinada a la que daba acceso el portal de la vivienda de sus padres.

—¿Paula? ¿Paula Legarreta? —gritó Iker, levantándose del asiento.

La había reconocido por los vídeos de las cámaras de seguridad, aunque en persona resultaba mucho más extravagante. Era una chica atractiva, joven; como esas que aparecen en las películas o en las pasarelas de moda. Tenía las piernas largas, infinitas, y un rostro armónico con facciones que dulcificaban su mirada. Los ojos azules, tan intensos como el mar, y un cabello rubio que caía sobre sus hombros con pequeños tirabuzones.

—Amaia Mintegui e Iker Ibarguren —señaló el policía—. Somos de la ertzaina de Getxo y estamos investigando el asesinato de tu compañero, Aitor Zabala.

El rostro de la joven palideció. Sin duda, aquella visita le había pillado por sorpresa. Se frotó los ojos, nerviosa, y cuando lo hizo, Iker se percató de que un pequeño lunar con la forma perfecta de un corazón le tatuaba el brazo derecho.

—¿De la ertzaina?

—¿Estarías dispuesta a declarar que Gorka Zabala pasó la noche del domingo al lunes en San Sebastián? ¿Contigo?

Abrió la boca, dispuesta a responder, pero solamente consiguió tartamudear algo sin sentido que ninguno de los dos investigadores consiguió descifrar.

—¿Estuvo Gorka Zabala contigo la noche del asesinato?

—¿Os… os ha dicho él eso? —preguntó, sin ocultar su desconcierto.

Iker se quedó mirándola con fijación y solamente encontró una chica perdida y asustada. Una niña que tenía mucho miedo.

—Se te ha identificado a través de las cámaras de seguridad de diferentes establecimientos —explicó Amaia con rapidez, cogiendo las riendas como rara vez hacía—. Y Gorka Zabala ha declarado que se encontraba contigo la noche del asesinato.

—¿Gorka ha declarado eso? Me dijo que no me nombraría. Si mis…

—¿Paula? ¿Qué pasa?

La madre de la cría se había asomado a la ventana que estaba sobre sus cabezas. Iker no pasó por alto que la muchacha palideció al instante.

—No pasa nada, ama. ¡Ahora subo! —gritó en voz alta y con el rostro descompuesto antes de girarse hacia los inspectores—. Sí. Estuvo conmigo.

—¿Toda la noche? ¿No se marchó en ningún momento?

La puerta del portal se abrió de forma abrupta y la madre de la joven apareció al otro lado.

—¿Qué está pasando, *laztana*? ¿Qué ocurre?

Era una mujer alta, con un aspecto bastante similar al de su hija. También tenía el cabello largo y rubio. A diferencia de la joven, ella tenía unos cuantos kilos de más que contribuían a que su rostro apenas tuviera arrugas de ningún tipo.

—*Ama, mesedez*, entra en casa… No pasa nada.

Amaia e Iker se lanzaron una mirada cómplice. Ellos no eran nadie para dar explicaciones a los Legarreta, pero Iker intuía que después de aquello madre e hija mantendrían una charla bastante intensa.

—En caso de que fuera necesario, ¿estarías dispuesta a declarar ante un tribunal que pasaste la noche entera con él?

—¿La noche? ¿Con quién? ¿De qué están hablando, Paula? ¿Qué pasa? —preguntó la mujer, histérica—. ¿Quién es él? ¿Con quién?

Paula estaba blanca, muy blanca. Tenía tan mal aspecto que Iker temió que, en cualquier instante, fuera a desmayarse delante de ellos.

—¿Sería necesario? —preguntó casi sin voz.

—Es muy probable que sí —respondió Amaia.

La probabilidad, en realidad, era casi nula. Pero con esa frase presionaban a la joven para que hablase de la situación con sus padres. Tanto Iker como Amaia esperaban que alguien coherente pudiera proteger a la muchacha de las garras de Gorka Zabala.

Había poco más que decir. Se alejaron de ella, escuchando la acalorada discusión en la que se habían inmerso de fondo.

—¿Crees que le contará la verdad?

Iker no tenía dudas.

—Está lo suficientemente asustada como para hacerlo, aunque nunca se sabe.

Amaia e Iker hicieron el camino de vuelta hacia la plaza de Satistegi, donde se encontraba la zona de bares. El suboficial había aparcado el vehículo cerca de la plaza de San Nicolás, así que tenía intenciones de regresar hasta su casa caminando por la avenida.

—¿Crees que fue el padre?

—No tengo pruebas de ello —respondió Iker—. Pero sí, mi instinto me dice que no es trigo limpio, que no es de fiar.

Amaia suspiró.

—Etxaniz cree que deberíamos investigar a los chavales. Lea, Ohian… Le dan mala espina. Las amenazas habían rebotado en el servidor del colegio, así que es evidente que buena parte de ellas las mandaron desde allí…

—Puede ser. No hay que descartar nada.

—Pero no crees que sea un buen hilo del que tirar… —instó.

—No lo sé, Amaia. Puede que sí lo sea.

Quedaban demasiadas interrogantes en el aire, así que de nada servía sacar conclusiones precipitadas. Aspiró aire, inflando los pulmones.

—La madre tiene que estar destrozada —apuntó Amaia.

—Lo está.

La imagen de Miren Urrutia con los brazos cubiertos de vendas acudió a su mente. Estaba claro que Miren sí había sido conocedora de la aventura que su marido mantenía, aunque no tenía claro si era consciente de que su amante era, en realidad, una de las compañeras de clase de Aitor. Fuera como fuese, cuanta más información descubría sobre la familia, más comprendía el origen de aquella depresión que Miren llevaba arrastrando meses.

—Necesito ir a casa y descansar. Ordenar la mente —murmuró—. No consigo desprenderme de la sensación de que tenemos algo delante de nuestras narices que estamos pasando por alto.

Estaba alejándose callejuela hacia debajo cuando se dio la vuelta.

—¡Amaia! —gritó—. ¿Has encontrado algún expediente antiguo con algún caso similar?

La joven negó con rotundidad.

—Nada.

“Tal y como me esperaba”, pensó.

Iker volvió a girarse para continuar con su camino. Poco a poco, el sonido de una canción sesentera fue inundando sus oídos. Un grupo local, al que Iker ya conocía de veces anteriores, cantaba y actuaba en vivo en la plaza Tellagorri. Se detuvo frente a ellos y se permitió disfrutar de aquel espectáculo callejero durante unos instantes. “The vinilos” era un dueto familiar que cantaba en clave de humor y que solía atraer a bastante público

de Algorta y sus alrededores a sus actuaciones. Sonaban bien. Cantaban bien.

Revisó el reloj de su muñeca, consciente de que sólo eran las siete de la tarde y que, si se daba un poco deprisa, aquel día podría aprovechar un par de horas junto a sus niñas antes de que llegara la hora de que se fueran a dormir. Apenado, dejó el espectáculo tras él y apretó el paso en dirección a su hogar.

Aún estaba caminando callejuela hacia abajo cuando los gritos de júbilo de las niñas y Maitane alcanzaron sus oídos. Estaban en la calle, disfrutando de un pequeño claro de sol con el que el cielo plomizo de Getxo parecía obsequiar a los habitantes.

Las pequeñas se abalanzaron sobre su padre y Maitane se quedó sentada en las escalerillas del antiguo frontón del Puerto Viejo contemplando la escena con una sonrisa tierna en los labios.

Iker se sentó en el suelo de piedra y cogió una de las tizas. Las niñas habían dibujado un caballo volador —que bien podía ser un mapache con alas o un unicornio mutante— con una princesa que portaba una barita mágica y que, dado el tamaño de su nariz, bien podía tratarse de una bruja maligna.

Dedicaron las próximas horas a garabatear las piedras del suelo hasta que la luz ambiente los obligó a entrar en casa. Iker comprendió que aquellas horas de descanso le estaban viniendo de maravilla para desconectar del caso de Aitor Zabala. Además, aquellos días había extrañado a las niñas y a Maitane, así que agradeció poder tomarse un día de descanso.

Decidieron hacer una pizza casera de queso y beicon que más tarde comieron todos juntos sentados en el suelo del salón. Al día siguiente las niñas tenían clase, Maitane entraba a trabajar en el turno de mañana e Iker tendría que seguir con la investigación. Pero a ninguno parecía importarle lo más mínimo que las agujas del reloj marcaran las diez y media de la noche o que sus horas de descanso fueran a verse reducidas. Aunque, en realidad, si Iker debía de ser sincero, a las niñas nunca les había preocupado lo más mínimo lo de que sus horas de su sueño se vieran radicalmente reducidas.

Los siguientes minutos anularon por completo la paz que reinaba en el salón de aquella casa. Las risas y las miradas achinadas se transformaron en

gritos y en pupilas dilatas por los efectos de la adrenalina. Iker escuchó el estruendo de los cristales que saltaban por los aires sin entender lo que había sucedido. Necesitó un par de segundos para comprender que alguien desde el exterior los había atacado. Miró a través de la cristalera rota y divisó al agresor, que continuaba al otro lado; iba vestido de negro, con una capucha que enmascaraba su rostro, y se mantenía escondido bajo las sombras de la noche. Desvió su mirada hacia las niñas y Maitane y, tras verificar que todas parecían estar sanas y salvas, salió de casa con lo puesto en un intento absurdo de atrapar al individuo que había destrozado la paz de su hogar.

Ni siquiera perdió el tiempo en coger una chaqueta o en calzarse. Descalzo y con la adrenalina a flor de piel, salió escopetado callejuela hacia arriba, en dirección a la plaza de San Nicolás. Sintió un par de cortes en la planta de sus pies, pero no dejó de correr un solo instante. El tipo, al que Iker no había perdido de vista en ningún instante, le sacaba un par de metros de distancia. Era más rápido que él, mucho más. Siguió corriendo por la avenida peatonal en dirección al centro de Algorta. Dobló dos calles hacia abajo, y antes de que Iker pudiera volver a situarlo, se había esfumado. Había desaparecido de su campo de visión. Su instinto le decía que había descendido hasta la plaza de Telletxe, al centro de Algorta; pero tampoco estaba seguro de ello y buscar a alguien sin pistas y sin rumbo era una locura.

Decidió regresar a casa con su familia. Se imaginó que las niñas estarían muertas de miedo, al igual que Maitane. Retrocedió sobre sus pasos por la avenida repleta de gente que tomaba algo en los bares aprovechando que la lluvia había concedido una pequeña tregua. Los nervios y las prisas por regresar junto a sus chicas hicieron que casi pasara por alto la pequeña libreta que alguien había perdido y que yacía en el suelo, justo al borde de un alcantarillado. Iker se agachó sobre ella y la abrió. Estaba vacía, aunque era evidentemente que le faltaban un par de páginas. Tenía la intuición de que su atacante la había perdido en plena huida, aunque tampoco podía estar seguro de ello. La abrió por la mitad y la sujetó por una página suelta, por si pudiera haber algún tipo de huella dactilar en la superficie. Abrió la puerta de su casa y descubrió que estaba vacía, sin rastro de su mujer ni de las niñas. Sin perder el tiempo, sacó una bolsita de pruebas para introducir la libreta y encendió las luces del salón para corroborar el estropicio

ocasionado. Había cristales por todas partes y no tardó en divisar el arma que habían empleado para sembrar el caos. Se agachó y, de entre los cristales, cogió una piedra que habían envuelto con una hoja y un mensaje: Zezengorri. No tardó en darse cuenta de que, además, el papel estaba manchado de sangre y lo más probable era que no fuera parte del mensaje, si no de Maitane o de las niñas.

Rebuscó entre los cojines del sofá, que también estaban cubiertos por pequeños y finos cristalitos, hasta que encontró el maldito teléfono móvil que no recordaba haber dejado ahí.

Marcó el número de Maitane cifra a cifra, porque le pareció mucho más rápido que buscarlo en la agenda, y esperó con impaciencia mientras los tonos se reproducían.

—Dime, Iker —gruñó al otro lado, dejando claro que no estaba de humor.

—¿Dónde estáis?

—En el hospital —murmuró en voz baja, casi entre susurros—. La piedra que nos han lanzado le ha dado a Nikole en la ceja. Le están poniendo un par de puntos.

—Voy para allá —respondió con el corazón a cien por hora mientras sentía cómo la rabia recorría su organismo haciendo temblar sus extremidades.

—No vengas. Ya están terminando…

Iker resopló, sintiéndose culpable. Sabía que no podía hacerse responsable de los actos de los demás, pero también sabía que si Nikole había salido herida de aquello, era por su culpa, por su trabajo y por su implicación en los casos.

Cogió la nota y la metió en el mismo sobre que la libreta antes de salir a la calle en busca de la que dejaron colocada en el limpiaparabrisas de su coche. Necesitaba saber si todos aquellos mensajes provenían de la misma persona. Después recogió el caos y taponó el orificio que habían dejado en su ventana con un cartón antes de dar parte al seguro para que enviasen a alguien con rapidez a repararlo. Se sentó en el sofá con la cabeza a mil por hora, burbujeando sin parar, antes de decidir que, a pesar de las horas tardías, lo mejor era acelerar el proceso lo máximo posible. Cada minuto contaba.

Marcó el número de Imanol y esperó a que respondiera.

—¿Ibarguren? ¿Sabes qué hora es?

Iker ni siquiera se había molestado en mirar el reloj, pero intuía que debía de ser bastante tarde.

—Necesito pedirte un favor —atajó con rapidez, sin andarse con rodeos —. A primera hora de la mañana te voy a acercar al laboratorio una bolsa con un cuaderno y dos notas que me han dejado. Necesito que las revises y que me digas todo lo que puedas sobre ellas.

—¿Cómo?

—Alguien me está acosando. Han lanzado una piedra a mi casa y le han dado a una de mis hijas. La tengo en el hospital…

—Joder, Ibarguren. ¿Qué cojo…?

—Necesito que le des prioridad, Imanol —suplicó—. Si no fuera importante, no te lo pediría.

El hombre resopló al otro lado de la línea. Iker era consciente de que estaban hasta arriba y de lo complicado que resultaba aquello que le estaba pidiendo, pero también sabía que le haría el favor. Imanol y él se conocían desde hacía años y la confianza que habían ido entablando con el paso del tiempo hacía que, en caso de necesidad, ambos supieran que podían contar siempre el uno con el otro.

—¿Qué necesitas exactamente?

—Primero, saber si ambas notas han salido de esa libreta. Necesito saber cuántas personas están detrás de esto. ¿Podrías decirme si ambas caligrafías pertenecen a la misma persona? —preguntó, porque una nota estaba escrita en mayúscula y otra, en minúscula. Resultaba difícil de identificar si se trataba de la misma letra—. Y después… No sé. Revísalo. Cualquier cosa que puedas decirme me será utilidad, si hay huellas o lo que sea.

—Vale, eso está hecho.

—¿Para cuándo?

Imanol se río al otro lado del altavoz e Iker se sintió absurdo al presionar más de la cuenta. Bastante estaba haciendo su colega como para exigirle más.

—Lo antes posible, Ibarguren. Pero si esperas que rinda mañana, ahora déjame dormir —dijo, antes de cortar la llamada sin siquiera despedirse.

Se hizo el silencio a su alrededor. Estaba agotado y se le caían los párpados, pero decidió que esperaría despierto a Maitane y a las niñas. Se quedó sentado en el sofá mientras escuchaba el segundero del reloj de la

cocina, que daba vueltas y más vueltas… Y de pronto, sin siquiera ser consciente de ello, se dio cuenta de que tenía los pies enterrados en el fango y de que su hogar había desaparecido. Estaba en un bosque, quizás en alguna montaña, rodeado de maleza y de vegetación. Era de noche y hacía frío. Iker se dio cuenta de que apenas llevaba ropa encima, solamente unos vaqueros y una camiseta de manga corta. No tenía zapatos, ni calcetines, ni un abrigo que tirarse sobre los hombros. Sintió el frío que ascendía desde las magulladas plantas de sus pies y le recorría la columna vertical provocándole un intenso escalofrío.

Le costaba caminar por aquel terreno. El suelo estaba húmedo y la tierra embarrada, así que cada vez que pisaba su pie se hundía hasta la altura de su tobillo. Levantó la mirada hacia el cielo en busca de la luna o de cualquier otro elemento que pudiera ayudarlo a orientarse en la oscuridad, pero no lo encontró. Caminó un par de metros y entonces escuchó las voces. Eran graves y cada vez se oían más fuertes, más intensas: "Zezeeeengorri, zezeeeeengorri…". El escalofrío que se había instalado en su cuerpo le hizo tiritar de pies a cabeza. Iker siempre se había guiado por las sensaciones y por sus corazonadas, y en ese instante tenía el presentimiento de que algo iba mal. Muy mal.

"Zezeeengorri, Zezeeengorri…"

Se dejó guiar por el sonido de aquella voz hasta que, por fin, la vio. Era Paula Legarreta, desnuda y atada en el tronco de un solitario árbol que se hallaba en mitad de un pequeño claro del bosque. Tenía los ojos abiertos y no dejaba de murmurar aquello. No dejaba de reclamar a Zezengorri.

Iker, titubeante, caminó un pasó en su dirección.

—¡Paula! ¡Paula!

Y entonces sintió el calor y las llamas, el fuego. Tras la joven, un enorme toro de color rojo parecía incendiar la vegetación allí donde iba pisando o quizás era el propio toro el que estaba ardiendo en llamas. Las llamas comenzaron a engullirlo todo con rapidez, y la voz de Paula comenzó a distorsionarse a causa del dolor. Su cuerpo quedó enterrado bajo el fuego e Iker se apresuró a acercarse a ella en un intento de liberarla, pero no podía. Unas enredaderas que salían de la tierra se habían enroscado en sus tobillos, reteniéndolo. Daba la sensación de que el bosque tenía propia voluntad, o quizás la naturaleza solamente cumplía las órdenes de aquel ser irreal y tétrico. Iker se esforzó por zafarse mientras los gritos de dolor de

Paula arrasaban su alrededor. Levantó la cabeza, desesperado, y contempló cómo su piel blanquecina comenzaba a calcinarse. Su rostro se distorsionó y los gritos resultaron tan agónicos, que Iker también terminó sumándose a ellos en un intento de aplacar aquella tortura que le estaban obligando a presenciar. Cerró los ojos con fuerza e…

—¡Iker! ¡IKER!

Cuando los abrió, Maitane estaba frente a él. Necesitó un breve margen de tiempo para volver a la realidad y comprender que, en contra de sus deseos, había terminado quedándose dormido.

—¿Y Nikole?

Maitane suspiró.

—Están en la cama, dormidas. Nikole está bien —señaló con calma—, sólo han sido un par de puntos.

—Lo siento… —murmuró, cargado de culpa—. De verdad que lo siento.

Maitane le miró fijamente, valorando la calidad de la disculpa. Al final, resopló, rindiéndose.

—Sabe dónde vives, Iker… Tienes que dejar el caso. Retírate.

—El responsable de esto no es el asesino… —aseguró con total convicción—. Puedes estar tranquila.

—¿Y quién está haciendo esto? —preguntó, nerviosa.

Ver lo asustada que se encontraba le destrozó el alma, porque podía comprender su angustia. Ya no eran ellos los que estaban en peligro, ahora tenían una familia que proteger. E Iker lo tenía muy claro: lo primero siempre serían sus niñas.

—Es alguien que quiere ver al asesino entre rejas. Estoy seguro de ello…

Maitane se apoyó contra el hombro de su marido, cansada. De reojo, le echó un vistazo fugaz a su reloj de muñeca y descubrió que, aquella noche, solamente dormiría un par de horas. Y eso con suerte.

—¿Y por qué no te dice quién es y ya está? ¿Por qué está armando esto?

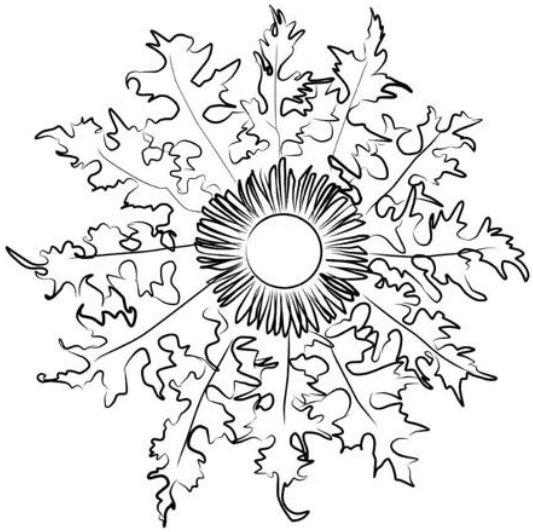
—Quiere que yo le encuentre. Que dé con él… Quiere que pague, pero tiene miedo. No quiere ser el “chivato”. O puede que le tema, o que le deba lealtad… No lo sé…

Iker se dio cuenta de que estaba cavilando en voz alta.

—Vámonos a la cama… Creo que los dos necesitamos descansar —señaló Maitane con voz dulce.

Él asintió.

Sí, sin duda, ambos necesitaban descansar.



# 17

No eran aún las seis de la mañana cuando el despertador de Maitane sonó. Pocos segundos más tarde, como si ambos aparatos se hubieran sincronizado, la primera llamada de aquel nuevo día entró en el teléfono móvil de Iker. Se trataba de Etxaniz.

El ertzaina, aún adormecido, respondió en silencio mientras salía con sigilo de la habitación. A lo largo de aquella breve noche, las niñas habían terminado pasándose a la cama junto a sus padres y no quería despertarlas antes de tiempo.

—¿Qué pasa, Etxaniz?

—Te llamé anoche, pero no contestaste —explicó con rapidez—. Me voy a acercar a la ikastola de Aitor Zabala antes de que comiencen a llegar

los alumnos y los docentes.

—¿Y eso? —inquirió, frotándose los ojos mientras se esforzaba por poner en marcha los engranajes de su cerebro.

—Ayer una madre llamó a comisaría, preocupada. Al parecer, algunos alumnos del centro han comenzado a soltar rumores sobre un asesino que vive en la montaña, en los alrededores. La madre decía que su hija pequeña aseguraba haberle visto.

Iker se mojó la cara en el lavabo mientras recordaba lo que Nahia, la madre de la compañera de inglés de su hija, le había contado a modo de cotilleo a Maitane. Dudaba que aquellos rumores tuvieran ninguna base con fundamento, pero aún así decidió acompañar a Etxaniz a inspeccionar los alrededores.

—¿Vienes?

—Dame media hora. Tengo que esperar a que llegue la vecina y acercarme un segundo a comisaría.

—¿Te da tiempo en media hora? —preguntó, escéptico, Etxaniz.

—Cuarenta minutos —dijo, antes de cortar la comunicación.

Se vistió con rapidez y bajó a tomarse un café mientras su mujer terminaba de prepararse para salir al hospital.

—*Egun on* —murmuró una adormecida Maitane.

Iker se acercó hasta ella y, sin decir nada, la envolvió entre sus brazos y la estrechó con fuerza contra él. Aspiró el aroma de su cabello y sintió su cuerpo menudo y débil.

—¿Estás bien?

—Agotada —confesó con unas ojeras que delataban su falta de sueño—. Pero estoy bien. ¿Te marchas tan pronto?

—Puedo esperar un poco, no me importa —respondió Iker con comprensión.

Solía ser ella la que pedía favores a sus compañeros de trabajo cuando, a última hora, precisaba de alguien que cubriese todas esas veces en las que las responsabilidades maternas le hacían llegar tarde. Iker era consciente de que Maitane sufría más que él la crianza de las pequeñas y que, a la hora de la verdad, ella se sacrificaba mucho más que él. Empezando por la lactancia, las horas en vela, la reducción de jornada… Si aquella familia seguía en pie, era gracias a Maitane. Habían sido varias las ocasiones en las que Iker le había planteado que se tomase unos años de excedencia, pero

Maitane se negaba a dejar el hospital porque adoraba su trabajo y la labor que ejercía como enfermera.

Sin duda, su mujer era una superheroína.

—Prefiero que te marches —le dijo ella—. Vete, atrapa a ese psicótico que nos lanza piedras entre la oscuridad y después vuelve a casa.

Iker estuvo a punto de responderle que el psicótico que merecía estar entre rejas no era el mismo que lanzaba piedras o dejaba notitas en el limpiaparabrisas, pero evitó el comentario y en lugar de ello, la besó en los labios.

—*Maite zaitut* —susurró.

—*Nik be zuri* —respondió él.

*«Te quiero», en euskera.

*«Yo también a ti», en euskera.

Diez minutos después, estaba en el coche.

Se encaminó por la arteria principal de Leioa, La Avanzada, en dirección al complejo que coloquialmente algunos compañeros denominaban como "El Pentágono". Ese peculiar apodo se debía a que el lugar lo conformaban cinco edificios donde trabajaban los servicios centrales de la Ertzaintza. El imponente torreón que correspondía a la policía científica estaba cubierto por una increíble cristalera que impactaba ver desde el exterior, pero a Iker lo que realmente le impresionaba era el sinfín de laboratorios que componían su interior. Recorrió las puertas de cada uno de ellos, dejando atrás el de grafística, química, genética, informática, inspecciones oculares, hasta llegar al de balística. Allí encontró a Imanol, que había acudido a su puesto de trabajo antes de lo que le correspondía para adelantar algo de todo el cúmulo de pruebas que tenía pendiente de análisis.

—*Egun on* —saludó Iker al irrumpir en la sala.

—*Egun on,* por decir algo… —gruñó el hombre, que como solía ser habitual, estaba hasta arriba de trabajo—. ¿Qué me traes?

—Como te expliqué anoche… —murmuró el suboficial, sacando la bolsa de pruebas para mostrársela—, te traigo dos hojas con texto manuscrito y una libreta de las mismas características que esas hojas. Necesito que saques de ella todo lo que puedas…

Imanol observó los elementos, que aún estaban en el interior de sus respectivas bolsas.

—Voy a tratar las hojas manuscritas con la primera de la libreta con el ESDA, ¿te parece?

Iker tuvo la sensación de que le hablaba en otro idioma.

—¿ESDA? ¿Qué diablos es eso?

—Joder, Ibarguren, que estamos en el 2023… —se río Imanol—. Ya ni se usa la luz rasante ni el método del grafito, ese que aún se ve en las películas… Ya sabes, en el que frotan el documento con un lápiz —explicó con cierto tono de diversión—. Una salvajada que solamente sirve para estropear pruebas y destruir las huellas dactilares, aunque… Dudo mucho que en esta libreta vayamos a encontrar algo más allá de vuestras huellas.

—¿Y el ESDA? —quiso saber Iker.

Había conseguido despertar su curiosidad.

—Es un procedimiento de última generación en el que utilizando un cable electrodo de alta tensión, se crea un electrostático que mediante la aplicación de rover permite visualizar lo que se ha escrito en las hojas anteriores, si es que la presión que ejercieron al escribir fue suficiente, claro…

El suboficial, una vez más, sintió que le hablaban en un idioma que desconocía.

—Bueno, vale… Haz lo que consideres, pero dime algo cuanto antes, por favor.

—Bien. Se lo pasaré también a los de Grafística a ver qué pueden aportar sobre la escritura y a los de Inspecciones Oculares, a ver si tenemos suerte con las huellas…

—Necesito respuestas con urgencia, Imanol.

El hombre puso los ojos en blanco, exasperado por la presión.

—Le daré prioridad a esto y, en cuanto tenga algo, te aviso.

Iker le agradeció la ayuda y salió disparado en dirección a la ikastola.

Llegó un poco más tarde de lo que había predicho y agradeció el café con el que Etxaniz lo recibió. Aquella última temporada Iker tenía la sensación de que su compañero y él no iban en sintonía, y que esa discrepancia de opiniones estaba distanciándolos en el tiempo.

—¿Esperamos a Amaia? —preguntó Iker, apurando el contenido del vaso de café antes de depositarlo en una papelera cercana.

—No. No viene… Va a quedarse repasando archivos, a ver si encuentra algo similar a esto.

Iker exasperado, carraspeó.

—Gonzalo, no va a encontrar nada. Y tú y yo lo sabemos bien… Esto no es cosa de un asesino en serie —señaló, empleando un tono de voz conciliador que Etxaniz no pudiera percibir como un reproche—. No hay un ritual ni más víctimas. No existen pruebas que nos indiquen que debamos tirar por allí…

Comenzaron a caminar cuesta arriba.

La ikastola estaba completamente enterrada en el silencio, en la más profunda y absoluta calma.

—Puede que me equivoque, sí. Pero, ¿qué esperas, Ibarguren? ¿Qué nos quedemos sentados esperando a que el asesino confiese? —escupió, resoplando por el esfuerzo que le suponía aquella empinada cuesta—. Tú estás empeñado en seguirle la pista a Gorka Zabala cuando tenemos cámaras, peajes y una testigo que confirman su coartada. Estás en un puto callejón sin salida y sigues dando vueltas sobre tu propio eje. No vas a encontrar nada de utilidad allí.

—Tampoco encontrarás nada de utilidad en los archivos, Gonzalo —sentenció con dureza—. Puede que esté equivocado con Gorka, vale. ¿Entonces, qué? ¿Qué tenemos?

Gonzalo se detuvo, apoyándose sobre el muro del jardín que había frente al edificio de secundaria. Cogió aire, recuperando el aliento, y se dirigió a Iker con calma.

—Tenemos a un grupo de chavales sin coartada que dedicaban su tiempo libre a instigar a la víctima y un puñado de amenazas que salían desde este lugar —dijo, alzando los brazos en alto para referirse a la ikastola—. Los tres cuentan lo mismo, que pasaron el domingo juntos en casa de Lea y que ninguno salió a la calle. Los padres de la cría no pueden confirmar la coartada porque estaban fuera… Es un buen hilo que seguir, ¿no? Por ejemplo.

—No lo han hecho los críos —negó Iker con total convicción.

—¿Y cómo puedes estar tan seguro de ello?

—Joder, Gonzalo. Imagínate la escena: diecisiete años, discutes con tus amigos y en un calentón, te cargas a uno de ellos… ¿Cómo? Un golpe, un puñetazo, una pelea… Pero no, esto es algo premeditado. Secuestraron a unos mellizos, se los llevaron cautivos, los drogaron, esperaron a que la

droga hiciera su efecto y después los trasladaron hasta la cala para ahogarlos. ¿Te cuadra que lo hicieran ellos? ¿En serio?

—Vale —aceptó Gonzalo, poniéndose de nuevo en marcha—. Pongamos que fue un asesino, una única persona… ¿Por qué dejó a Lamia? ¿Por qué no terminó lo que había empezado?

—Porque le pillaron in fraganti. No tuvo tiempo de terminar con lo que había empezado y la dejó allí, tirada y completamente desorientada —Iker se apretó la chaqueta para combatir el aire gélido que soplaba a aquellas tempranas horas de la mañana y prosiguió con la hipótesis—. Lo más probable es que ella misma se marchase por sus propios medios de la cala y que anduviese sin rumbo por el paseo hasta que las fuerzas le fallaron.

Etxaniz le miró, instándole con un gesto a que continuase suponiendo en voz alta.

—Ese tío, fuera quien fuese, conocía a la familia Zabala Urrutia. No fue un crimen sexual, porque ninguno de los chicos presentaba abusos. Y la familia llevaba semanas recibiendo amenazas de un tal Zezengorri. Tenemos que descartar que ambas cosas no estén ligadas y después…

—Las amenazas las mandaban los críos —sentenció Etxaniz—, de eso no tengo ninguna duda.

Iker carraspeó.

—¿Y por qué?

—No lo sé —dijo, encogiéndose de hombros mientras ascendían escalón a escalón las gradas para meterse en el bosque—. Pero está claro que la familia lo sabe.

—Pues presionémosles más.

—¡Joder, Ibarguren! —exclamó Etxaniz, pasando por encima de los zarzales—. La madre se ha intentado suicidar… ¿En serio te crees que Miren Urrutia será capaz de soportar más dolor? ¿Más presión?

Estaba a punto de responder cuando divisó algo entre los matorrales. Los chavales, que debían de pasar más tiempo merodeando por la montaña que en el patio del colegio, habían ido abriendo varios senderos de paso e Iker y Etxaniz se habían adentrado por uno cualquiera. Desconocían la zona, así que habían optado por inspeccionar sus alrededores sin seguir un camino en concreto. Iker se agachó entre los árboles y, con un gesto sigiloso, le indicó a Etxaniz que hiciera lo mismo.

—¿Lo ves?

—Lo veo —respondió con el ceño fruncido, intentando atisbar a alguien por la zona.

Frente a ellos, tenían una tienda de campaña naranja fosforita. Su propietario había atado un par de cuerdas de un árbol a otro para crear un tendedero improvisado y había colocado en ellas unas cuantas sábanas y un chubasquero. ¿Quién diablos se decidía a acampar en una zona tan mala como aquella? Sopesó la respuesta. Aquella montaña estaba situada entre dos municipios, pero alejada de la vida y del trajín. Lo único cercano, era el colegio.

—¡Eh! —gritó alguien a sus espaldas.

Etxaniz e Iker se dieron la vuelta de forma precipitada y se encontraron con un tipo de unos cincuenta años, pelo castaño, largo y ropas ajadas. Llevaba los pies descalzos, un palo sujeto a modo de bastón y, junto a él, un perro oscuro y corpulento cuyo aspecto conseguía erizar los nervios del suboficial. No tenía demasiado afecto hacia los canes. Iker calculó que, del patio del colegio a aquella tienda de campaña, a duras penas había veinte metros de subida montañosa.

—Somos de la Ertzaintza de Getxo —anunció Iker, sacando la placa con un gesto autómata.

—¿Y qué se supone qué estáis haciendo con mis cosas? —gruñó, de malas formas, el campista.

Iker le repasó con la mirada de forma disimulada y fugaz. Tenía el aspecto de alguien que hacía mucho que no pasaba por debajo del chorro de la ducha. Su cabello, enmarañado, le dotaba de un aspecto bastante similar al que hubiera tenido Tarzán en la vida real.

—Ni siquiera nos hemos acercado a sus cosas, así que relájese —señaló Etxaniz con cierto retintín.

—¿Podrías explicarnos qué hace acampando en las inmediaciones del colegio? Esto es una pro…

El tipo, que no parecía muy alegre con la visita de la policía, los pasó de largo para dirigirse hacia su tienda de campaña. Iker resopló, armándose de paciencia.

—¿Podría explicarnos qué diablos hace acampando en las inmediaciones del colegio? —instó Etxaniz de malas formas.

—No son las inmediaciones del colegio, son las de mi tío —sentenció él, sin siquiera mirarlos a la cara—. Me deja acampar en la zona y cuidar de

su huerta, que está unos cuantos metros más hacia arriba.

—¿Y por qué no acampa junto a la huerta?

—¿Me van a decir dónde tengo que acampar? —escupió de mal humor.

Iker se dio cuenta de que conseguir cualquier tipo de colaboración por su parte sería complicado, pero aún así se esforzó por intentarlo una vez más.

—Han asesinado a un chiquillo de diecisiete años que estudiaba en esta ikastola —dijo, empleando un tono neutro y distante—. Y las familias están asustadas. No voy a decirte dónde tienes que acampar, pero tampoco si esperas que…

—La parte más alta del terreno es fangoso y empinado —cortó, accediendo a dar aquella breve explicación—. Es el único tramo en llanura que he encontrado en la zona. Así que, aquí estoy. Si quieren echarme de una propiedad privada, tendrán que venir con algo más que sus plaquitas de juguete.

Iker notó la tensión de su compañero y se apresuró a retenerlo del brazo.

—Vámonos. De aquí no vamos a sacar nada —dijo, tirando de él.

Regresaron hacia el parking, descendiendo con rapidez.

—Apestaba a marihuana.

—Sí, pero no tiene sentido que nos metamos en eso. Tenemos que centrarnos en encontrar al asesino de Aitor.

—¿Y si fue él? Tenemos que identificarle, corroborar que ese terreno sea propiedad privada y no pertenezca a la ikastola y revisar la zona para evitar posibles…

—Gonzalo, no tiene sentido que perdamos nuestro tiempo y energías con ese tipo —aseguró Iker, sentándose en una de las gradas del patio superior, las que daban al campo de baloncesto—. ¿Por qué iba a matar a Aitor Zabala? ¿Qué interés podía tener en el chico?

—Apestaba a marihuana. Puede que tenga algún cultivo y que el chaval amenazase con llamar a la policía y joderle el chiringuito. O puede que estuviera robándole…

—¿Y Lamia? ¿Por qué atacó a la chica?

Etxaniz guardó silencio antes de tomar asiento junto a Iker.

—Entonces, ¿qué tenemos, Ibarguren? Los días pasan y seguimos como al principio —escupió, rabioso—. Y lo peor es que estamos quedándonos sin hilos de los que tirar.

En eso sí que estaba de acuerdo. Las puertas se iban cerrando, una detrás de otra, e Iker empezaba a tener la sensación de sentirse asfixiado. Además, la estadística jugaba en su contra porque los primeros días eran clave a la hora de resolver un crimen. Cuanto más tiempo transcurriera, peor. Las pruebas se enfriaban o, mejor dicho, se iban difuminando y, al final, desaparecían del todo. El reloj jugaba contra ellos y ambos lo sabían muy bien.

—Vámonos a comisaría —propuso Iker antes de golpear a su compañero en el hombro en un gesto comprensivo.

Cogieron el coche en silencio y ninguno de los dos volvió a pronunciar una sola palabra hasta que la Casa San Ignacio de Getxo apareció ante ellos. Aquel palacete de mil novecientos ochenta y de valor cultural incalculable daba cobijo a la comisaría de la Ertzaintza en su interior. Aparcaron y ambos, en silencio, se quedaron un par de minutos más en el coche. Iker evitaba pasar más tiempo del estrictamente necesario en comisaría porque, aunque por fuera su aspecto resultaba cautivador y espectacular, por dentro hacía justicia a la imagen que los directores de cine proyectaban de las casas encantadas y de los palacios en ruina. Más que un palacete, parecía que trabajaban en una casa okupa que con el tiempo había empezado a derrumbarse sobre sus propias cabezas.

—Vamos —animó Etxaniz, tomando la iniciativa.

Descendieron del vehículo con aparente desgana y se adentraron en la comisaría en silencio, merodeando como fantasmas en pena que no tenían claro hacia dónde ir. Iker se acercó a su mesa de trabajo y se quedó contemplando el ordenador apagado y las carpetas que, pulcramente ordenadas, esperaban de su revisión. Pocos segundos más tarde, Amaia y Etxaniz aparecieron frente a él.

—Vamos a ponernos a trabajar —instó Gonzalo, tomando las riendas—. ¿Qué sensaciones tenéis?

Iker titubeó.

—Creo que tenemos que encontrar a ese Zezengorri como sea.

—Yo creo que estamos dando palos de ciego y que deberíamos seguir investigando hacia dentro, hacia la familia —cortó Amaia, dejando clara su opinión.

—¿La madre? —inquirió Gonzalo, descartando a Gorka de forma automática ya que su coartada era sólida.

No podían seguir perdiendo el tiempo con él.

—Por ejemplo. Tíos, primos… Cualquier familiar que pudiera querer hacerles daño y que pudiera estar enviándoles amenazas.

—Ponte con ello.

Amaia cogió una silla y se sentó frente a Iker. Etxaniz hizo lo mismo y, sin miramientos, también invadió a su compañero. Era una práctica bastante habitual que facilitaba la fluidez de ideas entre ellos a la hora de investigar nuevas ramas, pero Iker detestaba que invadiesen su espacio. Aún así, decidió resignarse y encendió el ordenador para ponerse manos a la obra cuanto antes.

Abrió el navegador y sin perder el tiempo, escribió la palabra "Zezengorri". Los primeros resultados de la búsqueda le redirigían a enciclopedias que hablaban sobre ese ser mitológico que protegía las cuevas en las montañas incendiando en llamas a aquel que amenazase sus preciados cobijos. Pasó de largo un par de locales que también habían sido bautizados de esa forma, pero anotó dos que le llamaron la atención. Uno de ellos estaba en Bilbao, bastante cerca del lugar en el que la constructora en la que Gorka Zabala trabajaba tenía las oficinas.

Siguió buscando, pero tampoco encontró nada más que pudiera ser de interés.

—¿Café? —preguntó Etxaniz.

Iker asintió. Se sentía agotado y necesitaba espabilar y pensar. Tenía la sensación de que la mente se le había espesado y que las ideas se habían quedado trabadas, de que no fluían con rapidez. Pensó en levantarse y en acercarse a donde Imanol, a ver si había conseguido sacar algo en claro de la libreta y las hojas. Pero después, desechó la idea. Conocía su forma de trabajar y no dudaba que, en cuanto tuviera algo, llamaría.

¿Qué tenía exactamente?

Su primer sospechoso era Gorka Zabala, pero tal y como Etxaniz había dicho, su coartada había sido confirmada. Tenían varias cámaras de seguridad que le habían grabado cerca de la hora del crimen y Paula Legarreta había confirmado su coartada. Tenía que resignarse y, por poco que le gustase aquel tipo, sacarlo de la lista.

Miren Urrutia, la madre. A diferencia de Amaia, Iker no pensaba que la mujer hubiera cometido la agresión. Estaba rota. Además, la cantidad de

pastillas que ingería y el alcohol la anulaban como persona, así que dudaba que hubiera conseguido sacar las fuerzas necesarias para ello.

Ohian, Lea y Milo. El trío cadavera. Iker tenía cierta sospecha que recaía sobre ellos, aunque no era demasiado alarmista. Sí, tenían una coartada muy poco sólida y ninguno de ellos parecía realmente conmocionado por la pérdida de Aitor, pero suponía que más bien se trataba de fachada —o eso quería pensar—. Además, el repartidor de pizzas había corroborado que, a las diez de la noche, había repartido un par de "beicon queso" al domicilio de Lea y los había identificado a los tres en la vivienda.

A parte de todo eso, a Iker seguía sin cuadrarle la forma de proceder del asesino con la de tres chavales que perdían el control y terminaban atacando a dos compañeros.

Joder. ¿Qué más tenían?

El profesor de Educación Física. Podía ser, pero tampoco había nada que lo relacionase con la familia Zabala Urrutia y, hasta el momento, las referencias que tenían sobre él eran bastante buenas. No tenía antecedentes y tampoco habían encontrado nada por lo que colocarle en el punto de mira más allá del hecho de que las amenazas de Zezengorri salían desde la ikastola de los críos. Pero también cabía la remota posibilidad de que esas amenazas que Miren Urrutia recibía no tuvieran nada que ver con la muerte del muchacho y la agresión hacia Lamia.

Lo mismo pensaba Iker del campista. En su opinión, solamente le parecía un pobre tipo al que la vida no había tratado demasiado bien; y de ahí su actitud. No había visto en sus ojos esa mirada de odio que desprendía, por ejemplo, Gorka Zabala.

—¿Tenemos algo? —preguntó en voz alta, sin ocultar su desesperación.

—Nada. No tengo nada —resopló la joven.

Levantó la mirada hacia Etxaniz y comprendió que su colega estaba tan perdido como ellos.

—Vamos a tener que presionar a Lamia. Necesitamos que recuerde algo, que nos dé alguna pista —sugirió Etxaniz mientras mordisqueaba con ansiedad el tapón del bolígrafo que tenía en las manos.

—El neurólogo ya nos ha dicho que duda que eso vaya a ocurrir. Además, llevaba encima la suficiente cantidad de benzodiacepinas como para no enterarse de nada… Eso si estaba despierta —señaló Amaia—, porque el informe… —dejó la frase en el aire mientras rebuscaba entre los

papeles que tenía sobre la mesa—, dice que cuando la encontraron sufría un principio de fallo cardiovascular. Indica que estuvo cerca de una sobredosis letal.

—No se enteró de nada —resumió Iker—. Y aún de ser así, es poco probable que fuera a ser capaz de recordar algo coherente. No tiene sentido presionarla más… Pero podemos ponerle vigilancia. Puede que el agresor vuelva a intentar acercarse a ella, que intente terminar con lo que empezó.

—Podemos intentarlo —aceptó Etxaniz al ser consciente de que ese callejón sin salida en el que estamos metidos cada vez parecía más oscuro y tétrico.

En ese oportuno momento, el teléfono de Iker comenzó a sonar y el nombre de "Imanol Cientifica" se iluminó en la pantalla.

—Cuéntame qué tienes —instó, sin siquiera molestarse en saludar.

Estaban tan atascados que cualquier dato que pudiera aportar un poco de luz al caso podía ser de utilidad.

—Nada que realmente te vaya ayudar —explicó desde el otro lado del altavoz—. Hemos encontrado una huella parcial, pero no hemos podido identificarla. El examen de caligrafía dice que, en efecto, ambas notas fueron escritas por la misma persona. Y poco más… Lo siento, amigo.

Iker resopló.

—Teníamos que intentarlo…

—Si encontráis algo más, traérmelo.

—Sí, claro —respondió sin ocultar su decepción.

Iker estaba agotado. A esas horas de la tarde el dolor de cabeza se había instalado con la fuerza suficiente como para nublarle el juicio, y además sentía que su trabajo en comisaría no estaba aportando nada.

—Me marcho a casa. Necesito descansar —sentenció.

Amaia también se levantó de la silla y caminó tras él.

—¿Me acercas? —preguntó la joven.

Iker la había evitado desde el incómodo momento de Artxanda, al salir de la editorial. Pero intuía que ya era hora de que la relación volviera poco a poco a la normalidad y de que la tensión se fuera deshaciendo.

—Vamos.

Salieron al exterior sin mediar palabra y caminaron hacia el coche del mismo modo. Iker respiró hondo, inflándose de oxígeno mientras maldecía esas migrañas. En las épocas de investigación el dolor se acentuaba todavía

más por la falta de sueño, la mala alimentación y el estrés al que se veía sometido.

—Estás sangrando de la nariz… —señaló Amaia, justo cuando llegaban a la altura del coche.

Iker se detuvo para corroborarlo. Efectivamente, había comenzado a sangrar de la nariz.

—No pasa nada —dijo, retirándose la sangre de un manotazo—. Es tensional. Se me pasará.

Amaia sacó un clínex del bolsillo y se acercó hasta él.

—Déjame…

—No, tranquila…

—Déjame, Iker —insistió, reteniéndolo a la fuerza antes de comenzar a limpiar la sangre que había descendido hasta su labio superior.

El suboficial se sintió incómodo con aquella repentina cercanía, pero decidió sacarse de la cabeza todos aquellos prejuicios y, simplemente, recibir la ayuda sin pensamientos inapropiados. Se miraron a los ojos de forma fugaz y sintió algo, un cosquilleo, que le pilló desprevenido.

Amaia era una chica atractiva. Joven, atlética, tenaz… Era una mujer que, sin duda, podía despertar en él ese deseo que desde hacía muchos años solamente provocaba Maitane. Estaba tan cerca de él, que pudo sentir su aliento rozándole la piel. Se tensó al instante e intentó sacarse de la cabeza cualquier pensamiento inapropiado que pudiera haberle surgido. Amaia levantó los ojos hacia él. Los tenía castaños, redondos y grandes. Pestañeó varias veces antes de torcer el gesto en una mueca inocente.

—Ya está.

—*Eskerrik asko* —susurró en voz baja.

**«Muchas gracias», en euskera.*

Seguían mirándose con fijación, y esa repentina conexión había forjado más tensión de la que ya existía en aquel instante.

—¿Te llevo a casa? —preguntó.

Y ella, en silencio, aceptó la oferta.

Se subieron al coche e Iker se apresuró a poner la radio. Su emisora favorita, Vinilo FM, se sincronizó de forma automática y la canción que Eric Clapton le compuso a su mujer comenzó a sonar de fondo. El suboficial agradeció aquella música que rompía el silencio y la tensión y se concentró en la carretera, aunque podía sentir la mirada de Amaia fija en él.

—Gracias por traerme —susurró ella cuando el coche se detuvo frente a su casa.

—De nada… Intenta descansar.

No era una despedida normal. Iker podía seguir notando la tirantez que se había formado entre ellos, y eso conseguía irritarlo.

—Sí, claro. Tú también…

Ella cerró la puerta y él no titubeó ni dos segundos antes de arrancar. Necesitaba poner distancia con Amaia, alejarse de ella. Sí, era una chica atractiva, muy atractiva, aunque nunca hasta el momento la había observado desde esa perspectiva.

Aparcó el coche junto a los bares de la playa de Arrigunaga, en la misma zona en la que el profesor de Educación Física había dejado a los críos el último viernes antes de la agresión. Caminó por los soportarles y se refugió en una de las tabernas para tomar un vino y comer un *pintxo*. Escogió el de tortilla, y no pudo evitar decepcionarse al darse cuenta de que tenía mucho que envidiar a la que preparaba Miguel. Miguel… Se dijo a sí mismo que al día siguiente se acercaría hasta El Serrano para hablar un rato con él, por si conseguía aportar algo de luz a aquel maldito caso. Más de una vez, el propio tabernero había dado la pista clave para que Iker pudiera terminar atrapando al malhechor de turno.

Después, con la copa en la mano, salió al exterior y se acercó hasta uno de los laterales del acantilado. Aunque no quería hacerlo, pensó en Amaia. Y su perversa mente no pudo evitar imaginar cómo hubiera sido aquel húmedo beso si lo hubiera permitido, si no se hubiera apartado en el último momento. Todos esos pensamientos le causaron una culpabilidad que nunca antes había experimentado, e Iker supo de inmediato que si aún no había llegado a su casa era porque los remordimientos no se lo permitían.

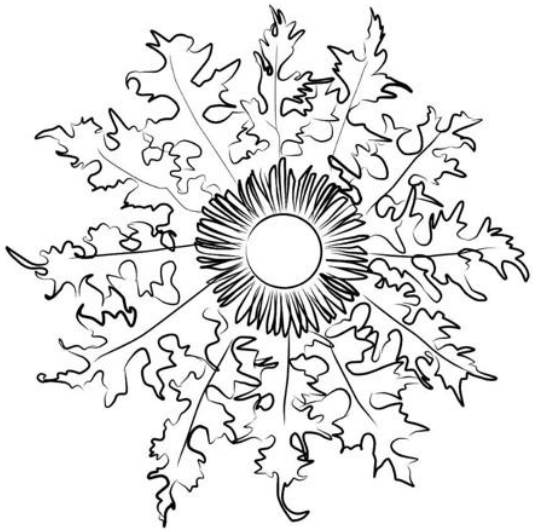
Se preguntó si Maitane pensaría en otros hombres y, de la misma, experimentó una leve punzada de celos absurdos que le provocaron una risa nerviosa. En realidad, poco le importaba si su mujer consideraba atractivos a otros tipos, porque con quien compartía su vida era con él. Y eso era lo único que le importaba.

¿Tenía que sentirse mal por pensar que Amaia era una chica guapa? No. A fin de cuentas, no había pasado nada entre ellos. ¿Debía contarle a Maitane lo del beso? Un “casi” beso no era un beso, aunque el código de honor con el que la honraba le hacía tener ciertas dudas al respecto.

Iker pensó que todas aquellas cuestiones no eran más que tonterías y no pudo evitar sentirse, en cierto modo, como un quinceañero con las hormonas revolucionadas. Joder. Un chaval de diecisiete años había sido asesinado y tirado en una chalupa debajo de su casa y, mientras tanto, allí estaba él… Preguntándose si un "casi beso" merecía una discusión con su mujer.

Respiró y contempló el mar. Estaba oscuro y casi tan revuelto como sus propios pensamientos. Cuando giró la mirada a la derecha, se encontró con el molino de Aixerrota y los imponentes acantilados anaranjados que bien podían pertenecer a una postal de las Tierras Altas de Escocia.

Apuró de un trago lo que le quedaba del crianza y decidió que ya había llegado la hora de llegar a casa.



# 18

Maitane y las niñas aún estaban despiertas, aunque ya tenían los pijamas puestos y se estaban lavando los dientes cuando Iker cruzó el umbral de su hogar.

Aprovechó para leerles un cuento a las pequeñas antes de que se fueran a dormir. Aquella última semana apenas había compartido tiempo con ellas y sabía que, cada minuto que pudiera dedicarles, contaba.

Cuando bajó, se encontró con Maitane sentada en el sofá. Estaba tomándose un té y leyendo una novela policiaca de una de sus autoras favoritas. Levantó la mirada hacia Iker y le dedicó una sonrisa cariñosa.

—No tienes buena cara —señaló con pesar.

—Otro día más sin novedades. No tenemos nada… —explicó Iker, antes de dejarse caer junto a ella.

Maitane se acurrucó a su lado, apoyando la cabeza en su regazo.

—¿Quieres hablar sobre el caso? —preguntó.

—Es lo último que quiero, así que cuéntame algo que me distraiga de él —se río, antes de empezar a masajearle el cuero cabelludo.

Maitane levantó en alto la novela.

—¿Te puedes creer que la autora ha publicado más de ochenta novelas con seudónimo masculino? Hace poco que decidió salir a la luz.

—No tenía ni idea —admitió Iker.

Si debía de ser sincero, poco o nada sabía acerca de temas literarios. Suficiente maldad veía en su día a día como para, encima, encontrárselo en la ficción. Además, tenía más que demostrado que la realidad siempre superaba con creces a aquello que uno encontraba entre las páginas.

Maitane se acurrucó junto a él, dejando el libro de lado.

—Te estoy echando de menos estos días —susurró, justo antes de besarle en el cuello de forma cariñosa y cómplice.

Iker estaba a punto de responderle que el sentimiento había sido mutuo cuando, de pronto, Amaia le vino a la cabeza y esa repentina culpabilidad que tanto se había esforzado por dejar de lado, resurgió de nuevo en él.

—¿Qué pasa? —murmuró ella con tono afligido—. ¿Qué ocurre?

Llevaban tantos años juntos que se conocían demasiado bien. Cualquier gesto o gesticulación podía delatar al otro lo que, en silencio, merodeaba en sus pensamientos.

—No pasa nada, tranquila —respondió sin mucha convicción.

—Sí, sí que pasa… ¿Me lo vas a contar?

Iker la escrutó con detenimiento y se dio cuenta de que, de forma involuntaria, le había generado una preocupación innecesaria a su mujer.

—Es Amaia —confesó, finalmente.

—¿Amaia? —repitió ella con tono de asombro.

Su rostro cambió de color, adquiriendo una palidez que en pocas ocasiones había tenido. De forma agresiva, puso distancia con Iker, sentándose en el otro extremo del sofá. Iker percibió que le temblaban ligeramente las extremidades.

—Sí, Amaia, nuestra compañera… —especificó antes de resoplar.

—No puede ser… —titubeó Maitane, cada vez más nerviosa—. ¿Qué pasa? ¿Qué ha pasado con Amaia?

De pronto, se sintió absurdo. ¿Y si Maitane se lo tomaba mal? ¿Y si la confianza que habían ido adquiriendo tras tantos años de matrimonio se volatilizaba por una absurdez? Se quedó mirándola con fijación y se dio cuenta de que tenía los ojos llorosos. Se sintió imbécil; como un auténtico gilipollas. Amaia podía ser guapa, tal vez, incluso, simpática, pero no era más que una compañera. Nada más. Y Maitane, en cambio… lo era todo. La persona con la que había decidido formar una familia y aquella que le había tendido la mano en sus peores momentos. Habían formado algo casi inexplicable, algo que pocas personas tenían la suerte de poseer. Y de pronto, ahí estaba. Ella con la mirada rota y él a punto de tirar todo por la borda. Por supuesto, ya había metido la pata hasta el fondo y era tarde para echarse atrás, así que no le quedaba más remedio que usar esa inteligencia de la que a veces escaseaba para no complicar más la situación.

—No ha pasado nada con Amaia —aseguró Iker—. No es eso…

—¿Entonces? —inquirió ella.

Iker percibió lo nerviosa que estaba. Se levantó del sofá y se cruzó de brazos, frente a él. Según pasaban los segundos, el suboficial se sentía cada vez más absurdo por el problema que acababa de generar.

¿Y si no le creía? ¿Y si le dejaba? ¿Y si…?

De poco o nada servía cuestionárselo a esas alturas.

—Iker, joder. Contéstame.

—El otro día intentó besarme —murmuró en voz baja, casi entre susurros.

Maitane frunció el ceño e Iker levantó los brazos en alto, en señal de rendición.

—Sí, bueno… Me aparté, le dije que estaba casado y… Bueno, ya está. No ha pasado nada.

Paseó la mirada por su marido en un intento de desvelar si sus facciones expresaban lo mismo que él decía.

—¿Te intentó besar y te apartaste?

—Sí.

—¿Y ya está?

—Sí —aseguró.

No sabía que más podía decir.

Evidentemente, no era tan gilipollas como para complicar más el asunto añadiendo datos innecesarios como, por ejemplo, que Amaia le parecía una

mujer atractiva y que eso perturbaba su paz mental.

Maitane apretó los labios en una mueca que Iker no consiguió descifrar hasta que, unos segundos más tarde, rompió a reír a carcajadas.

—¿En serio? ¿Todo esto viene por qué una compañera de trabajo se te ha insinuado? —murmuró ella en voz baja, entre pequeñas risitas—. Mira que eres tontín… —añadió, con un tono más cariñoso, antes de besar a Iker en los labios—. No me importa lo que ellas hagan —aseguró—, sólo me importa lo que hagas tú.

—Gracias… —resopló con alivio.

Pero, según pronunciaba esas palabras, se le revolvía algo por dentro pensando que, si Maitane veía innecesario explicar una escena como aquella, bien podía ser porque las vivía de forma habitual en el hospital. Volvió a mirar a su mujer, y esa última vez la observó con una mirada más crítica de la habitual. Sí, Maitane seguía siendo una mujer muy atractiva, pero, sobre todo, extremadamente inteligente.

Estaba a punto de comenzar con un interrogatorio de tercer grado cuando ella se acercó y, de forma brusca, lo silenció colocándole la mano en la boca.

—¿Has oído eso? —murmuró entre susurros—. *Entzun*…

**«Escucha» en euskera.*

Iker prestó atención y percibió el sonido leve y prácticamente inaudible al que ella se refería. Sonaba como un spray.

—Joder —escupió al ser consciente de dónde provenía.

Había alguien fuera, en el exterior.

—Sube arriba, con las niñas… —gruñó Iker sin ocultar su alarmismo.

Se colocó las primeras zapatillas que encontró en el rellano de la entrada y abrió la puerta de un tirón. El golpe que generó el portón al golpear contra la fachada provocó el suficiente estruendo como para que el tipo que merodeaba junto a su casa se sobresaltase al pillarle desprevenido. De un rápido vistazo, se dio cuenta de que había grafiteado la fachada de su hogar con un nombre que, a esas alturas, ya se le hacía demasiado familiar: Zezengorri.

Durante una milésima de segundo, Iker pudo ver su rostro. Era un chaval, joven. Poco más podía decir de él. Echó a correr y, por supuesto, el suboficial no perdió ni un segundo. Estaban ascendiendo la cuesta hacia la zona de San Nicolás cuando el desconocido se giró para lanzarle el spray

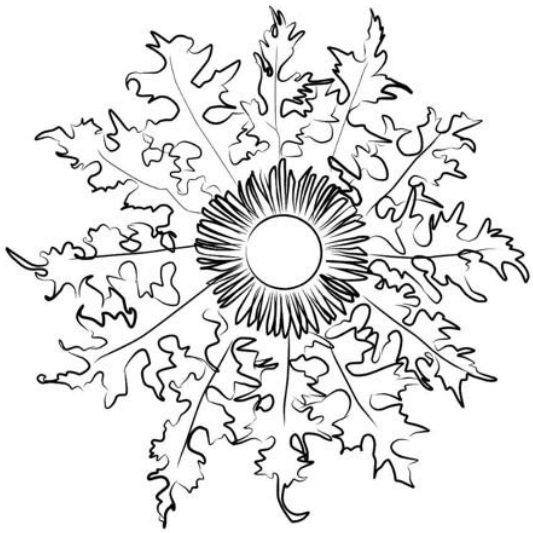
que portaba en sus manos, el mismo que había empleado para garabatearle la fachada. Iker esquivó el bote a tiempo, haciéndose a un lado.

Fuera quien fuese, había llegado suficien-temente lejos con aquel acoso: piedras, notas, grafitis… No sabía qué sería lo siguiente, pero podía comprobar que iba adquiriendo confianza con rapidez, así que no titubearía a la hora de dar un paso más allá. Y eso era algo que Iker no podía, ni pensaba, permitir.

Apretó el paso. Sentía el corazón latiéndole con tanta fuerza que tenía la sensación de que en cualquier instante colapsaría. Sus músculos, que con los años iban perdiendo elasticidad y juventud, se quejaban con pequeños pinchazos para recordarle que no compartía la misma quinta de nacimiento con su agresor. A pesar de lo exhausto que se sentía, no dejó de correr ni un segundo. Ni siquiera cuando el chaparrón se intensificó, golpeando con agresividad los tejados de las viviendas de Getxo.

Dobló un par de callejuelas y, por un pequeño instante, Iker pensó que lo perdía de vista. Pero entonces comprendió que no, que lo tenía, que ya era suyo. El chaval encapuchado se había patinado en una zona alcantarillada, perdiendo así los segundos de ventaja que el sacaba al oficial. Y esos segundos, en efecto, consiguieron marcar la diferencia para que un Iker cabreado terminase abalanzándose sobre él.

Le levantó la capucha y…



# 19

La tormenta empeoraba con el transcurso de las horas. Los rayos titilaban en el firmamento mientras que los truenos retumbaban, sacudiendo los nubarrones grisáceos que habían entechado aquel municipio costero con sus tonalidades oscuras. Iker había arrastrado al muchacho, casi a empujones, hasta la plazoleta de San Nicolás. A esas alturas de la noche, las tabernas ya habían cerrado sus puertas. Iker echó un vistazo a su alrededor, corroborando que pocos eran los valientes que se atrevían a desafiar aquel intenso temporal que no parecía tener fin.

Se resguardaron bajo el toldo de una de las terrazas y tomaron asiento en una mesa que se habían dejado sin amontonar con las demás. Iker se quedó

en silencio unos largos minutos mientras se debatía consigo mismo sobre lo qué hacer con aquel muchacho.

—¿Qué cojones andabas, Ohian?

Era el novio de Lea, el mismo que había adoptado aquella actitud chulesca en la despedida de Aitor y el mismo que, al ser interrogado por sus compañeros, había sido reacio a colaborar de ninguna de las maneras.

—Yo no maté a Aitor Zabala —soltó, hablando por primera vez.

Iker escrutó su comportamiento y una cosa tuvo por segura: estaba muerto de miedo. Temblaba de pies a cabeza y no era, precisamente, por el frío.

—¿Vas a detenerme? —escupió.

—Me lo estoy pensando… Creo que mis compañeros se alegrarán de que Zezengorri por fin haya aparecido.

Oihan se río. Fue una risa irónica, casi divertida.

—Yo no soy Zezengorri.

—Entonces, ¿quién es Zezengorri? —inquirió Iker.

El chaval flexionó sus rodillas, colocando los pies sobre la silla antes de rodear sus piernas con los brazos. No quería colaborar porque estaba muerto de miedo. E Iker intuía que, si lo presentaba en la comisaría y lo sometía a un interrogatorio oficial, solamente conseguiría que se cerrase más en banda.

—Si hicierais bien vuestro trabajo ya lo sabríais.

Quería provocarle, pero no pensaba entrar en su juego.

—Oihan, escúchame… —murmuró Iker con tono serio, casi agresivo—. Tengo dos notas tuyas escritas de tu puño y letra, un spray con tus huellas que coincide con las pintadas que has dejado en la casa de un policía de la Ertzaintza, otra nota, que coincide con las que yo he recibido, que ha aparecido junto a un cadáver… Puedo seguir, en serio. La lista de pruebas que te señalan como el principal sospechoso del asesinato de Aitor Zabala son interminables.

El rostro del chaval se descompuso al instante.

—¿Vas… a detenerme? —murmuró con un hilillo de voz que el picoteo de la lluvia contra el toldo camufló.

—Dame una razón para no hacerlo, Oihan. Es lo último que quiero.

—Nosotros mandábamos las amenazas… —murmuró entre susurros, e Iker se acercó a él para poder escucharle con claridad—. Queríamos que, de

alguna forma, pagase. Ella no se atreve a denunciarle, porque tiene poder, porque es importante… Y porque Lamia la ha convencido de que, si lo hace, tampoco la creerán. Pero, de alguna forma, tiene que pagar por lo que ha hecho.

—¿Por lo que ha hecho? ¿Ella? —repitió el suboficial mientras intentaba atar los cabos de todo aquello que el muchacho iba diciendo—. ¿De quiénes estamos hablando, Oihan?

No le encontraba el más mínimo sentido a nada de lo que decía.

—Zezengorri… Tenía que pagar, aunque fuera económicamente. Ella… Ella está destrozada. Todas las noches tiene pesadillas y si la toco…

Iker se percató de la violencia con la que su cuerpo había comenzado a sacudirse. No, quizás no se trataba de miedo, sino de rabia.

—¿Ella? ¿Lea?

Oihan sacudió la cabeza de lado a lado.

—No puedo hablar —sentenció con brusquedad—. No puedo hablar… Se lo he prometido.

Iker tragó saliva.

—Alguien le hizo daño a Lea y quieres que esa persona pague por sus actos. ¿Es así?

El chaval asintió en silencio.

—Dame algo para cogerle. Dame algo con lo que atraparle y te juro que pagará.

—No voy a testificar en ningún juicio ni voy a hacer ningún tipo de declaración oficial. No voy a jugármela.

—No necesito que testifiques ni que hagas una declaración oficial, pero necesito algo más para atrapar a Zezengorri —señaló Iker con tono calmado en un intento de transmitirle al chico esa paz—. Dame algo de lo que pueda tirar… Algo que de verdad merezca la pena.

Él titubeó e Iker se dio cuenta de que por fin le había convencido. Sacó un bolígrafo del bolsillo y se quedó mirando al suboficial.

—Déjame tu brazo… No tengo papel.

El policía se remangó la manga del jersey y le tendió el brazo. Oihan garabateó un par de palabras sobre su piel e Iker se apresuró a volver a taparlo para que la lluvia no pudiera emborronar lo que ponía.

—¿Vas a presentar las pruebas? ¿Las notas?

—Si lo que has escrito en mi brazo merece la pena de verdad, no. Esas pruebas no llegarán a nada.

Oihan titubeó.

—Haz que pague por todo le hizo —murmuró con los ojos empañados —. Enciérralo para que no pueda hacerlo más.

Pudo sentir su rabia, su dolor. Y en esa mueca que se había dibujado en su rostro reconoció la impotencia que sentía al saber que no podía llegar a él. Que alguien malvado… seguía siendo libre. Era un sentimiento que Iker había experimentado en un sinfín de ocasiones, así que no le costó reconocerlo.

—Tengo que irme —soltó el crío, levantándose de la silla de un salto—. Tengo que volver a casa.

—Una última cosa, Oihan —pidió Iker—. Solamente dime sí o no. ¿Zezengorri es el asesino de Aitor Zabala?

Ni siquiera dudó.

—Sí, es él.

Y sin decir nada más, sin siquiera despedirse, se marchó.

El policía se quedó a solas consigo mismo mientras escuchaba el tanteo de la lluvia sobre el toldo. Toc, toc, toc. El sonido le pareció hipnótico. Respiró hondo y contempló los reflejos de los charcos, titilando bajo la luz de las farolas de la plaza. Y cuando se levantó con la intención de regresar a casa, lo sintió. Sintió ese cosquilleo embriagador que los policías solían sentir cuando estaban cerca de algo potente, cuando por fin sentían que las respuestas iban llegando hasta él.

Descendió paseando entre las casitas pesqueras y contempló la fachada de su hogar. Las luces estaban apagadas, así que suponía que Maitane y las niñas debían de estar dormidas.

Iker cruzó el umbral y, una vez resguardado de la lluvia, se volvió a remangar con cuidado el jersey. Oihan había escrito lo que parecía una dirección web, pero no supo identificar de qué podía tratarse. Se dirigió a su mesa de trabajo y encendió el ordenador con rapidez. Le temblaban las manos por los nervios mientras esperaba a que aquellas expectativas que se había hecho sobre la información que tenía entre manos fueran ciertas. No quería decepcionarse.

Abrió una pestaña del ordenador y con la mano libre, comenzó a teclear letra a letra la extraña dirección web que Oihan le había proporcionado. El

reloj apareció en la pantalla, girando y girando… Y unos instantes después, una página porno apareció frente a las narices de Iker.

—Niñato —musitó, apretando los puños con impotencia.

Le había tomado el pelo. Lo que Oihan no sabía es que, sin duda, estaba metido en un buen lío y no se libraría de… Todos los pensamientos del suboficial se esfumaron al instante cuando se dio cuenta de que, todos aquellos vídeos porno, estaban subidos desde un usuario concreto: Zezengorri. Todos pertenecían al mismo autor.

Pinchó en el primero y, con el corazón en un puño, contempló las imágenes que comenzaron a reproducirse frente a él. La cámara grababa la escena sexual desde un ángulo muy concreto, de forma de que a ninguno de los protagonistas se le veía la cara. Los cuerpos indicaban dos cosas: que ella era muy joven y que él, no tanto. Aún así, a pesar de que todas sus alarmas se encendieron señalando a una persona en concreto, su parte más racional pensó que en realidad podía tratarse de cualquiera y que aquellos vídeos no servirían de nada a la hora de rellenar un atestado formal. Estaba a punto de cerrarlo cuando, de pronto, se fijó en el brazo de la chica… En ese lunar con forma de corazón tan familiar que Iker ya había visto con anterioridad.

—Hijo de puta… Hijo de puta… —gruñó, nervioso, con el corazón a mil por hora.

Salió del vídeo y descendió hacia abajo antes de pinchar en otro de forma aleatoria.

Ahí estaba. Ahí estaba Lea con sus puntas decoloradas y teñidas de un rosa fucsia. No se le veía la cara, pero resultaba imposible no reconocerla. Iker sintió que se le revolvía el estómago. Había vídeos de todo tipo, de toda clase. En muchos las chicas salían amordazadas, forzadas… Paula no era la única, y Lea tampoco. Iker ya tenía el teléfono en la mano para hacer las llamadas correspondientes —fiscal, Etxaniz, Amaia—, cuando, de pronto, se dio cuenta de que esa última chica no identificada, era Lamia.

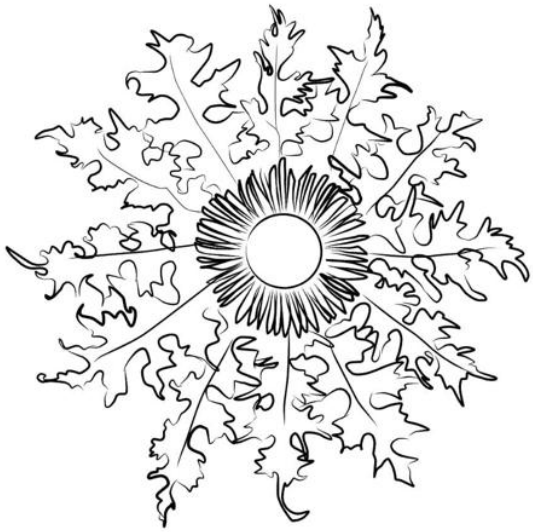
—Tu propia hija… Hijo de puta —gruñó con los ojos empañados.

Aquello era un infierno. Como policía, estaba acostumbrado a levantarse de la cama para mirar al horror a los ojos, pero a eso… A eso nadie podía llegar a acostumbrarse. Él, que tenía que haberla protegido, que haberla cuidado…, y en lugar de ello… Joder.

Notó cómo la bilis le subía por la garganta y tuvo que correr hasta el baño. Aún así, no llegó lo suficientemente a tiempo hasta el retrete y parte del vómito amarillento quedó esparcido por las baldosas blancas del pequeño aseo de la planta baja. Se enjuagó la boca y, sin perder el tiempo, se puso la cazadora.

Lo tenía, joder.

Ahora sí que sí, lo tenía.



# 20

Lo que encontraron dentro de aquella web era una auténtica pesadilla que, según los datos del registro, había comenzado a documentarse y publicarse en el dos mil dieciocho; cuando las crías aún eran menores de edad. El primer vídeo era de Lamia, e Iker no pudo evitar preguntarse a qué edad había comenzado la niña a sufrir aquellos abusos.

Lea y su madre habían pasado a la sala de interrogatorios, el padre esperaba fuera.

El rostro de la cría estaba descompuesto e Iker se fijó en su mirada cargada de miedo, de angustia. Esa mirada hizo que comprendiera cada palabra de Oihan. Gorka Zabala merecía pagar por todo, sin piedad. Merecía pagar mucho más de lo que la propia justicia conseguiría castigarle. Se insufló ánimos y pasó al interior.

—¿Podemos llamar a un abogado? —preguntó Lea de inmediato.

Era evidente lo nerviosa que estaba.

—No es necesario, Lea. No hay ninguna acusación contra ti… —explicó Iker, frotándose las manos con nerviosismo—. No has hecho nada malo.

—Entonces, ¿por qué nos habéis traído aquí? ¿Qué pasa? —preguntó su madre, impacien-tándose.

Iker se fijó en ella. Estatura media, edad media. Tenía unos rasgos dulces que transmitían confianza y paz. De forma casi instantánea, sintió lástima por ella. En pocos minutos descubriría el horror al que habían sometido a su hija y, en ese preciso instante, la culpabilidad se apoderaría de su mente para no marcharse jamás, ni siquiera con el paso de los años.

Iker deslizó frente a ellas dos capturas de pantalla que habían tomado de los vídeos porno hallados en la web. En una de ellas se podía apreciar de forma parcial el rostro de Lea y, en la otra, se le veía con bastante claridad a Gorka. Ambos desnudos, compartiendo una escena sexual. La madre de la cría abrió los ojos como platos antes de mirar a su hija.

—¿Qué diablos es esto, Lea? —preguntó, nerviosa, casi histérica.

La niña —porque para Iker, seguía siendo eso: una niña— había palidecido todavía más. Su rostro descompuesto y sus manos temblorosas le invitaron a pensar que estaba a punto de derrumbarse.

Iker señaló una de las fotografías, golpeándola con el dedo.

—En este vídeo eras menor de dieciséis años, lo que implica un delito penal de abusos infantiles muy graves —explicó con voz suave, pausada—. Necesito tu ayuda para que no vuelva a tocarte, ni a ti, ni a ninguna otra niña. Pero vas a tener que ser muy fuerte… y muy valiente.

Se miraron fijamente. Ella en silencio con esa mirada cargada de miedo y de espanto, pero también de vergüenza. Una humillación que, sin duda, no merecía portar sobre sus hombros.

Y unos instantes después, Lea estalló. Rompió a llorar, deshaciéndose, mientras su madre, confusa, tanteaba la mirada entre Iker y su propia hija.

—Yo no quería, nunca quise… —tartamudeó, confusa—. No sabía lo que hacía… Yo…

La madre de Lea comenzó a hiperventilar e Iker temió que, en cualquier instante, cualquiera de las dos pudiera perder el conocimiento y desmayarse frente a él.

—¿Es Gorka Zabala? —preguntó la mujer con el rostro cubierto de espanto mientras señalaba con el dedo índice al hombre de la fotografía.

Iker guardó silencio y esperó. Necesitaba que fuera la propia Lea quien confirmase aquella información.

—Sí —susurró con un hilillo de voz casi inaudible—. Lo siento, mamá… Lo siento…

Madre e hija, llorando, se abrazaron; e Iker sintió que las lágrimas empañaban sus ojos y que necesitaba salir de allí cuanto antes. Ya tenía todo lo que necesitaba de ellas.

Se alejó hacia una sala vacía y cogió aire, intentando tranquilizarse. Tal y como Maitane había predicho, su instinto no le había fallado. Una vez más, lo había sabido desde el principio. Gorka Zabala desprendía esa aura oscura que Iker, de forma casi sobrenatural, conseguía captar en la gente.

—Ya tenemos la declaración de Paula —irrumpió Etxaniz con mal gesto —. No te equivocabas, Ibarguren. Tenías razón con ese hijo de la gran puta.

—Lo sé —escupió—. ¿Nos vale? ¿Es buena?

—Ha declarado que las relaciones fueron consentidas y que ella permitió las grabaciones de los vídeos, también la difusión de los mismos en internet. Que están enamorados, que se quieren.

Iker pestañeó con cierta incredulidad, aunque no terminaba de extrañarle después de que la joven hubiera mentido a favor de Gorka para proporcionarle una coartada falsa en una acusación de asesinato.

—El de psicosocial dice que, casi con total seguridad, se trate de un síndrome de Estocolmo. Sea como sea, son menores violadas y expuestas en internet. Incluso aunque Paula declarase a su favor… No tendrá nada que hacer. Está bien jodido.

—Falta Lamia —señaló.

La cría ya había sufrido mucho y aquello sería similar a hundir un puñal sobre la cicatriz que ya portaba, pero tenían que hacerlo. No les quedaba más remedio que hacerlo.

Los gritos del exterior se filtraron a través de la rendija de la puerta semiabierta. Etxaniz e Iker se miraron, dubitativos, antes de salir de forma abrupta para corroborar qué era lo que estaba sucediendo allí fuera.

Habían detenido a Gorka Zabala y una Lamia histérica gritaba y exigía que su padre fuera puesto en libertad mientras Miren tiraba de ella, en un intento de tranquilizar a su hija y de conseguir sentarla.

—¡Él no ha hecho nada! ¡Es inocente, joder! —gritaba, nerviosa, histérica y totalmente fuera de control.

Iker y Etxaniz se dedicaron una mirada de desconcierto.

—¿Otro síndrome de Estocolmo?

—Ahora vamos a descubrirlo… —respondió Iker, armándose de paciencia para irrumpir en la escena y volver a sembrar la paz en la comisaría.

Con esfuerzo, el suboficial consiguió convencer a Lamia para que dejase de gritar y se calmase. La joven seguía repitiendo sin cesar que su padre no había hecho nada, que era inocente y que habían cometido un error. Iker las invitó a pasar a una de las salas de interrogatorios, pensando que después de aquella declaración terminarían con todo. Una declaración más y todo llegaría a su fin.

—Necesito que respondas a las preguntas con sinceridad, ¿vale?

Lamia cruzó los brazos sobre su pecho, guardando silencio. Miren, a su lado, parecía un espectro sin vida que se arrastraba por la tierra como un alma en pena condenado a vagar sin rumbo.

—¿Podrías decirme quién es Zezengorri?

La cría continuó en total silencio mientras las lágrimas brotaban en el rostro de su madre.

—¿Tu padre abusó de ti, Lamia?

Entonces, reaccionó.

—No hice nada que no quisiera hacer —soltó, de pronto, con brusquedad—. Todo lo que ocurrió, fue consentido… Él me quiere.

—No creo que te quiera —sentenció con dureza Iker mientras el dolor que Miren Urrutia procesaba en silencio conseguía desgarrarle el alma—. Un buen padre no tiene esa forma de querer.

—Y quizás no la hubiera tenido si no se hubiese casado con ella —escupió con maldad, refiriéndose a su madre con una dureza escalofriante

—. Se enamoró de mí porque ella era una bruja, una arpía… Encontró en mí lo que ella no quiso darle.

Miren, de forma brusca, se levantó del asiento y salió de la sala. Iker pudo escuchar su llanto desgarrador que llegaba hasta allí a pesar de la insonorización con la que contaba la sala.

—¿Eso era lo que te decía antes de los abusos? ¿Qué tu madre era una arpía?

Lamia apretó los puños y se mantuvo en silencio.

—Es curioso que estuviera enamorado de ti y de Paula al mismo tiempo, ¿verdad? Qué cosas tiene el amor… —sentenció Iker, levantándose de la silla.

Tenía claro que no obtendría nada de utilidad de aquel interrogatorio, así que dejaría que los del social hicieran su trabajo con la chica.

Pudo ver el gesto de Lamia transformarse en ira, en odio. Pero ninguno de esos sentimientos se dirigía hacia su padre, sino hacia su compañera.

Iker pensó que sólo eran dos niñas de las que habían abusado y a las que habían manipulado. Dos niñas que necesitarían mucho tiempo y amor —del de verdad— para poder sanar las heridas que aquel monstruo había causado en ellas. Heridas que no podían verse a simple vista, y eso hacía que fueran las que realmente eran difíciles de curar y cicatrizar.

—Paula solamente era un entretenimiento —gritó con odio Lamia, justo antes de que se cerrase la puerta tras el policía.

Iker respiró hondo. Ya estaba, le tenían.

Habían cogido a Zezengorri.

Después de aquellas declaraciones, Paula dejaría de tener validez como testigo y las grabaciones que tenían tampoco servirían de mucho.

—¿Crees que el atacó a sus hijos? —susurró Etxaniz a su oído.

—Tiene sentido —explicó—. En más de un vídeo ellas estaban… drogadas. Puede que Aitor le encontrase con su hermana, se enfrentase a él y…

—No tiene sentido… —Etxaniz titubeó—. Puede que Paula esté mintiendo, pero las grabaciones no. ¿En cuarenta minutos volvió a Getxo, drogó a sus hijos y mató a uno de ellos? No es posible…

Iker gruñó.

—Puede que sea poco probable, pero posible, es. Y Zezengorri se merece pagar por todo el daño que causó a esa familia —gruñó con voz

ronca.

Se negaba a dirigirse a él como Gorka Zabala. Un monstruo de tal índole no merecía un nombre real, un nombre humano.

Lea había declarado que las amenazas las habían enviado ellos. Tenían miedo de demandar y a uno de sus amigos —Iker pensó que debía de ser Oihan, pero que la chica también intentaba proteger la identidad de su novio — le pareció una buena idea. Fue de esa forma como Miren Urrutia descubrió que no solo le estaba siendo infiel, si no que además estaba acostándose con menores de edad. Nunca pensó que fuera de forma forzosa y tampoco llegó a plantearse que aquello estuviera ocurriendo con su propia hija, aunque en algún momento sí que lo llegó a sospechar. Todas las declaraciones que habían obtenido hacían que la acusación contra Gorka Zabala fuera potente, así que Iker dudaba que el Zezengorri pudiera volver a pasear bajo los rayos del sol fuera del recinto penitenciario antes de su jubilación. Además, las declaraciones habían destapado el móvil para el asesinato de su hijo. Aitor había descubierto que Lea y sus amigos eran los responsables de las amenazas que recibía su madre. El chico, al ver a su madre consumida y sin entender qué sucedía, había intentado pararlas enfrentándose a sus compañeros, y al ver que estos no cedían, había investigado por su cuenta hasta dar con los abusos. Harto de que Miren fuera la que estuviera sufriendo las consecuencias, el chico había decidido denunciar a su propio padre. O, al menos, eso era lo que decían los mensajes de texto que la científica había encontrado en el móvil de Aitor. Imanol había hecho un buen trabajo extrayendo hasta los textos que semanas atrás el propio Aitor había eliminado de su dispositivo.

Todo tenía sentido y por fin las piezas del puzle habían encajado a la perfección.

Ahora solamente faltaba que el juez actuara con dureza y sin miramientos, y algo le decía a Iker que así ocurriría.

Miró la hora de su reloj de muñeca y descubrió que eran más de las ocho de la tarde. Intentó calcular, sin éxito, cuántas horas llevaba sin dormir. ¿Veinticuatro? ¿Más? No lo sabía y tampoco tenía sentido descubrirlo. Se puso la chaqueta y decidió que había llegado la hora de irse a su casa y de descansar.

—¿Te vas? —inquirió Amaia, que acababa de salir de una de las salas de interrogatorios.

—Necesito dormir un par de horas y aquí ya he hecho bastante —señaló —. ¿Os encargáis del papeleo?

Amaia asintió de la misma, sin dudar.

—¿Y la prensa? ¿Qué les decimos?

El policía suspiró al pensar que, en efecto, algo de información tenían que filtrar si no esperaba que, tras la vista, los periódicos se inundasen con información errónea. En unas horas, casi con total probabilidad, un juez dictaminaría prisión preventiva y Gorka Zabala pasaría a prisión.

—Dadles algo con lo que entretenerse… Hablad de Zezengorri y de que el asesino pronto estará entre rejas —propuso—. Solamente quieren un titular para llenar las primeras planas.

—Vale.

—Procurad dejar a la madre a un lado, ¿vale? Y proteged la identidad de las menores.

Amaia asintió. Estaba pidiendo algo lógico, pero le pareció importante recordárselo.

Suficiente había sufrido Miren Urrutia como para que la prensa también acentuase aquel dolor que la consumía. El suboficial pensó que aquella mujer tenía los días contados, y que tarde o temprano volvería a intentar acabar con su vida. Solamente era una sensación, pero no dudaba de ello ni un ápice.

Salió de comisaría con la cabeza embotellada. Tenía la impresión de que el cerebro se le estaba licuando y que por eso le costaba pensar con claridad, ordenar lo que tenía dentro. Antes de encender el motor del coche, comprobó que tenía varios mensajes de Maitane y pensó en llamarla, pero el dolor de cabeza era tan fuerte que intuía que había perdido la capacidad comunicativa. De forma autómata, condujo hasta su casa; la cual se encontró desértica y enterrada en un grato silencio. Iker se tumbó en la cama y sintió cómo su corazón palpitaba con fuerza, de forma totalmente desbocada y preocupante.

—Duérmete —se ordenó a sí mismo.

Y decidió que lo mejor que podía hacer era cumplir con esa maldita orden si no quería ser el siguiente que terminase con un aneurisma y postrado en una cama del hospital. O peor aún, en una de las bolsas del depósito de cadáveres.

Durmió durante horas. Muchas horas. Y aunque al despertarse siguió padeciendo aquella desagradable sensación de embotellamiento que se había vuelto tan habitual en su mente, se sintió lo suficientemente descansado como para arrastrarse hasta la cocina en busca de una buena dosis de cafeína. La casa seguía vacía y la luminiscencia que se filtraba a través de las ventanas le adelantó que su mujer y las niñas debían de estar trabajando y en el colegio. Le dio un trago a la taza de café con leche y después llamó a Maitane mientras intentaba ordenar su vida; ¿qué día era? ¿cuánto había dormido? ¿qué había pasado con Gorka Zabala?

—Maitia —respondió ella con tono preocupado—. ¿Estás bien?

—Estoy bien… Cansado. Muy cansado.

Maitane suspiró al otro lado de la línea. De fondo, pudo percibir el ajetreo que tenían en el hospital.

—Ya está… Ya lo has hecho —le dijo con un tono cariñoso, tildado de cierto orgullo—. Ya lo has conseguido. ¿Has leído los titulares?

Iker negó con la cabeza y se sintió absurdo al ser consciente de que Maitane no podía ver su gesto.

—No. Ahora iba a leerlos —explicó—. ¿Nos vemos luego?

—Estoy deseándolo —respondió ella con un tono cariñoso.

Iker colgó, se rellenó otra taza de café manchado de leche y se dirigió hacia la mesa de trabajo. Comprobó que tenía varias llamadas perdidas de la comisaría, y se imaginó que debían de haber sido realizadas por Amaia o Etxaniz. Decidió que les llamaría luego, y supuso que, de tratarse de algo importante, volverían a llamar una vez más.

Abrió los periódicos locales y se encontró con lo que esperaba: “Zezengorri, el asesino del chico que apareció en una chalupa en el Puerto Viejo de Getxo, ya está entre rejas…”, “los habitantes de Getxo vuelven a respirar paz…”, “los getxotarras vuelven a estar a salvo…”

No habían explicado que se trataba del propio Gorka Zabala, de su propio padre, y tampoco hacían mención a los abusos infantiles por los que se le había acusado. Aunque era una información que tarde o temprano terminaría filtrándose, Iker se alegró de ello. Las niñas necesitaban paz. Descansar y recuperarse, curarse de las yagas que el infierno les había causado.

Apagó el ordenador y se dirigió al baño. Había estado tan inmerso en el caso que ni siquiera recordaba la última vez que se había dado un baño. Se

quitó la ropa, se metió en la ducha y sintió el chorro de agua caliente arrastrando todo lo malo que a lo largo de aquellos días había ido almacenando en su interior. Iker tenía la firme certeza de que el agua resultaba sanadora. Se enjabonó con fuerza, raspando su piel, y cuando salió de la ducha contempló su imagen en el reflejo. Le había crecido una barba descuidada y un flequillo que casi le tapaba los ojos. Cogió las tijeras y se lo recortó, pensando que aquel apaño podía servir de manera temporal pero que tarde o temprano tendría que resignarse a hacer una visita a la peluquería. Se disponía a decirle adiós a la barba cuando su teléfono, una vez más, comenzó a sonar. Era Amaia.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Tengo a Lamia Zabala en la otra línea de teléfono —explicó con rapidez—. A lo largo de la mañana ha llamado más de diez veces a la comisaría.

—¿Qué quiere? ¿Qué le pasa?

—Dice que sólo hablará contigo, Iker. ¿Qué hacemos?

Titubeó un instante mientras intentaba poner su mente en marcha.

—Pásame la llamada al móvil —concluyó—, a ver qué es lo que ocurre ahora…

La llamada con Amaia se extinguió y, por la otra línea, entró la de comisaría. El policía tuvo un mal presentimiento, un nudo que le oprimía la garganta.

—¿Lamia?

En lugar de su voz, escuchó el viento que se agitaba con fuerza al otro lado del altavoz. Iker desvió la mirada por la ventana y corroboró que el temporal parecía estar en calma.

—¿Lamia? —repitió.

—Él no mató a mi hermano —tartamudeó—. Él no lo hizo…

Percibió su tono nervioso, casi fuera de control. Algo no iba bien.

—¿Dónde estás? —preguntó Iker con cierta cautela, intentando redirigir la conversación—. ¿Por qué no quedamos y lo hablamos, Lamia?

Podía presentir que algo no iba bien. Iker tenía ese instinto, ese sexto sentido que le decía a gritos cuando las cosas se estaban torciendo.

—Fui yo… —confesó con un tono agudo que Iker no consiguió asociar a la joven—. Fui yo. Yo le maté… No podía permitir que él lo estropease todo… E iba a hacerlo.

—¿Por qué no vienes a comisaría y hablamos tranquilos? —inquirió Iker—. Acércate a comisaría, Lamia… O puedo ir a buscarte, ¿por qué no me dices dónde estás?

—Eché las pastillas de mi madre en los vasos y esperé… No me costó ahogarle… No quería hacerle daño, pero iba a estropearlo todo… Todo, ¿sabes? Porque él me quiere. Me quiere y está enamorado de mí… Y Aitor iba a estropearlo todo…

Iker sintió que la sangre se le helaba en las venas.

La prensa no había filtrado que Aitor Zabala había sido drogado, así que ese dato solamente lo conocía el propio asesino y la policía. Nadie más.

—¿Sabes que esta confesión no ayudará a tu padre? Independientemente de si lo mató o no, entrará en prisión por el resto de los delitos por los que se le acusa.

Escuchó el llanto de Lamia al otro lado de la línea y ese mal presentimiento con el que había descolgado la llamada se intensificó todavía más.

—Ya lo sé… Pero es que no fue él… Es inocente.

—Lamia, dime dónde estás —suplicó Iker—. Dime dónde estás y hablemos de esto en persona.

—*Sentitzen dut, aita* —susurró, justo antes de cortar la llamada.

**«Lo siento, papá».*

Esa última frase no iba dirigida hacia él, estaba claro.

Iker soltó la maquinilla y se deshizo de la toalla con rapidez. Sin siquiera pensar en lo que estaba haciendo y a dónde se dirigía, comenzó a vestirse con lo primero que encontró en el armario.

Salió de casa de forma tan abrupta y precipitada, que ni siquiera se dio cuenta de que había olvidado las llaves dentro. Le dio igual. Corrió hasta el garaje que había bajo la plaza de San Nicolás y, mientras lo hacía, volvió a darse cuenta de que aquel día había amanecido sin apenas viento. Arrancó el coche y de forma inconsciente comenzó a conducir en dirección a La Galea mientras llamaba al teléfono fijo de los Zabala Urrutia, porque desconocía el número móvil de Lamia. No respondía nadie. Solamente necesitaría unos minutos, pero algo le decía que llegaría tarde… Que sería tarde.

Lamia había cortado la llamada con un "*sentitzen dut, aita*". Eso era una clara despedida, una forma de decir adiós después de la confesión. Sintió

ese nudo en la garganta que le impedía casi respirar, y por un instante se planteó si debía de llamar a la comisaría para pedir refuerzos; a fin de cuentas, Lamia Zabala acababa de confesar el asesinato de su propio hermano y tenía que ser detenida con la mayor brevedad posible.

Pero no llamó a nadie. En lugar de ello, condujo hacia La Galea mientras ese presentimiento negativo iba in crescendo en su interior. Cuando se dispuso a aparcar el coche en el parking público que había frente a las viviendas, se dio cuenta de lo mucho que le temblaban las manos. Iker titubeó, nervioso, y se bajó del coche. Al hacerlo sintió una ráfaga de aire gélido que le acariciaba el rostro. Allí, en el alto de La Galea, el viento soplaba con fuerza. Pensó en la llamada de Lamia y se dijo a sí mismo que la chica tenía que andar por allí. El jardín de su casa estaba protegido por altos matorrales, así que descartó que pudiera estar en su vivienda o en los alrededores de la misma. Cerró los ojos, nervioso. El corazón le palpitaba con fuerza mientras ese mal presentimiento, inexplicable, cada vez iba a más. La sentía cerca…

Iker tuvo la firme certeza de que debía de estar por los acantilados y que, en cualquier instante, algo malo sucedería. Podía sentirlo como si la propia diosa Mari, dueña de los vientos y la naturaleza, se lo estuviera susurrando al oído. Entonces… lo escuchó. Escuchó el murmullo casi inaudible, el tarareo de aquella melodía que en realidad parecía un llanto melancólico, triste y apagado. Y como si aquel sonido espectral tuviera un poder mágico, lo siguió. Caminó al frente hasta que sus pies trastabillaron con el borde del acantilado, y entonces, casi a punto de caerse al vacío, se detuvo. Y miró hacia el mar, hacia abajo.

Allí estaba Lamia. Los que entienden de mitología vasca, dicen que las lamias son sirenas con pies de pato que se postran en las rocas para atraer a los hombres hasta ellas, con la única intención de asesinarlos. Algunas otras leyendas las dibujan como seres más amables, que sufren por no poder compartir sus vidas en la tierra junto a sus enamorados. Iker sintió un escalofrío al ser consciente de la semejanza. Para el mundo, quizás solamente se trataba de una chica que se había suicidado tirándose al vacío… Para Iker, era esa chica que casi lo arrastraba a la muerte y que, en un intento desesperado de huir del dolor del desamor, ella misma había terminado en el mar.

Se quedó un buen rato observando cómo las aguas saladas y furiosas intentaban engullir su cuerpo inerte, que aún sobresalía postrado en una roca. Cada ola que llegaba hasta ella, intentaba arrastrarla con agresividad. Estaba lo suficientemente lejos como para no ver la sangre ni el horror que debía rodear el cuerpo. Iker respiró y sacó el móvil del bolsillo para hacer aquella llamada que, minutos atrás, debía haber realizado.

Estaba a punto de marcar el número de Etxaniz, cuando lo escuchó. Escuchó ese llanto melancólico, esa melodía trágica y horrorosa que ascendía por el acantilado hasta alcanzar al suboficial.

—¿Ibarguren?

—Sí —murmuró, obligándose a regresar a la realidad.

En ese instante, supo exactamente lo que debía hacer.

—¿Has hablado con la cría?

—Sí… Estoy en la La Galea, frente al parking del acantilado —explicó mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas—. Manda una patrulla y a los forenses. Lamia Zabala acaba de saltar al vacío.

El silencio se hizo al otro lado de la línea.

—Joder —exclamó—. ¿Te ha dicho algo antes de saltar?

—Que no quería vivir más…, y que le pidiera perdón a su madre —mintió—. Os espero aquí.

—Ahora vamos —respondió Etxaniz.

La muerte de Aitor y Lamia Zabala solamente tenía un culpable. El mismo que era responsable de los abusos de Lea y Paula. Zezengorri.

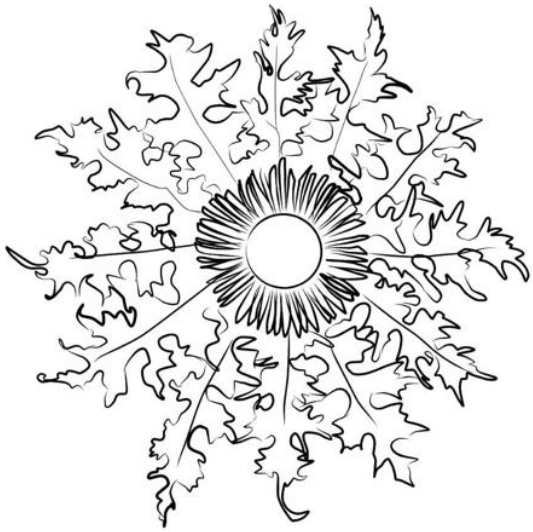
Lamia se merecía descansar en paz sin ser juzgada… Se merecía ser libre y que su alma descansase y, por supuesto, que él pagase por todo el daño que había causado.

Y Miren se merecía la redención. En un intervalo muy corto de tiempo, su mundo se había venido abajo totalmente.

Iker se dio cuenta de que el llanto melancólico se había extinguido, así que miró hacia abajo. Fue entonces cuando se dio cuenta de que el oleaje por fin había conseguido arrastrar al fondo de las aguas el cuerpo sin vida de la chica, como si de alguna forma, aquello fuera lo natural y el mar Cantábrico simplemente reclamara lo que era suyo, lo que le pertenecía.

Fue entonces cuando comprendió que la lamia y su canto habían regresado a su verdadero hogar e intuyó que, por mucho que los buzos rastrearan la zona, no lograrían dar con el cuerpo.

Iker se secó las lágrimas y se levantó del acantilado con una sensación de serenidad; el caso, por fin, se había cerrado.



# epílogo

Maitane aceleró el paso mientras esquivaba el tráfico matutino que solía haber en la zona de Areeta. Alzó la vista al cielo y la repentina luminiscencia de aquella despejada mañana de verano la cegó mientras cruzaba una calle en dirección a la tienda de telas. Tenía unos veinte minutos para comprar los disfraces de las niñas antes de reunirse con Iker para comer en un italiano cercano al Puente de Bizkaia, ese que popularmente era denominado por los habitantes del municipio como “El puente colgante”. Aquella colosal estructura compuesta por hierro y cables de acero servía como pasarela para cruzar la ría en la que mar y Nervión se entremezclaban entre sí y solía atraer a múltiples turistas a su alrededor. Desde lejos, Maitane corroboró que estaba hasta arriba de gente, nada fuera de lo que solía ser habitual.

Entró en la tienda y se dirigió sin titubear hacia los trajes de princesas. Sabía que sus hijas no aceptarían nada que no llevase mucha brillantina y tonos chillones.

—Dios Santo, yo no me atrevo ni a salir de la tienda… —cuchicheó una de las dependientas.

—Yo prefiero quedarme aquí hasta que bajen el cuerpo. Es horrible… ¿Crees que se ha suicidado? —comentaba la clienta en voz alta, captando la atención de Maitane.

Ella, confusa, se acercó hasta el mostrador sin entender de qué estaban hablando.

—No lo sé… Pero ya podía haber buscado otro lugar del que colgarse… ¿De verdad tenía que hacerlo desde el puente? Para un monumento que nos declaran Patrimonio de la Humanidad…

Maitane dejó los vestidos sobre el mostrador y sonrió a la encargada.

—Perdona, no he podido evitar escucharos —comentó—. ¿Se ha suicidado alguien?

Las dos, con cara de espanto, señalaron la calle.

—¿En serio no lo has visto? No sé a qué están esperando para descolgar el cuerpo… Es como una película de terror.

Maitane sintió que el corazón se le aceleraba mientras en su cabeza volvía a recrear la imagen del puente que acababa de dejar atrás pensando en si había podido pasar por alto algún elemento que resultase ajeno al paisaje. Salió de la tienda con las manos vacías y alzó la mirada hacia la pasarela en la que, de forma macabra, se balanceaba muy sutilmente una cuerda con un cuerpo atado a su extremo. La muchedumbre que rodeaba el puente cada vez era mayor y, en lo más alto, se podía ver al personal del cuerpo de los Servicios de Emergencia intentando descolgarlo de forma eficaz. Caminó en esa dirección, atraída por el mismo morbo por el que el resto de sus vecinos se habían quedado a observar el rescate del cadáver.

Maitane se infiltró entre la gente, acercándose aún más para fijarse en ella. Era una mujer de piel pálida que vestía un vestido granate que le hacía juego con su cabello rizado y pelirrojo. Maitane se estremeció mientras sacaba el teléfono móvil y buscaba el nombre de su amiga en la agenda. ¿Hacía cuánto que Iraia y ella no coincidían? ¿Hacía cuánto que no se tomaban un café? Un año, quizás más. Pero, a pesar de la distancia que se había formado entre ellas, Maitane seguía considerándola una de las

personas más importantes en su vida. Se habían encontrado por casualidad hacía muchos años, cuando ambas aún eran un par de adolescentes con muchos sueños e inquietudes.

—Cógeme, por favor… —murmuró mientras los tonos se reproducían sin respuesta.

Cortó la llamada, y en ese preciso momento, como si de una metáfora de la vida se tratase, la cuerda que sostenía el cuerpo se rompió provocando que los espectadores soltasen un grito de asombro y horror mientras el cuerpo caía libremente al agua.

Su teléfono móvil volvió a sonar y Maitane observó la pantalla con expectación mientras rezaba porque el nombre de su amiga se iluminase en ella. Pero no, era Iker.

—¿Laztana? Te estoy esperando en la mesa —dijo su marido—. ¿Cómo vas?

Ella, nerviosa y con los ojos empañados, suspiró.

—Ven al Puente Colgante en cuanto puedas, Iker —murmuró mientras sentía que las piernas le temblaban—. Creo que acaba de caer al agua el cuerpo sin vida de Iraia Garaimendi.

El silencio al otro lado y la falta de solicitud de más explicaciones le indicaron que Iker ya debía de haber recibido algún aviso sobre lo que estaba sucediendo en esos instantes.

—¿Cómo sabes que es ella? —inquirió su marido con tono cauteloso.

—No lo sé, Iker. Pero es ella… Ven cuanto antes.

Cortó la llamada y sintió cómo las lágrimas se deslizaban por sus mejillas…

# Fin

## NOTA DE LA AUTORA



*Gracias infinitas a todos mis lectores. Es gracias a vosotros por lo que esta aventura literaria tiene sentido.*

*Gracias al ayuntamiento de Getxo por dar vida a esta saga.*
*A Imanol B, por cuidar tan bien de mis chicos.*

*Gracias a mi familia. Por su paciencia infinita y por todas las horas de mi compañía que les roba mi ordenador.*

*Y ahora sí… espero que hayáis disfrutado de Iker Ibarguren tanto como disfruté yo con él a lo largo de esta inquietante historia.*

# SOBRE LA AUTORA



Haizea López es una autora vizcaína que a lo largo de su carrera literaria ha firmado con varios pseudónimos sus obras, entre ellos, Búho.

Lleva más de cien novelas publicadas, la gran mayoría *best seller* nacionales, y a pesar de su corta edad cuenta con varios premios literarios a su espalda.

Los que la conocen dicen de ella que es soñadora, cariñosa y muy imaginativa.

Ambiciosa y siempre dispuesta a dar vida a todas esas personas que, sin cesar, le gritan historias desde el interior de su cabeza.

¿Te quedas cerca para que te las cuente a ti también?

**Puedes encontrarla en Instagram como @haizealopezoficial**